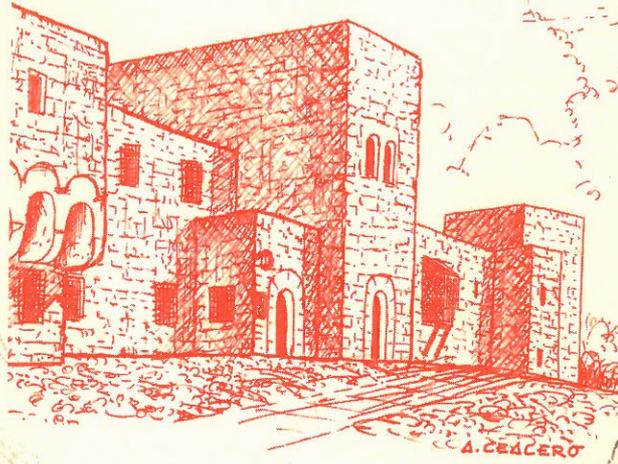


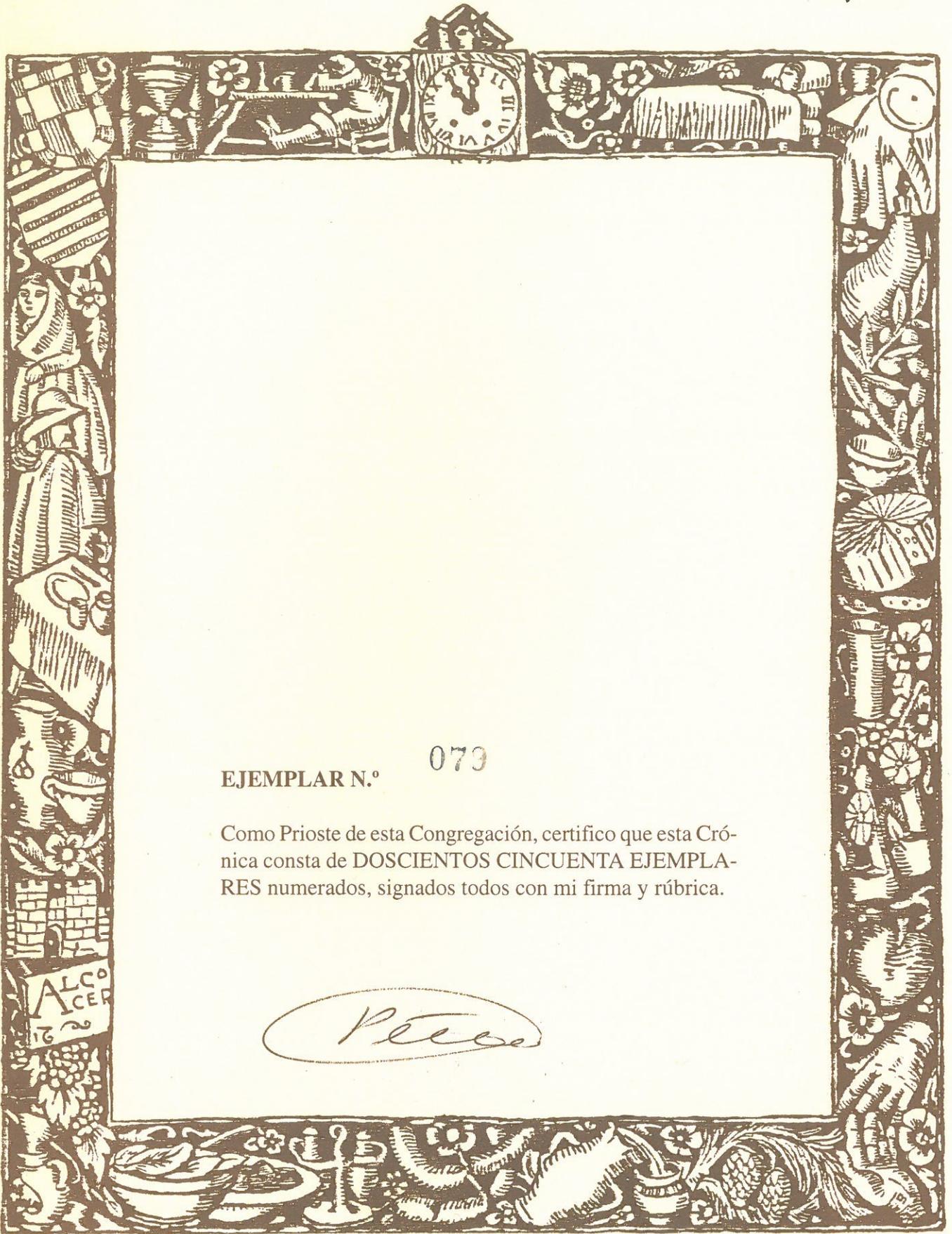
CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA"

2002

AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



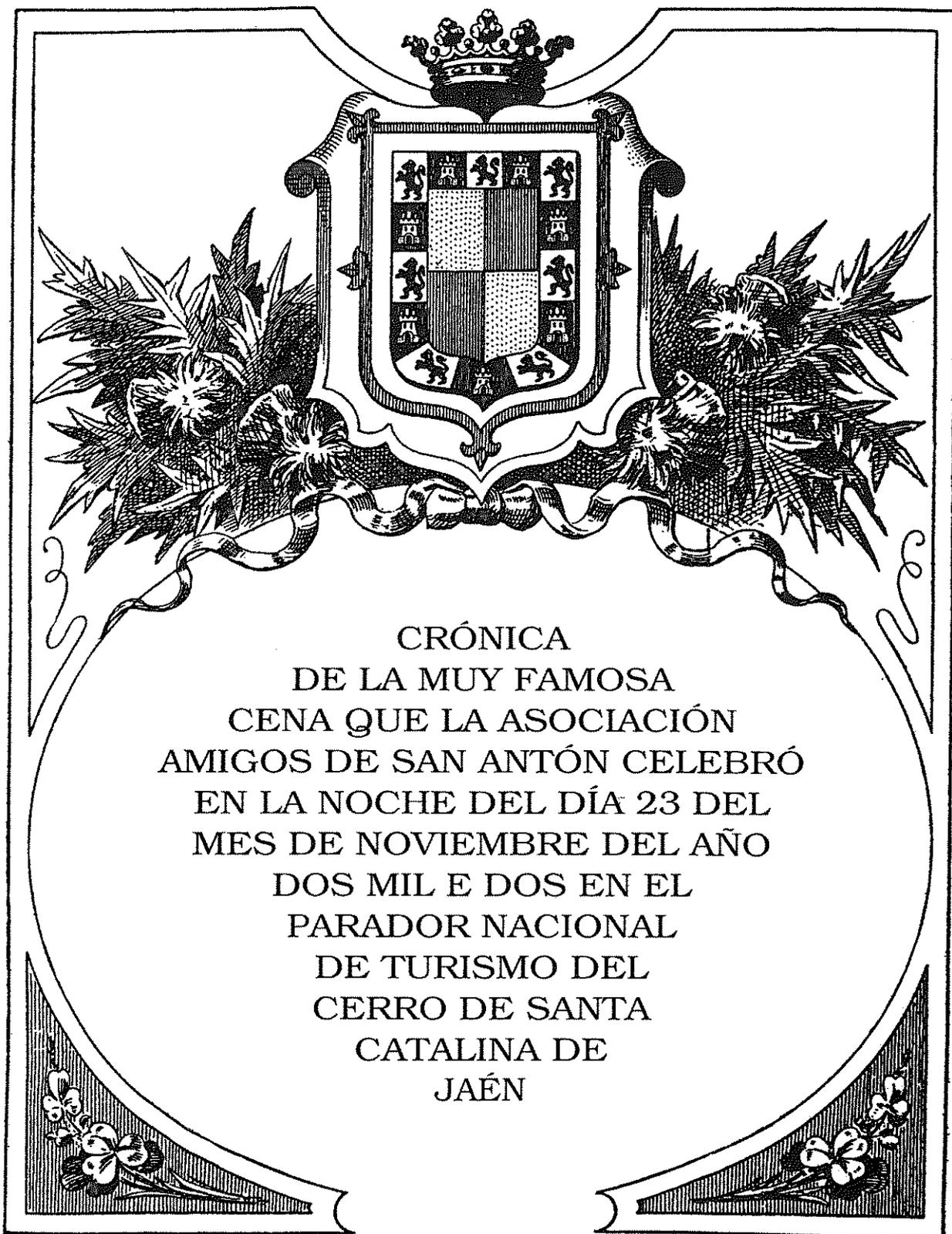
Kayser



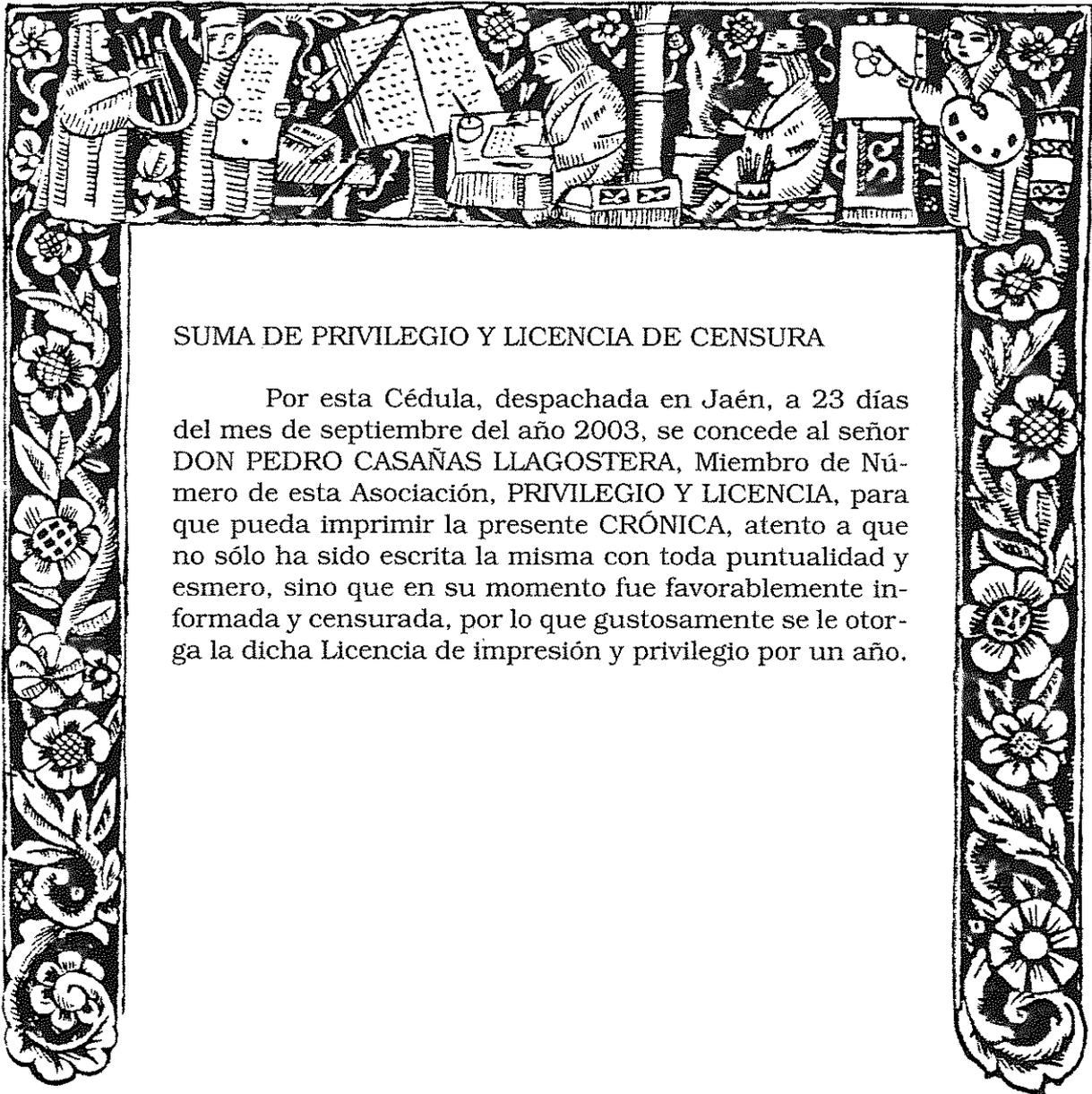
EJEMPLAR N.º 079

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de DOSCIENTOS CINCUENTA EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pérez



CRÓNICA
DE LA MUY FAMOSA
CENA QUE LA ASOCIACIÓN
AMIGOS DE SAN ANTÓN CELEBRÓ
EN LA NOCHE DEL DÍA 23 DEL
MES DE NOVIEMBRE DEL AÑO
DOS MIL E DOS EN EL
PARADOR NACIONAL
DE TURISMO DEL
CERRO DE SANTA
CATALINA DE
JAÉN

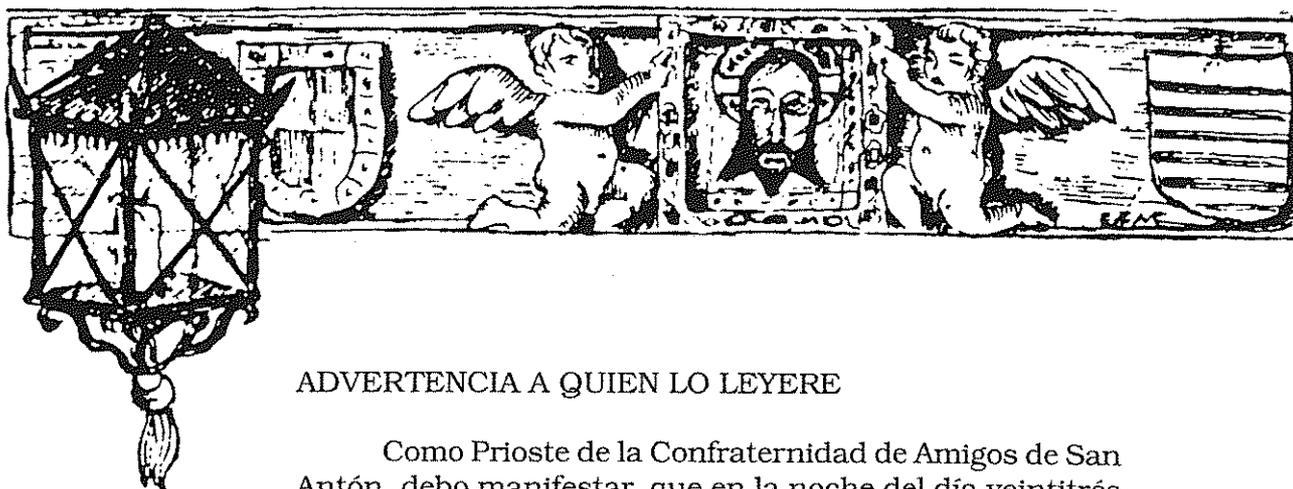


SUMA DE PRIVILEGIO Y LICENCIA DE CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 23 días del mes de septiembre del año 2003, se concede al señor DON PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, Miembro de Número de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha Licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales por página, lo que hacen.....reales de vellón por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Adminstrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 7 de octubre de 2003.



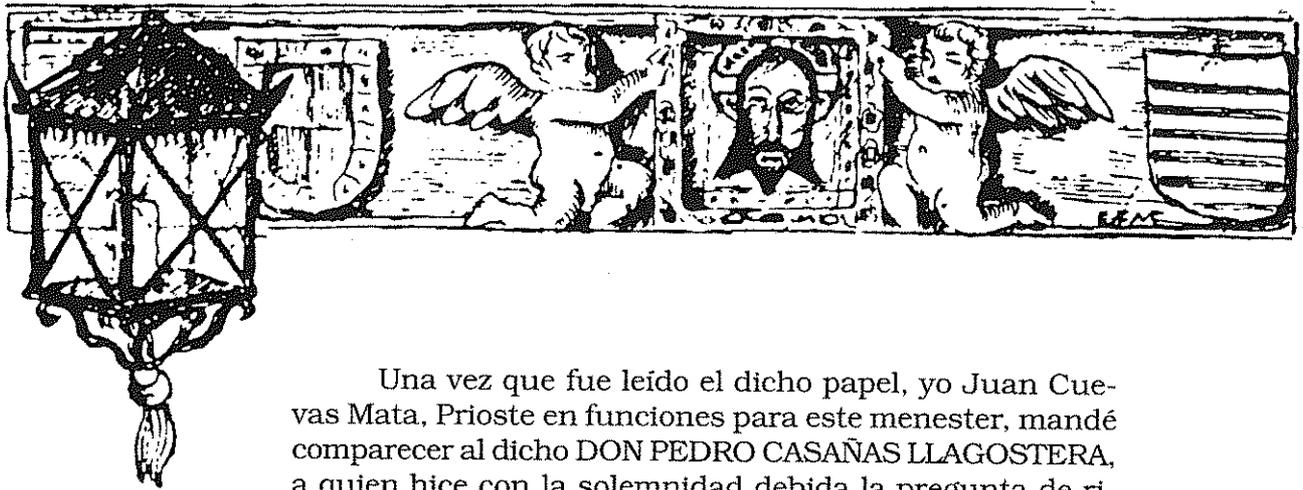
ADVERTENCIA A QUIEN LO LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veintitrés de noviembre del año dos mil dos, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor en estancia noble del Parador Nacional de Turismo, del Cerro de Santa Catalina de Jaén, leí cierto papel del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día siete de octubre del año 2002, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros acuerdos, adoptó el siguiente:

«Vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor, DON PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, Miembro de Número de la Asociación, se conviene por unanimidad que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2002, que ha de tener lugar en la noche del veintitrés de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere a fin de que por ella se deje constancia a la posteridad».

Dado en Jaén a 26 de octubre de 2002.



Una vez que fue leído el dicho papel, yo Juan Cuevas Mata, Prioste en funciones para este menester, mandé comparecer al dicho DON PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, a quien hice con la solemnidad debida la pregunta de rigor:

— Muy honorable señor DON PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2002?

A lo que atentamente respondió el referido DON PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA:

— Sí, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciéndoos y exhortándoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente Recado de Escribir.

Aceptó el dicho DON PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA el Recado del mejor agrado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

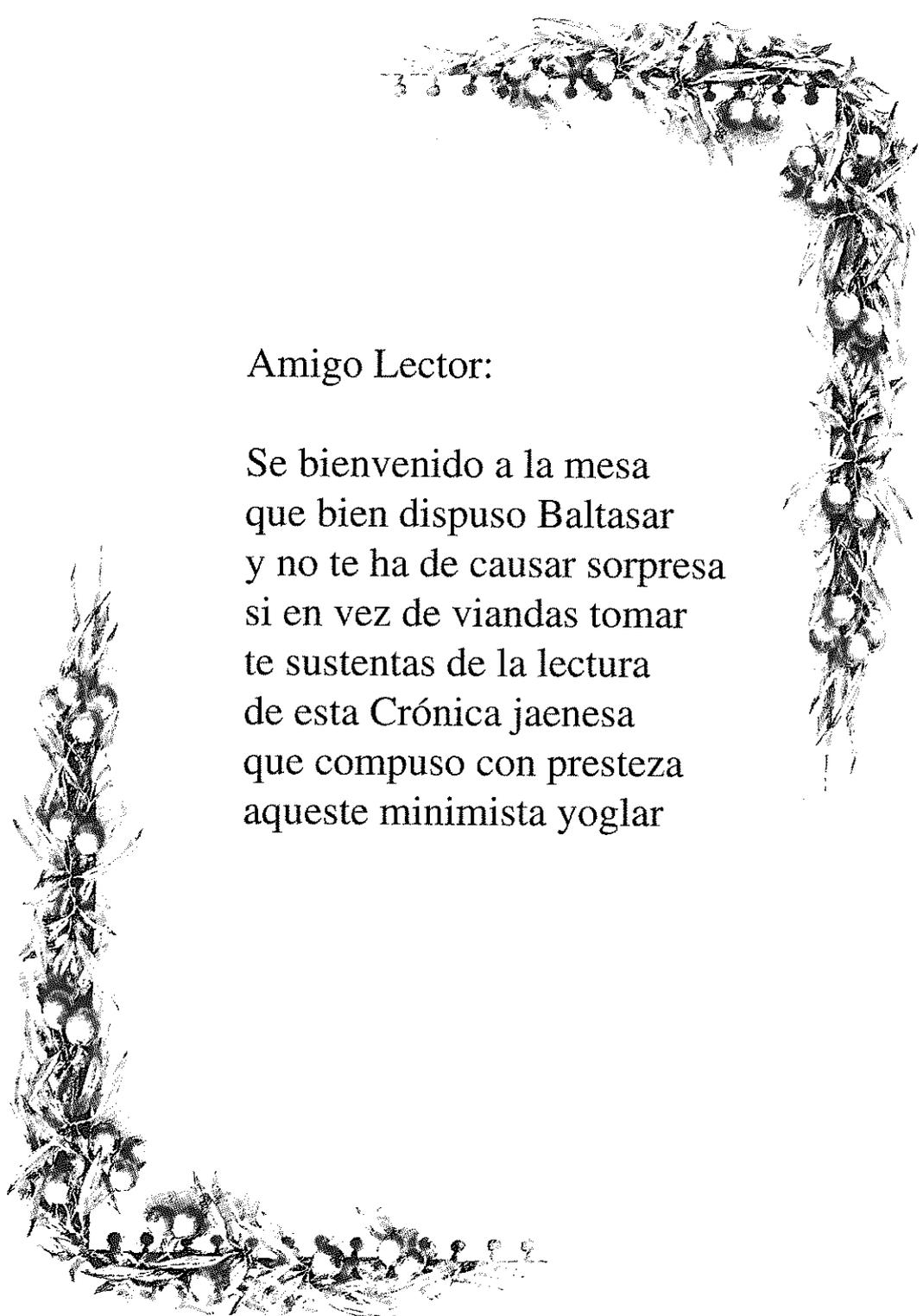
AGACHADOS: Antonio Martos García, Ángel Viedma Guzmán, José García García, Juan Cuevas Mata.

PRIMERA FILA: Pedro Casañas Llagostera, Antonio Molina Fernández, Vicente Oya Rodríguez, Francisco Cano Ramiro, Antonio Casañas Llagostera, Antonio Martínez Lombardo, Pilar Sicilia de Miguel, Juan Antonio López Cordero, Fernando Lorite García, Pedro Jiménez Cavallé.

SEGUNDA FILA: Manuel López Pérez, Pedro A. Ruiz Ortiz, María Isabel Sancho Rodríguez, Rufino Almansa Tallante, Juan Eslava Galán.

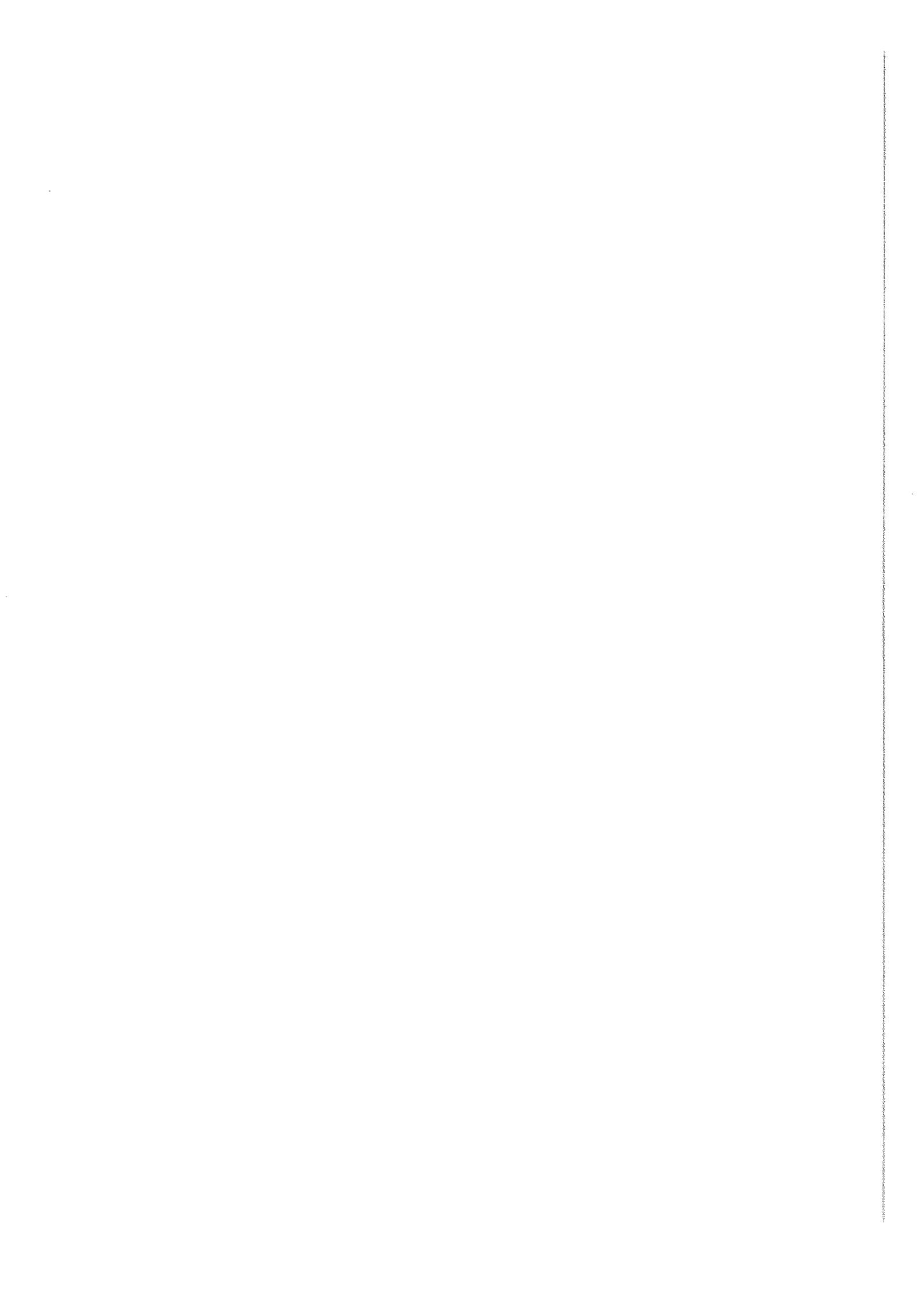
TERCERA FILA: José Casañas Llagostera, María José Sánchez Lozano, Ignacio Ahumada Lara, Juan Higuera Maldonado.

ÚLTIMA FILA: Julio Puga Romero, Luis Coronas Tejada, Miguel Calvo Morillo, León Herrera y Esteban, además Pedro Cruz Casado que hizo la fotografía.



Amigo Lector:

Se bienvenido a la mesa
que bien dispuso Baltasar
y no te ha de causar sorpresa
si en vez de viandas tomar
te sustentas de la lectura
de esta Crónica jaenesa
que compuso con presteza
aqueste minimista yoglar



**Crónica
de la Cena Jocosa o de
Santa Catalina del
año 2002**

A modo de galeato o el Encomendador Encomendado

No cause extrañeza este encabezamiento, por cuanto de uso y costumbre es en la Asociación Amigos de San Antón, designar cada año a uno de sus miembros, para que realice la labor de ser el Cronista que haga transcripción comentada del proceso y desarrollo de la Cena Jocososa o Cena de Santa Catalina, que en la plenitud de cada otoño tiene su acaecer en esta noble a la vez que famosa y leal ciudad de Jaén.

De forma consuetudinaria así ha venido ocurriendo durante veintitrés años, y dado que quien esto escribe como más significado mentor en estas responsabilidades, ha sido el que en cada momento ha ido designando a la persona que habría de realizarlo, al llegar al año veinticuatro y celebrarse en consecuencia la Cena número veinticinco, hecho que debe ser efeméride por ser boda de plata de ellas, pareciome justo y de razón, que quien tan confiadamente había venido ejerciendo esta función de Encomendador, fuese el que en esa ocasión y en desagravio de esta ya inveterada costumbre, ejerciera la función de Encomendado.

En su consecuencia y en el momento que correspondía, acepté del mejor agrado este encargo que tanto me honra, al tomar el Recado de Escribir de manos de Juan Cuevas Mata, Prioste en funciones para este menester, cuando se iniciaba la Cena Jocososa del año 2002.

Mas una vez investido de esta responsabilidad y pensándolo fríamente, observo que no es tarea fácil el compromiso contraído, por cuanto en mí concurren las circunstancias de ser el Cronista, de ser el que ha llevado la responsabilidad y la iniciativa en la disposición y cuidado del devenir de la Cena, indicar cuando ha de intervenir cada cual y hasta ser uno de los fotógrafos fijos de estos actos, es por lo que ante esta compleja postura me hago la siguiente reflexión:

Pienso que con nobles intenciones
durante muchos años así dispuse
de la mejor guisa encomendaciones
para croniquear cuanto discurre
en nuestras Cenas, lo allí pasado,

y al otorgárseme ahora esta licencia
que si bien es encargo halagador
observo que hay notable diferencia
entre aquello de ser Encomendador
a la realidad de ser el Encomendado.

Mas revestido ya de la obligación y compromiso contraído de llevar a buen fin encargo que tanto honra, con firmeza explico:

Es por ello que ha de templar su pluma
quien en esta lid desea ser competente
de sacar adelante con tino y fortuna
Crónica discreta, acertada y coherente.

Y en este menester anda metido este ilusionado Cronista, que sólo desea alcanzar de ti, lector amigo, discreta cota en el concepto que de ella tomes. A tu benevolencia me acojo y dichoso sería, si de tu indulgencia pudiera obtener, un dadivoso *Némine Discrepante* merecer.



Como un sueño

Apenas habían acabado de sonar los golpes del reloj indicando las tres de la madrugada, cuando al fin pudieron mis molidos huesos dejarse caer con el mayor regusto, en ese inefable lugar, lecho tan atractivo y acogedor que es la cama de uno. Y es que habrá en la vida lugares agradables y apetecibles que inviten al descanso y reposo, pero como este nido tan personal...

La verdad es que había resultado complicada y laboriosa la preparación de esta Cena Jocosa del año 2002, aunque bien mirado creo que como las que le antecedieron, poco más o menos. De todas formas, en este punto se trasluce una verdad, una realidad, y es que más que pesar las inquietudes y los esfuerzos que estos menesteres ocasionan, entiendo que son los años, los que sin dejar sentir aparentemente su implacable paso, nos van pausadamente mermando, y como las atenciones a realizar en este anual acaecimiento son prácticamente las mismas, al ser las facultades menores, el resultado es claro.

Así fue pues, como con la mayor satisfacción, caí rendido sobre la cama sintiendo el placer del relajamiento y la distensión, los ojos abiertos mirando al techo, un techo que apenas vislumbraba debido a la escasísima luz que penetraba a través de las rendijas de la persiana. Y en ese ver y no ver, en esa confusa penumbra en que se nos figuran caprichosas formas y que en momentos por algún efecto óptico me parecía más clara, sin proponérmelo y sin esfuerzo alguno, quizás hasta con deleite, comencé a recordar el desarrollo de la Cena Jocosa que apenas hacía una hora había concluido.

Y en este punto amable lector, es cuando en realidad debía comenzar el relato o descripción de la Cena que inspira esta Crónica del año 2002. Pero la verdad es, que no se si fue sin querer, sin proponérmelo o incluso cómodamente y adrede, el caso es que como en un sueño, me fui dejando llevar por unos queridos, agradables y nostálgicos recuerdos, que en esa nebulosa penumbra me envolvían, hicieron que unas tras otras iniciaran ante mi un desfile de todas las jornadas que habían sucedido a través de un cuarto de siglo, en las diferentes ediciones de nuestras queridas Cenas de Santa Catalina.

Era como una evolución, como una marcha, que si no fantástica, si que hermosa y brillante que en grado sumo me complacía, toda de lugares tan diferentes, de cuidadas mansiones en nuestra ciudad o de acogedoras caserías de acomodados y bien dispuestos y cuidadosamente preparados, sobresaliendo en todo los semblantes sonrientes y afectuosos de los asistentes, todo con resonancias de suaves y agradables conversaciones, parlamentos, comentarios y sentires tan jaeneros, seductores, entrañables...

Esta imaginación tan plácidamente desbocada, me trasladaba a aquel año 1978, donde un reducido número de amigos, once éramos entonces los Amigos de San Antón, pretendíamos celebrar una Cena Jocosa que conmemorara a nuestra modesta manera, el cincuentenario de aquella otra Cena que en el año 1928 ofreciera la clase cultural giennense al Cronista Cazabán. Y en nuestro afán de hacer este evento que preparábamos con el mayor relieve y fuese más compartido, estimamos oportuno rendir una cortesía de admiración a nueve giennenses, que de diferentes aspectos y formas, desinteresadamente laboraban con devoción de servicio en pro de la cultura de nuestra tierra..

Invitamos para este efecto, a Luis Berges Roldán, por sus trabajos en defensa del Patrimonio Histórico y Artístico; a Pablo Castillo García-Negrete, por su generosa y destacada participación en el Premio Jaén de Piano; a Rafael Ortega y Sagrista, por sus investigaciones históricas y costumbristas; a José María Pardo Crespo, por el trabajo que recientemente había publicado sobre el suelo urbano de la ciudad; a Fermín Palma Rodríguez, por sus investigaciones y publicaciones sobre médicos giennenses; a Manuel López Pérez, destacado investigador localista; a Francisco Cerezo Moreno, decano de los paisajistas de Jaén; a Fernando Lorite García, por su decisiva participación en el nacimiento del Grupo Folklórico «Lola Torres», y a Vicente Oya Rodríguez Cronista Oficial de la Ciudad de Jaén.

Por mi mente iba pasando todo el trajín que conllevó la organización de aquella Cena que celebramos en el Parador Nacional de Turismo. Hubo que traer del Motel Don Lope de Sosa, de Bailén, donde se guardaba, el óleo que representaba la figura de don Lope de Sosa, obra de José Nogué, en la Cena de 1928. También nos fue presentado un lienzo de San Antón, por Juan Martos, figurando ambos cuadros en lugar destacado, presidiendo el entorno acogedor de aquella estancia hermosa, en la noche del día 25 de noviembre de 1978, coincidiendo justamente en día y mes de la celebrada en el año 1928.

Fue Cena abundosa y fuerte como correspondía a la edad que por aquel entonces disfrutábamos, todo bien preparado con delicado gusto,

en lo que puso su buen empeño el entonces director Manuel Gálvez y admirablemente servido por apuestas azafatas que lucían con galanura y gentileza el jaenero traje de Pastira.

Cordialísimo e inolvidable este acontecer, donde a través del cual, sólo se habían previsto dos intervenciones, la de quien hace este relato, para ofrecer el acto y la de Juan Castellano de Dios, para dar las gracias a todos al finalizar el mismo. Sin embargo y en varias ocasiones, hubo que dar unos toques de llamada haciendo sonar suavemente el cristal de una copa (este es el



Dibujó que ilustró la minuta de la Cena de 1979

origen de la actual campanilla que se utiliza en nuestras cenas) porque algunos invitados quisieron intervenir. Y así, entre plato y plato fueron haciendo uso de la palabra con interesantes trabajos repletos de esencias netamente jaeneras, los que coadyuvaron a que la velada tomara un elevado tono cultural, seductor y atractivo, que en definitiva supuso la base y modelo en que vienen desarrollándose estos tan íntimos y particulares encuentros, que en la plenitud del otoño jaenense une tan fraternalmente a la Asociación Amigos de San Antón.

Rafael Ortega y Sagrista tomó la palabra en primer lugar, mostrando su satisfacción por haber podido revivir en alguna forma aquella Cena del año 1928, de la que por edad no pudo asistir, pero que guardaba de ella unas referencias muy añorantes. Con un detallado recorrido de como era la ciudad de Jaén allá por los años veinte culminó su intervención. Miguel Calvo Morillo recitó un original soneto referido a la Cena que celebrábamos, como asimismo una cumplida parodia de los versos de Baltasar del Alcázar.

Sobre la gran riqueza espiritual, cultural y humana que brinda cada rincón de esta tierra nuestra, leyó unas hojas Fermín Palma Rodríguez, a la vez que Vicente Oya Rodríguez hizo un elogio de los productos propios referidos a la Cena de 1928. Manuel López Pérez mostró su congratulación con el sentido de esta velada, haciendo alusiones asimismo a la necesidad de sacudir la molición de esta tierra, cerrando este capítulo Juan Castellano de Dios, haciendo elogio de los homenajeados y mostrando gratitud por su asistencia.

Los invitados complacidos manifestaban el deseo de corresponder al año siguiente con un evento similar a fin de dar debida y cortés réplica a la atención recibida, aunque en realidad éramos todos los que al finalizar el acto, ya comenzábamos a sentir nostalgia del mismo a la vez que ilusión por repetirlo.

Las horas habían pasado apenas sin darnos cuenta y embebidos en estos sentimientos, creo que a todos nos pareció oír el sonido de la cercana campana de la Torre de la Vela de nuestro castillo... eran las dos de la madrugada, los manteles se levantaban y tras cantar con entusiasmo el Himno a Jaén, era digno de ver a todos los comensales con una placa de cerámica bajo el brazo como recuerdo de la Cena, obra del artista iliturgitano Pedro Palenciano, a más de dos botellas de vino de la tierra, Haloque y Trasajeño. Se repetían las despedidas con un deseoso «hasta el próximo año», allí en la explanada del Parador en una inolvidable noche en calma, allí, bajo un limpio cielo repleto de brillantes estrellas que guiñaban.

Excelente Crónica de esta primera Cena Jocosa, realizó Manuel López Pérez, que supuso el modelo para las siguientes.



CADA AÑO Y COMO UN RITO

Esto hay que repetirlo, era la expresión generalizada de los asistentes cuando finalizaba la Cena anteriormente descrita. Y era precisamente Pablo del Castillo García-Negrete el que más insistía en ello, añadiendo que puesto que habían sido invitados era de cortesía el devolver la atención. Sin embargo, comenzó a discurrir el año 1979 y la Asociación anduvo más que preocupada pensando en el Arco de San Lorenzo, que acababa de ser restaurado por la Dirección General de Bellas Artes, de la mano de Luis Berges, y que se nos había cedido en uso, faltando multitud de detalles por poner a fin de poder acomodarnos en el mismo como sede de la Asociación, y por estas inquietudes no andábamos muy pendientes de la posible organización de una nueva Cena Jocosa.

De vez en cuando uno de los que fueron invitados, concretamente Rafael Ortega y Sagrista, en frecuentes encuentros nos hacía referencias a la pasada Cena, como indicando que era cosa que debiera repetirse por su tan particular carácter y que se debiera reproducir cada año y como un rito, llegando a ofrecer su casería para que en ella pudiera tener su acomodo la segunda edición de estas cenas. Así quedaba como en el aire esta sugerencia.



*De la sierra en su camino
y a la espalda del Zumel,
la finca de Navarrete adivino
hoy casería de San Rafael*

No cayó en saco roto oferta tan tentadora y acogiéndonos a aquello que el sabio refrán nos dice «Lo que te ofrezcan dado, tómalo con agrado», aunque embebidos estábamos en el Arco de San Lorenzo, de buen grado asentimos al generoso ofrecimiento. Visitamos la casería de *Navarrete*, hoy llamada de *San Rafael*, al inicio del Llano, apenas coronadas Las Revueltas, y viendo las óptimas condiciones que para el caso tenía el lugar, nos apretamos en los preparativos y se dispuso que esta segunda edición tuviera lugar, para mejor acomodación de los que asistirían, el sábado día uno de diciembre de 1979, cursándose oportuna carta de aviso y recordación, a la totalidad de los que asistieron el año anterior, incluyendo en esta ocasión a Manuel Caballero Venzalá, que según nos manifestaba se había quedado con ganas de haber asistido a la primera convocatoria. Desde este año 1979 fueron considerados como Miembros de Honor de la Asociación, todos aquellos que habían sido invitados a la primera Cena, inclusive el nuevo comensal de esta ocasión y exceptuando a Manuel López Pérez, que por la total identificación y colaboración que mostraba en los fines de la entidad, se le otorgó el grado de Miembro de Número, que era el que ostentábamos los organizadores.

Se situó la primera parte de la Cena en el comedor ubicado en la primera planta de la casería, donde se recibió al nuevo Miembro de Honor Manuel Caballero Venzalá, del que hizo una cumplida presentación Juan Castellano de Dios, correspondiendo el cenacantano con la recitación de un bellissimo romance de ciego en el que sus protagonistas eran Santa Catalina y San Antón acercándose a Jaén. También en esta primera parte, Pedro Casañas, que esto escribe, hizo una evocación de aquellos pregones callejeros que se escuchaban en nuestra ciudad allá por los años cuarenta.



El grupo, en la sobremesa de la segunda Cena Jocosa

Bajamos a la hermosa galería-librería de la primera planta acomodándonos a la hermosa mesa que lucía unos platos hechos a propósito para el caso por el alfarero Paco Tito, con el nombre de cada comensal. Aquí Manuel López Pérez hizo una interesante descripción sobre un Jaén íntimo, añorante y cordial. Una curiosísima anécdota relativa al aliño de las aceitunas en Japón nos relató Pablo Castillo García-Negrete, siguiéndole Miguel Calvo Morillo que recitó una original «Muallaca» árabe, siendo la última de las intervenciones la del anfitrión Rafael Ortega y Sagrista que deleitó con una narración costumbrista sobre el campo jaenés.

Es bueno hacer constar que dada la buena edad que por aquellos años gozábamos, la cena fue recia y que consistió a más de los aperitivos de la primera parte de Bacalao Encebollao, Pavo en Pepitoria y unos succulentos Huevos Moles, postre a base de almendra y huevo, receta árabe que elaboró el confitero Manuel Campillo.

Una preciosa acuarela de Alfonso Parras Vílchez ilustraba la minuta, que sirvió de portada para la Crónica de esta cena de 1979 que redactó el anfitrión Rafael Ortega y que se imprimió en los talleres de Gráficas Catena, siendo esta la primera ocasión que la Asociación Amigos de San Antón entró en contacto con esta importante empresa gráfi-

ca, a la cual hoy tantos favores debemos, por las continuas atenciones que nos ha venido dispensando, tanto en la composición de las Crónicas de las Cenas como en la edición de la Revista *Senda de los Huertos*.

En este punto noto que mi mente se desvía con estos temas de imprenta, del regusto con que iba viendo ante mi deslizarse el recuerdo de estos aconteceres tan íntimos y queridos de las Cenas Jocosas.

Volviendo a estas recordaciones, me veo hablando con el bueno de Juan Miguel Jiménez Díaz, y los dos coincidíamos que a la vista del éxito que habían tenido estas dos primeras Cenas, debería ser ya una constante entre los quehaceres de la Asociación, cosa que con la perspectiva del tiempo, veo que estas rememoraciones se han venido cumpliendo hasta nuestros días, pudiendo añadir en relación a como se desenvolvió esta segunda edición que aquí se rompió ese refrán que dice que *nunca segundas partes fueron buenas*, ya que si la primera Cena fue espléndida, esta segunda no le fue a la zaga.





*Se dice de mansión solariega
la casa que tiene escalera,
en la fachada luce venera
y en el jardín una palmera.*

La película seguía deslizándose de nuevo en mi mente, adentrándose en el año 1980, con un escenario bien diferente al anterior. Viene a mi magín la máxima o refrán de que *El mejor predicador es fray ejemplo*, y esto es lo que ocurrió cuando finalizaba la segunda Cena, al ofrecer Luis Berges Roldán su hermosa casa que está marcada con el número seis de la calle Cañizares de nuestra ciudad, noticia que era recogida con la mayor satisfacción por la concurrencia.

Era el 24 de noviembre, vísperas de Santa Catalina y a partir de ese año y por orgullo de celebrarse estas cenas en día exacto o cercano a la festividad de esta santa patrona de la ciudad, se comenzó a llamar a estos eventos, además de Cena Jocosa, Cena de Santa Catalina.

Paréceme ver los afanes e ilusión que tanto Luis como Tali, su esposa, pusieron en que estuviese todo a punto para cuando llegase la hora mágica del «toque de ánimas», que tan señaladamente indica el Criado Portugués en su misiva de aviso y recordatorio. Quiero recordar hasta el detalle de Luis limpiando con una bayeta húmeda, el polvo de las grandes hojas de las plantas que adornaban el compás de entrada de la casa, con un espléndido mantel granate cubierto con un sobremantel que era casi todo un encaje blanco.

La primera parte tuvo lugar en la hermosa sala de estar, donde fue recibido como Miembro de Honor a Francisco Olivares Barragán, del

que hizo una amplia presentación Juan Castellano de Dios, correspondiendo el cenacantano con una interesante disertación sobre su aportación a dar a conocer y divulgar la obra de Espinalt, *El Atlante Español*. Las menudencias del convite de entrada iban cayendo alternándose con lucidas intervenciones, como la de Manuel Caballero Venzalá con la semblanza y recuerdo a José María Gallo Moya y su poesía, o la de Rafael



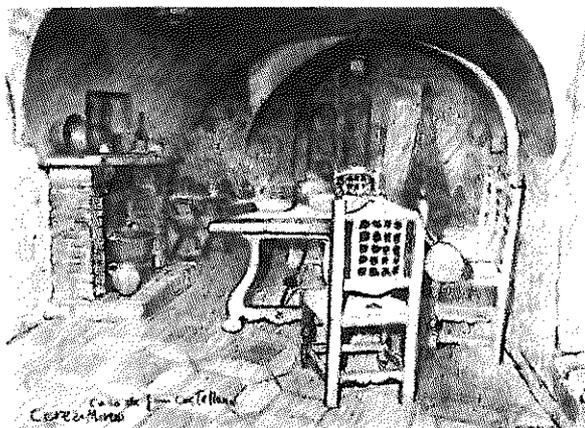
Perspectiva del inicio de la Cena en la casa de Luis Berges

Ortega Sagrista contando de forma impersonal unas andanzas antiguas y legendarias por las calles de nuestra ciudad hasta llegar a la mansión donde nos encontrábamos.

Sobre los barrios jaeneros de como fueron y como son, o del marchitarse de los mismos, fue la intervención de Vicente Oya Rodríguez ya en el comedor y en derredor de mesa tan bien preparada. Finalizado el segundo plato, Pedro Casañas, hizo un sentido homenaje-elogio a la figura de don Antonio Alcalá Venceslada, y Luis Berges Roldán, como anfitrión, además del ofrecimiento de su casa, con un gran sentido crítico nos habló del espíritu antiguo de las cosas.

El verso fino y oportuno de Miguel Calvo Morillo, puso fin a las intervenciones, concluyendo la Cena de Santa Catalina de 1980, con el Canto a Jaén y con el deseo de la colectividad de la cena del año venidero. Una detallada y versificada Crónica de estos eventos hizo Miguel Calvo Morillo.





*Si a la cuarta Cena Jocosa
desea su merced asistir
no ha de hacer otra cosa
que presto y rápido acudir
a la calle Príncipe Alfonso
donde todos los Amigos van
a la mansión número ocho
que es la casa de don Juan.*

Mis ojos iniciaron un ligero parpadeo de somnolencia, pero el interés por ver las secuencias que en mi mente se proyectan sobre la Cena de Santa Catalina de 1981, me espabilan. Y así voy viendo a Juan Castellano de Dios que no ha querido ser menos y ha seguido los ejemplos que han dado Rafael Ortega y Luis Berges. Para ello, ha hecho todo lo imposible por conseguir que esté a punto la restauración de la hermosa casa marcada con el número ocho de la calle Príncipe Alfonso, rehabilitada confortablemente para su acomodo familiar.

Las vísperas del 24 de noviembre de 1981, discurrieron en frenético quehacer en el que tanto Juan como Conchita, su esposa, se desviaron no sólo porque estuviera todo a punto sino que «echaron la casa por la ventana», llegando hasta adquirir para este evento una estupenda vajilla de Cartuja, que lució en la gran mesa del comedor alto donde tuvo acomodo la cena. La primera parte de la velada tuvo lugar en la muy típica bodega de la casa.

Un precioso dibujo de Francisco Cerezo Moreno, sobre la bodega, ilustró la minuta de la cena y después sirvió para la portada de la Crónica, que tan doctamente redactó Manuel Caballero Venzalá.

Y en este recogido lugar de la casa, veo al dueño de la misma haciendo la presentación del acto, relatando los pormenores de la complicada restauración del edificio, a la vez que ofrecernos a todos este flamante hogar. Tras la pausa correspondiente y entre las minucias de entrada, Manuel López Pérez «nos llevó» a un ilustrado recorrido por toda la collación de Santa María, donde nos encontrábamos, siguiéndole Diego Jerez Justicia, que era recibido como nuevo miembro de la Asociación, quien tras dar las gracias por el acogimiento que se le hacía, nos dio un más que cumplido noticiario sobre las epidemias coléricas en esta ciudad, centrándose en la de 1885.



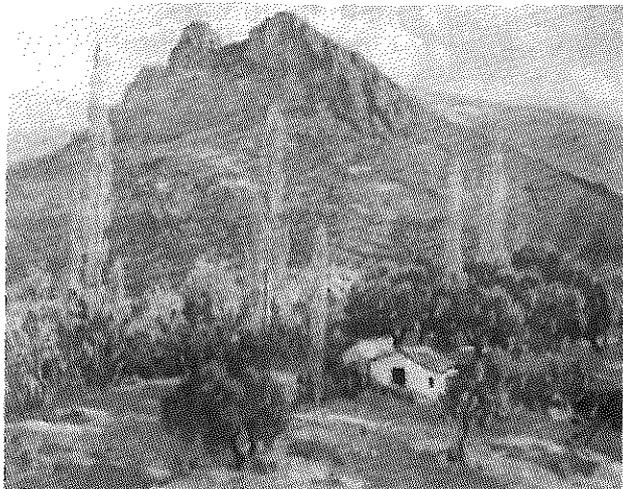
Aspecto que ofrecía la mesa antes de iniciarse la Cena en la casa de Juan Castellanos

Ya en el comedor y en el primer paréntesis, Manuel Caballero Venzalá, recitó y comentó un acertado romance original sobre el Descenso de la Virgen de la Capilla, siguiéndole Vicente Oya Rodríguez, con su reposado decir, sobre el Panegírico del Chocolate, y Miguel Calvo Morillo con un poema íntimo titulado «Caminando hacia el recuerdo».

Sobre el folklore giennense, leyó Fernando Lorite García un interesante y detallado trabajo, siguiéndole Rafael Ortega Sagrista con unos comentarios costumbristas llenos de fina ironía relativos al famoso aire de Jaén. Ya a los postres, Luis Berges Roldán nos trasladó imaginativamente a un viaje por la Europa Central, cerrando las intervenciones Pedro Casañas Llagostera, dando las gracias al anfitrión por la dejación de su casa para esta cena.

Con la jarrita de cerámica de recuerdo y tras cantar el Himno a Jaén, finalizaba la Cena de Santa Catalina de 1981 «cuando los gallos anuncian el final de los Maitines y sonaban las tres en el reloj de la tan cercana catedral».





*Si en Jaén,
sus montes y sus sierras
lucen bien,
los olivares de sus tierras
también.*

El devenir de estas Cenas, con los antecedentes habidos, se veía ya prácticamente institucionalizado, faltando sólo para que así fuera, aditamentos tan imprescindibles como son la perseverancia y el afán firme de que así fuera por parte de la comunidad. Y como estos requisitos eran patentes en el sentir de todos, sólo se tenía que necesitar cada año y en sus momentos adecuados, engrasar la idea y ponerla en marcha. Y como siempre había excelente disposición en ello, se nos presentó el año 1982 con perspectivas de cambio radical en ello, cuanto a lugar de ubicación que a la cena se refiere: saldríamos por segunda vez de la geografía urbana para trasladarnos al ámbito rural.

La amistad y buenas relaciones de algunos miembros de la Asociación con Carmen Balguerías Jiménez, propició que esta nos ofreciera su jaenera casería de **El Carmen**, situada en Las Peñas de Castro, pago de Pedro Codes.

Y así fue como el 27 de noviembre, en tarde-noche de las más inclementes conocidas, en que no sabías si era más fuerte el ventarrón que sin piedad soplaba o el agua que caía, «arribamos» como pudimos a la de **El Carmen**, «esa reluciente de cal como blanca paloma acostada entre el verde-gris de los olivares». El calor de un alegre fuego que crepitaba en la chimenea nos fue aligerando de las humedades contraídas en el camino y unas copitas entonaron la buena disposición que traíamos a este fraternal encuentro, que por ser de acomodo rústico tanta ilusión nos hacía.

Fue en esta ocasión cenacantano, Alfonso Sancho Sáez, ilustrado profesor que se integraba como Miembro de Honor. De él hizo la presentación quien esto relata, a la vez que un elogio de las caserías jaeneras.

Correspondió el novicio con palabras de gratitud a la Asociación, deleitándonos seguidamente con sus recuerdos de los primeros años de vida en Jaén, centrándose en el tiempo que estuvo en el Instituto de la calle compañía. Todavía en la primera parte, Manuel López Pérez, nos habló de las caserías como elemento esencial en el campo giennense.

En el transcurso de la Cena, José María Pardo Crespo explicó la restauración llevada a buen fin en la muralla de la ciudad, concretamente en el llamado Torreón de Vedrines. Diego Jerez Justicia hizo un anecdotario amplio relativo a la clase médica giennense y Juan Castellano de Dios recordó a Manuel Rodríguez «Manolete» en sus actuaciones en la Plaza de Toros de Jaén.

Con una cumplida semblanza sobre San Antón alusiva a las tradiciones que conlleva, intervino Francisco Olivares Barragán, mientras que Vicente Oya Rodríguez reflexionó sobre la vieja y la nueva ciudad. Ya en las postrimerías, Miguel Calvo Morillo deleitó con una sentida evocación del poeta Bernardo López García.

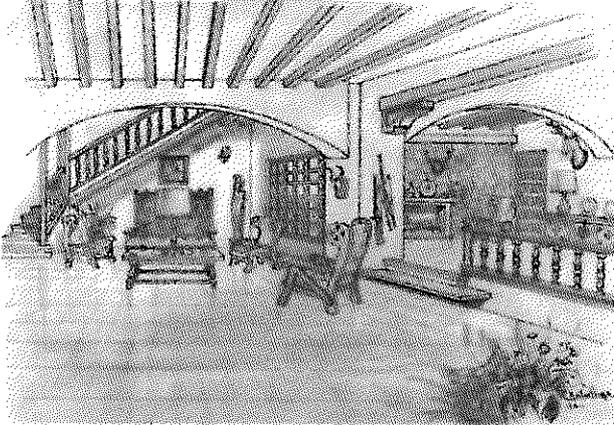
De todo lo que se hizo y habló en esta Cena de 1982, hizo excelente Crónica Vicente Oya Rodríguez, que incluyó al final de la misma como una Addenda, un pequeño trabajo sobre «El Almanaque de El Chirri» que había enviado Manuel Caballero Venzalá, que por motivos de salud no pudo asistir a este encuentro.

Es bueno hacer aquí mención, de que desde la Cena celebrada en la Casería de *San Rafael* hasta la presente, han cuidado y bien cuidado de la parte gastronómica, los hermanos Antonio y Cristóbal Molina Fernández, dueños del restaurante *La Ponderosa*, en un trabajo que merece toda ponderación, por cuanto de complicado tiene el servir a domicilio, sobre todo en lugares donde no se encuentran buenos recursos para ello.



Entrega de un recuerdo a Carmen Balguerías Jiménez, en su Casería de *El Carmen* antes del inicio de la Cena





*Yo te quiero verde olivo
verde olivo de Jaén,
yo te quiero oro verde
oro verde de Jaén.*

Gustaba la confraternidad este ambiente tan jaenero de sus caserías, sobre todo en este tiempo que se iniciaba la recolección de la riqueza madre de nuestra tierra. Los olivos están preñados de una cosecha que ya es realidad, con sus ramas vencidas, ansiosas de aligerarse del abundoso fruto aceitero.

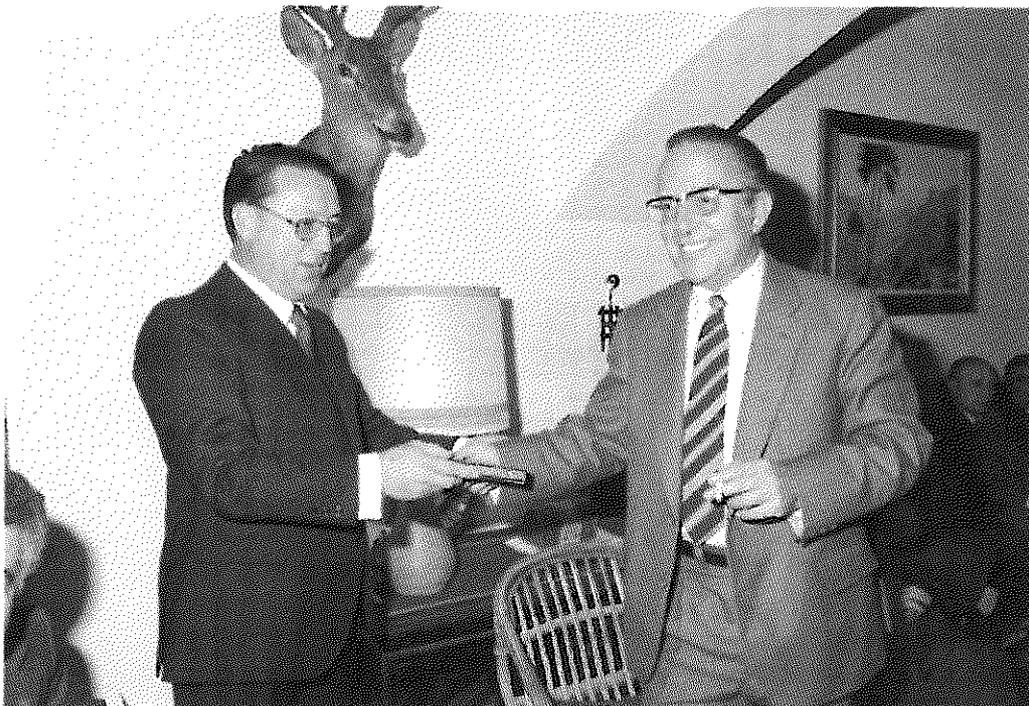
El Criado Portugués, atento a los deseos que se manifestaban acerca del lugar donde habría de celebrarse la Cena de Santa Catalina de 1983, una vez que hubo platicado con la propiedad de una casería cercana a Jaén, comunicaba a través de su carta de aviso y recordación, que esta sexta Cena habría de tener lugar el día 24 de noviembre, en el marco noble y acogedor de la casería **Molino de los Martos**, en el pago del Puente de la Sierra, cedida gentilmente para este fin por la familia Puga Romero.

En nombre de ellos fueron Julio Puga Romero y su esposa Teresa Wiñas, quienes dispusieron el acomodo admirable que disfrutamos en esta velada que, como anécdota notable de la noche, diré que «fuimos sorprendidos» pasadas las dos de la madrugada por una pareja de la Guardia Civil, que en ronda nocturna por aquellos pagos se extrañó de ver en la época que era y a aquellas horas tanta iluminación, lo mismo en la casa como en los jardines anejos. Agradecemos a los veladores del orden su celo por la vigilancia nocturna que hacían por estos pagos y... ¿quién se niega a ello?, unas copitas de «Castillo de Jaén» familiarizaron un breve rato de charla con estos hombres del benemérito Instituto, que atentos se despidieron con un «ustedes disfruten y si necesitan algo, ya saben donde estamos». Con palabras de reconocimiento por parte de toda la comunidad sobre el buen servicio que presta la Guardia Civil, la Cena siguió por sus derroteros.

Dejando la anécdota como un inciso, diré para situarnos en el lugar de ubicación de esta casería **Molino de los Martos**, que una vez traspasado el Batanejo y los Cañones Bajos, se amansa el río Eliche, ese Río Frío que baja de Los Villares, con ansias de nupcias con el Quiebrajano, que dan como fruto el Río de Jaén y a su vera esta hermosa casería.

En el transcurso de la Cena hizo sus primeras armas como Miembro de Honor de la Asociación, José Chamorro Lozano, correspondiéndole a quien esto escribe, hacer la debida presentación de este veterano periodista, director que ha sido varios años del *Diario Jaén*, mostrando asimismo nuestra gratitud y afecto hacia la familia Puga Romero, por el entrañable acomodo que nos otorgaba para la edición del año 1983.

En el devenir de la misma y en intervalos bien marcados, fueron haciendo uso de la palabra, José Chamorro, que agradeció el honor que para él representaba el ingreso en tan particular comunidad, haciéndonos un recorrido de juventud por todos los alrededores que circundan la ciudad de Jaén. Manuel López Pérez habló sobre las caserías cercanas a estos pagos, deteniéndose en una descripción histórica sobre la cercana ermita del Cristo de la Asomada. Julio Puga Romero, además de haber cumplido ofrecimiento de esta mansión a todos los asistentes, nos hizo un pormenorizado historial de la casería que disfrutábamos, especial-



En la Casería *Molino de los Martos*, Alfonso Sancho recibe el Recado de Escribir, como Cronista de esta Cena

mente referido a los primitivos dueños de la misma, la familia Martos Febrer. Alfonso Sancho Sáez nos explicó el «nacimiento» de la actual Avda. Ruiz Jiménez, en uno de cuyos edificios tiene su morada, y José María Pardo Crespo disertó sobre determinados relieves Marianos en templos giennenses.

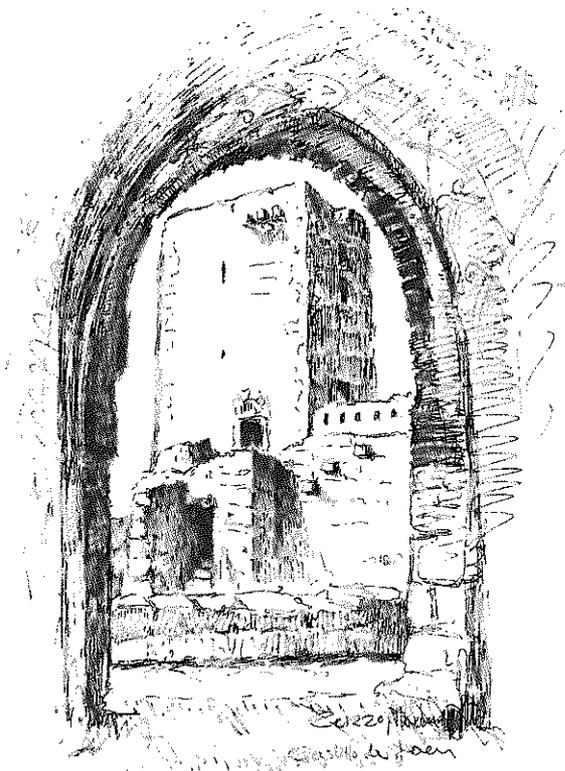
Sobre afamados médicos que han dejado profunda huella en Jaén: Martínez Molina, Eloy Espejo, Bernabé Soriano, etc., versó la intervención de Diego Jerez Justicia, siguiéndole Manuel Caballero Venzalá que deleitó con una afectiva semblanza sobre el bueno de don Cándido Carpio Ruiz, párroco que fue tantos años del Sagrario de nuestra ciudad. Una muestra más de su poemario nos hizo con sentida versificación Miguel Calvo Morillo. Una detallada lección histórica sobre la Fábrica de Cerveza El Alcázar hizo Juan Castellano de Dios, mientras que Vicente Oya Rodríguez ofrecía homenaje literario a los trabajadores de los hornos de pan y de los molinos aceiteros.

Ya en la sobremesa, Luis Berges Roldán hizo una entretenida disertación sobre una serie de vivencias tenidas en un reciente viaje al Himalaya Central, siendo finalmente Rafael Ortega y Sagrista quien hizo un panegírico sobre las habas y los habares de nuestra tierra... «con el aroma del habar, el viento corre en la alegre soledad de los campos».

Diremos que de forma excepcional, la Cena fue servida en esta ocasión por Cristóbal Charriel y Juan García, dueños del restaurante Ruta del Sol, mereciendo grandes elogios por el servicio que prestaron.

Gran lujo de detalles tomó sobre la Cena, Alfonso Sancho Sáez, que luego dejó bien reflejados en una cuidada Crónica, propia de su mano.



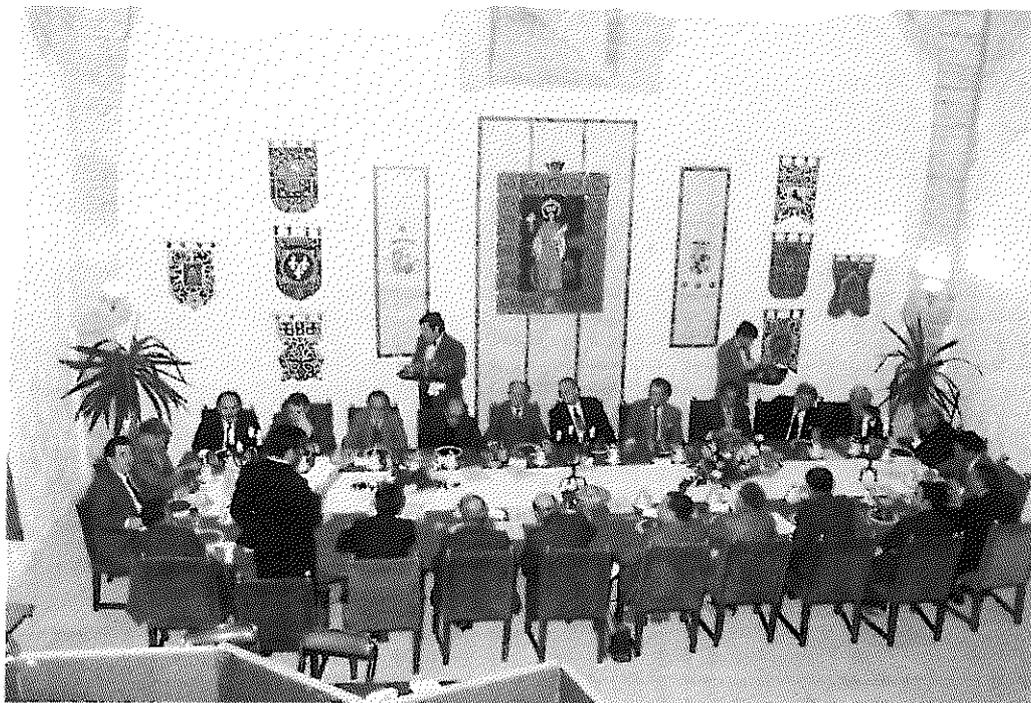


*En el jaenés Castillo, los Amigos
del señor San Antón, su linaje,
para muy famosa Cena reunidos
en la altiva Torre del Homenaje.*

Embebido estaba en estos tan agradables pensamientos que me transportaban a Cenas pasadas, cuando un ligero golpe de tos de mi esposa me hizo situarme en la realidad. Volví la vista al reloj de la mesa de noche, acomodándome mejor me incliné hacia un lado, pensando que me dormiría soñando con la reciente Cena y, sin embargo, volvió mi mente a sumirse en aquellos recuerdos de Cenas pasadas, rememorándolas como en una película que ante mi iba pasando. Y voló la imaginación muy alta, tan alta como la **Torre del Homenaje del Castillo de Santa Catalina**, donde se puede decir que acampamos en la noche de San Andrés, 30 de noviembre de 1984.

Y digo que acampamos como pudimos, por ser noche más inclemente y desapacible que aquella de la Casería del Carmen en las Peñas de Castro. El vendaval que había comenzado a primeras horas de la tarde no sólo no tenía visos de aligerarse sino que iba *in crescendo* como una sonora sinfonía que producía el viento huracanado. El viento sopla fuerte en la ciudad de Jaén, pero como en el Cerro de Santa Catalina...

Tuvo mucho que hacer la preparación de este encuentro, por cuanto hubo que conseguir en primer lugar el correspondiente permiso para acomodarnos en tan particular lugar, y sobre todo, dotar aquella estan-



Aspecto de la
mesa en la
Cena de la
Torre del
Homenaje

cia alta y desangelada de unos mínimos que compusieran un escenario digno y agradable. Entre otros pormenores se cubrieron parte de las paredes con grandes cortinajes de damasco rojo, que nos fueron cedidos por el Convento de las Bernardas. Subir tableros y borriquetas para formar las mesas, trasladar el correspondiente mobiliario desde el Parador, preparar una pequeña cocina para calentar las viandas, preparar dos estufas de gas butano para calentar la estancia, etc. en fin, todo un poema. De todas formas, el resultado de la Cena bien mereció el esfuerzo. Sólo el ventarrón reinante y el agua que caía, eran los que nos ponían a prueba cuando teníamos que salir a la intemperie a realizar alguna pequeña necesidad puesto que de servicios allí no se disponía, y ese viento tan revuelto que no sabes por donde venía, daba lugar a que cuando volvías a la estancia, no sabías que clase de «agua» era de la que tenías manchado el pantalón.

Como estábamos en la Torre del Homenaje, veló esta noche sus armas como nuevo Miembro de Honor de los Amigos de San Antón, el poeta Felipe Molina Verdejo, que naturalmente no podía ser presentado por alguien más indicado que otro poeta: Miguel Calvo Morillo que, hay que ver entre poetas que cosas más bonitas se dicen. Correspondió el cenacantano, además de con sentidas palabras de gratitud a la Asociación, con la declamación de unos sentidos poemas muy jaeneros.

En esta primera parte y entre los aperitivos del convite de entrada, José María Pardo Crespo tuvo una interesante e intervención relativa a la morfología de la ciudad de Jaén y Fernando Lorite García nos trasladó al año 1949 a los actos que constituyeron la inauguración de la actual Estación de Autobuses.

Ya en el transcurso de la cena, acomodados en derredor de la hermosa mesa al efecto preparada y entre vianda y vianda, fueron interviniendo Pablo Castillo García-Negrete con una semblanza biográfica del gran arquitecto que fue Antonio Flores Urdapilleta. Manuel López Pérez apuntó curiosos datos biográficos de don Manuel Ruiz de Córdoba –famoso Manolito Ruiz– incidiendo sobre todo en la gran vinculación que tuvo este con el Castillo de Santa Catalina, del que fue propietario.

Sobre esta misma fortaleza, Francisco Olivares Barragán hizo un exhaustivo historial y el Cronista Oficial de la Provincia, que a su vez había sido designado Cronista para redactar la Crónica de esta Cena de 1984, José Chamorro Lozano, hizo una poética descripción de los cipreses de Jaén, y sobre los más diversos sonos de las campanas de nuestra ciudad, se hizo sentir Vicente Oya Rodríguez. Finalizaba el grueso de la Cena, cuando Diego Jerez Justicia habló de las más variadas anécdotas médicas relativas a nuestra provincia.

A los postres, Alfonso Sancho Sáez nos deleitó con la lectura de unos poemillas burlescos y un tanto procaces que casualmente había encontrado en el Archivo Diocesano. Manuel Caballero Venzalá lo hizo sobre una Cena Jocosa en la sagrada Cripta de Pombo, poniendo punto final a las intervenciones Rafael Ortega y Sagrista con un curioso estudio sobre los duendes en Jaén.

Habían pasado las dos de la madrugada, el agua y el viento no cesaban. El Himno a Jaén puso el punto final. Cuando nos recogíamos como se podía en los coches tras unas mojadas despedidas, aún en el Parador había ambiente sobre un acto en el que había intervenido Antonio Gala.





*En la Casería de la Vereda
tres cipreses, tres,
a su casa le hacen vela.*

Desde la atalaya jaenera del Cerro de Santa Catalina, la imaginación desciende de nuevo a los pasos del Puente de la Sierra, pero en esta ocasión recogidos a la vera del río Quiebrajano o Candelebraje, que así también se le llamó, aunque podemos decirle casi-río, debido al Pantano de su nombre que lo embalsa aguas arriba.

En un bello edificio salido de la mano del gran arquitecto que fue Luis Berges Martínez (Guadalajara 1891-Jaén 1939), es el punto principal de esta hermosa casería conocida como **Casería de la Vereda**, para el acomodo de la Cena Jocosa de 1985 que tenía lugar en la noche del 25 de noviembre.

El propietario de esta finca, don Luis Cándido Medina Berges, dejó a su primo Luis Berges Roldán las llaves de la casa a fin de que dispusiésemos de ella a nuestra comodidad. Y en verdad que así fue como disfrutamos en aquella noche otoñal, de agradable temperatura, de esta tan clásica casería giennense.

Los tres enormes cipreses que escoltan la casería, fueron testigos como un numeroso grupo de bien trajeados caballeros inquietaban la paz y el sosiego del lugar con el sonido de los coches, el inquieto ir y venir de unos y las animadas conversaciones de otros, movimientos estos que quedaron quietos y en silencio durante cinco horas, para sosiego de los habitantes que plácidamente estaban cobijados en los altivos cipreses.

Me parecía ver a todos y cada uno de los asistentes que con sus intervenciones daban a la velada ese tono ameno a la vez que de culta erudición en temas tan de nuestra tierra, tan jaeneros. Juan Castellano hizo la presentación del nuevo Miembro de Número, Antonio Martos García, con emotivas palabras salidas de la amistad que les une de juventud y vecindad. Alfonso Sancho Sáez hizo lo propio presentando a

Luis Coronas Tejada como nuevo Miembro de Honor con alusiones cordiales al compañerismo que les une en la docencia. Fueron correspondiendo en los oportunos momentos Antonio Martos García con una curiosa cena jocosa familiar y Luis Coronas Tejada con una exposición anecdótica sobre las vivencias de los primeros años de su vida en Jaén.

Lo anteriormente expuesto se desarrollaba en una sala de la parte alta de la casa, como primera parte de la velada, y ya en la Cena, fue Luis Berges Roldán el que



Fachada de la Casería de La Vereda

en nombre del propietario de la casería, hacía ofrecimiento de la misma, relatando seguidamente con emoción los muchos años de niñez y juventud vividos en la misma. Una semblanza biográfica del Cardenal Esteban Gabriel Merino, natural de Santisteban del Puerto hizo Francisco Olivares Barragán, siguiéndole Manuel López Pérez con el relato de los últimos ajusticiamientos públicos que se celebraron en la ciudad de Jaén, salpicado de curiosas anécdotas. Felipe Molina Verdejo versificó sobre calles y plazas de nuestra ciudad, y quien esto relata mostró una buena secuencia de apodos, motes o remoquetes muy de uso en los años cuarenta y cincuenta en Jaén.

Sobre María Nieto Donaire, primera mujer jiennense que se licenció en Medicina, habló Diego Jerez Justicia, y sobre el carácter de la población de Jaén a través del paisaje intervino Vicente Oya Rodríguez. Como final de las intervenciones, ya en la sobremesa, Manuel Caballero Venzalá nos ilustró sobre coplillas y refranes referidos a San Antón Abad, haciéndolo Rafael Ortega y Sagrista con un trabajo costumbrista de los suyos, relativo a los primeros helados que por las calles se vendían en Jaén.

Muy cumplida Crónica hizo de esta Cena Francisco Olivares Barragán, que además tuvo el acierto de insertar al final de la misma unos apuntes biográficos de cada uno de los que por aquellas fechas componíamos el caudal de miembros de la Asociación.

Nuevos sobresaltos tuvieron los habitantes de los tres hermosos cipreses que velan la casería, con el alboroto de las despedidas y el ruido de motores en marcha. Apenas pasaron unos minutos y todo el entorno de la **Casería de la Vereda** quedaba en la paz y el sosiego que otorgaba aquella noche en calma.



*Bien pasadas las revueltas
y cuando inicias Valdecañas,
a la izquierda de tu mano
y si la vista no te engaña
verás la Casería de El Llano.*

A los pies del Zumel Redondo y a la vera del Camino del Llano, casería de buenos hechos y presencia, aunque discreta por cuando no se divisa desde la carretera. Casería olivarera donde las halla en este pago ubérrimo en que el olivar es prácticamente todo el paisaje. Olivos y olivos...

Y de **El Llano** se llama precisamente esta jaenesa casería donde los Amigos de San Antón y por generosa dejación que de ella hizo su propietario don Eduardo Balguerías Jiménez, asentaron sus reales en la noche del día 24 de noviembre de 1986, para llevar a buen fin la novena edición de las Cenas de Santa Catalina, en noche fría que bien se notó sobre todo cuando salimos a su portada para hacernos la tradicional fotografía de grupo después de llevar un par de horas en su interior al abrigo de ese calor hogareño que desprende la chimenea cortijera.

A la satisfacción que suponía este anual encuentro, se unía en aquel otoño el gozo de ver por aquellos días como salía a la luz el número cuatro de nuestra flamante revista *Senda de los Huertos*, que nacía con ciertas inquietudes sobre la posibilidad de su consolidación, circunstancia ésta que en la madrugada que van pasando por mi mente estos acontecimientos, año 2002, se mira con la perspectiva satisfactoria del éxito, al ir andando con esta publicación por los números 61/62.

La primera intervención que se hizo en esta velada, la realizó quien estos eventos evoca, señalando en primer lugar el contento de la Asociación Amigos de San Antón, por cumplirse próximamente el veinticinco aniversario de su fundación por lo que debería ser esta Cena de festejo por ello. Asimismo habló de lo conveniente que sería que la Cena del próximo año fuese como homenaje a Pablo Castillo García-Negrete, indicación que fue acogida con el aplauso unánime de los asistentes. Final-



Centro de una mesa en la Cena de la Casería de El Llano.

mente, hizo la presentación de José Luis Buendía López y Ángel Viedma Guzmán como nuevos Miembros de Número.

Correspondieron a las palabras de bienvenida los dos nuevos cenacantanos con palabras de afectuosa gratitud, disertando a su vez Ángel Viedma Guzmán sobre la figura de don Francisco de Viedma y Narváez, personaje trascendental en la colonización de la Patagonia, y José Luis Buendía López con referencia al olivo como el símbolo más representativo de nuestra tierra.

Para hacer la segunda parte, ascendimos a la primera planta de la casa, comedor familiar, donde un poco apretadillos nos ajustamos y fuimos dando cuenta de las viandas que con mil quiebros de cintura nos iba sirviendo el bueno de José Sánchez y que tan cumplidamente había preparado Antonio Molina Fernández. Fue Luis Berges Roldán, el que en nombre de Eduardo Balguerías Jiménez, íntimo amigo suyo, hizo el ofrecimiento de la casería, a la vez que expresó con sentidas palabras la emoción que le producía la celebración de la Cena en este lugar, por los recuerdos entrañables de su juventud en ella, a la vez que mostrar su satisfacción por haber sido el autor de la restauración de esta casería de **El Llano**.

Le siguió Luis Coronas Tejada con una curiosa descripción del tráfico rodado en la ciudad de Jaén allá por el siglo XVII. Después de un

sabroso bacalao encebollao Rafael Ortega y Sagrista ofreció detalles interesantes y novedosos para el auditorio sobre aquel partido político llamado La Unión Mesocrática Universal que fundó el jaenero don José Acuña Gómez de la Torre en el año 1931.

El poeta Felipe Molina Verdejo versificó jocosamente sobre nuestro ochío y el canto de pan y aceite y Antonio Martos García habló sobre las casas hortelanas del barrio de San Ildefonso. Una nostálgica estampa sobre el Balneario de Jabalcuz nos presentó José Chamorro Lozano, siguiéndole Francisco Olivares Barragán con la descripción de la figura del toro como pieza fundamental en el arte giennense.

Unos poemas jocosos relativos a una Funeraria de nuestra ciudad a finales del siglo XIX nos leyó Diego Jerez Justicia y, ya en los postres, Vicente Oya Rodríguez glosó las figuras del «chirri» y la «pastira» como símbolos íntimos de Jaén, finalizando las intervenciones Alfonso Sancho Sáez que nos trasladó a una visión retrospectiva de aquel famoso Teatro Principal o Teatro de la Audiencia en nuestra ciudad.

En la Casería de **El Llano**, entre olivos y olivos, cuando se acercaban las tres de la madrugada, la letra del Himno a Jaén se identificaba plenamente con el lugar en que nos encontrábamos:

*En tu olivar
soñé por ti
con luz de luna
jaenera ser feliz.*





*Otrora noble mansión, según veo
que, pasando por diversas manos,
casa fue de Ilustración y Recreo
bienfamado Casino de Artesanos.*

Y como no todo habrían de ser acogedoras caserías y confortables casas hogareñas de la ciudad, las secuencias que se representan seguidamente y referidas a la Cena de Santa Catalina de 1987, décima Cena en la noche del 24 de noviembre, tienen su ubicación en el salón de actos de la que fue y por estas calendas que nos referimos dando sus últimos coletazos, famosísima Caja de Socorros, Ilustración y Recreo, conocida como **Casino de Artesanos**, casa número veintiuno de la calle Cerón, que cuando esta Crónica se hace, está dedicada, espléndidamente rehabilitada, como sede de Asuntos Sociales del Ayuntamiento de Jaén.

El escenario de este encuentro fue el hermoso salón de actos de aquella benéfica a la vez que recreativa Sociedad. Una serie de retratos al óleo de personajes giennenses que de alguna forma tuvieron vinculación con la Institución, fundadores, miembros beneméritos o benefactores de ella, formaban parte de la decoración del salón, todos ellos en actitud seria, en los que algunos se adivinaba una mirada inquisidora como preguntándose por la presencia de estos «intrusos» en la fría noche otoñal que venían a romper la paz y el sosiego secular de esta estancia de cierto sabor románticos, evocadora de veladas sociales, cabildos anuales, conciertos, entregas de premios a la aplicación y a la virtud...

Todo el devenir de la jornada giraba aquella noche en torno a Pablo Castillo García-Negrete, en homenaje que se le rendía por la Asociación, tal como se adoptó en la Cena del año anterior. Quien hace esta narración tuvo el privilegio de hacer el ofrecimiento de un artístico pergamino como testimonio de admiración a la vez que de reconocimiento

por los méritos contraídos por el Sr. Castillo en la creación y mantenimiento del Premio Jaén de Piano.

Manuel López Pérez, conocedor de tantas cosas de Jaén, narró el historial de este **Casino de Artesanos**, entidad del más puro calado giennense. Le siguió Manuel Caballero Venzalá con un curioso trabajo relativo a Pablo Castillo y su familia, titulado «Bajo el Signo de Tauro». Sobre el llamado Fuego de San Antón, afección cutánea, habló José Luis Buendía López, finalizando las intervenciones de esta primera parte Vicente Oya Rodríguez ilustrándonos sobre una tertulia fundada en 1969 conocida como El Lagarto Bachiller, de la que formaron parte algunos de los asistentes a esta Cena.

Ya durante la Cena, Rafael Ortega y Sagrista quiso seguir contándonos cosas relativas a ciertos animalejos de cuidado, haciéndolo en este caso sobre las sabandijas. Sobre algunas revistas sanitarias, algunas fundadas por don Federico Castillo Extremera, padre de Pablo Castillo, nos habló Diego Jerez Justicia. Las fortalezas árabes y medievales cercanas a la ciudad de Jaén, como la Torre Bermeja y los castillos de Otiñar y Fuentetetar, fueron descritas por Francisco Olivares Barragán, siguiéndole con un simpático anecdotario relativo a secuencias en el **Casino de Artesanos**, siendo presidente del mismo el recordado Rafael Jaén Jaén, Antonio Martos García.



Pablo Castillo
García-
Negrete,
homenajead
en la Cena del
*Casino de
Artesanos*

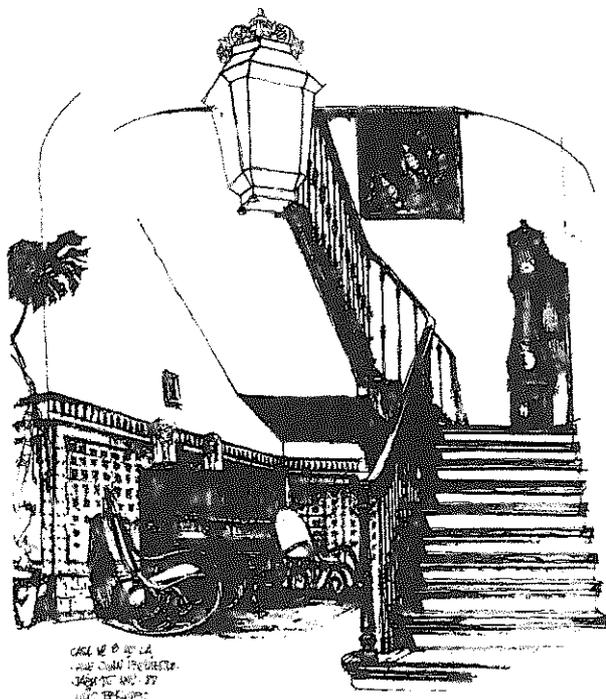
Ya entrando en la fase final, fueron interviniendo Miguel Calvo Morillo (con tres lúcidos sonetos dedicados a Alfonso Sancho Sáez). De los viajeros y escritores románticos en sus visitas a la provincia de Jaén nos habló Ángel Viedma Guzmán, siguiéndole Felipe Molina Verdejo con un emotivo recuerdo hacia su bisabuelo don Marino Jiménez de la Linde, uno de los fundadores del Casino, dedicando unos poemas a la Institución.

Dado que el homenaje en esta noche era a un arquitecto, fueron dos arquitectos los que cerraron el ciclo de intervenciones: José María Pardo Crespo sobre sus conocimientos profesionales debidos al magisterio de Pablo Castillo, y Luis Berges Roldán con unos recuerdos añorantes sobre la Carrera, calle principal giennense donde había vivido muchos años la familia del homenajeado.

Recuerdo especial de esta Cena fueron unos cubiertos en madera de boj –cuchara y tenedor– pirograbados con la figura de don Lope de Sosa, obra de paciencia y mérito de Ángel Viedma Guzmán, junto a una jarrita de cerámica.

De todo cuanto aconteció y se dijo en esta décima Cena de Santa Catalina escribió escrupulosa Crónica Luis Coronas Tejada, el cual añadió en una Addenda, un trabajo de Manuel López Pérez sobre las cacerías en Sierra Morena, fruto de una conversación que sobre este tema tuvieron en su mesa durante la Cena.





*Más elevada es la grandeza
si es doble la generosidad
de quien da la hospitalidad
que emana de su gentileza.*

Arropado por ese silencio transparente de la madrugada, me deleitaba en este recreo mental que sentía rememorando estos pasados acaeceres, cuando inesperadamente me vi sorprendido de forma brusca por el zumbido ensordecedor de dos motocicletas, al parecer en competición a todo gas por mi calle. Fue como el zumbido de dos reactores y no quiero expresar aquí en letra lo que de palabra exclamé incorporándome sobresaltado. Tomé un sorbo de agua pues todavía quedaba en mi boca el resabio de la copita de Castillo de Jaén tomada en la sobremesa a la vez que para paliar el sobresalto. Me volví a cobijar entre sábana y sábana y repuesto del susto, mi mente volvió a volar pero en esta ocasión hacia una entrañable mansión urbana de conocida familia giennense.

Una vez más, la gentileza de una dama ponía a nuestra disposición acomodo para poder celebrar la undécima edición de nuestras Cenas. Carmen Balguerías Jiménez, que ya nos brindó su Casería de **El Carmen** para la Cena de 1982, ponía a nuestra disposición su hermosa casa marcada con el número cuatro de la calle que se llamó de Juan Izquierdo y en la actualidad de Josefa Segovia, junto al edificio que Internado Teresiano, hoy Colegio Pedro Poveda. En esta mansión pues, una vez que fue pasado el toque de ánimas del día 24 de noviembre de 1988, los Amigos de San Antón celebraban su anual convocatoria de la Cena de Santa Catalina. Aunque dejó su casa a nuestra disposición, a nuestro

ruego estuvo en los primeros momentos, ocasión que aprovechamos para hacerle un obsequio, consistente este en una reproducción en plata de la parte central del retablo del Descenso de la Virgen de la Capilla, que muy complacida agradeció.

En el salón comedor de la primera planta celebramos la primera parte del evento, siendo allí designado Cronista para esta Cena Felipe Molina Verdejo y fue recibido como nuevo Miembro de Número el Catedrático de Música de la Universidad Pedro Jiménez Cavallé, del que hizo su presentación Ángel Viedma Guzmán, desmenuzando el amplio curriculum del cenacantano. Después de la obligada pausa entre copa y vianda, tuvo Pedro Jiménez palabras de gratitud a la Asociación, acompañándolas con un breve estudio sobre ministriles de la Catedral, adobando la intervención a media voz con algún que otro agradable improntu.



Aspecto que presentaba la Cena en la Casa de Carmen Balguerías

Manuel López Pérez, en el sentimiento que a todos nos afectaba por la desaparición apenas hacia tres meses, de Rafael Ortega y Sagrista, trazó una sentida semblanza de este irrepitible personaje giennense. José Chamorro Lozano nos habló de don Juan de Dios López, conocido dibujante desaparecido, como un notable artista ignorado, siguiéndole Francisco Olivares Barragán sobre la heráldica existen del Cardenal Esteban Gabriel Merino. Finalizó esta primera parte con la exposición de

unos curiosos y simpáticos episodios de los soldados romanos de nuestra ciudad, relatados por quien esta Crónica escribe.

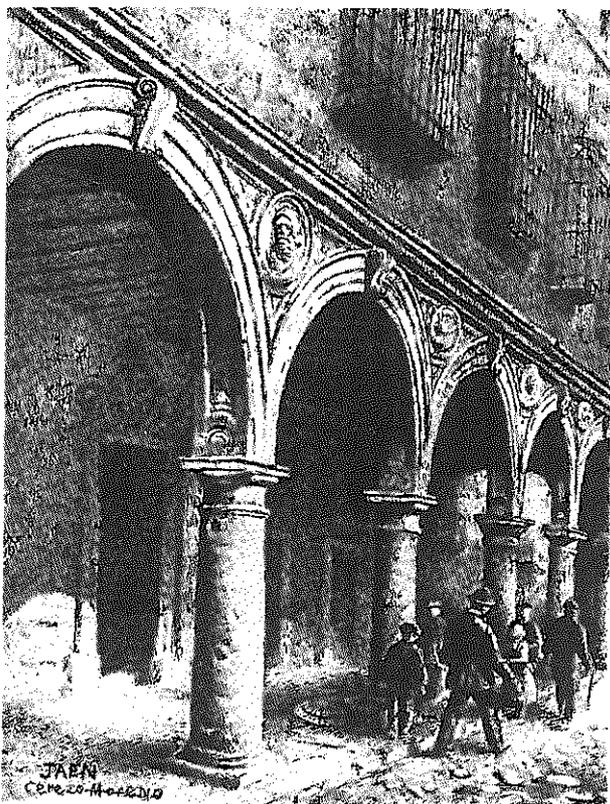
La Cena, ya acomodado en el patio acristalado de la planta baja de la casa, tuvo un sencillo y delicioso fondo musical producido por el surtidor y derrame de la pequeña fuente de taza situada en el centro de la estancia. Diversas fueron las intervenciones que se sucedieron a través de la velada, siendo la primera de Diego Jerez Justicia refiriéndose a la desaparición del pequeño Nacimiento o Belén de Rafael Ortega que cada año ponía en su casa. Una Sonatina al Parque recitó Felipe Molina Verdejo y Vicente Oya Rodríguez tuvo un recuerdo para esas voces mas notables que se han escuchado en nuestra ciudad.

Un breve Rosal de Alabanza a San Antón nos dijo Manuel Caballero Venzalá, siguiéndole Juan Castellano de Dios explicándonos la elaboración del Resol, esa bebida navideña tan jaenera, que había preparado junto al desaparecido Rafael Ortega. Un canto a Cazorla hizo Miguel Calvo Morillo y sobre personajes populares de nuestra ciudad habló Antonio Martos García. Por último, Luis Berges Roldán tuvo unos emotivos recuerdos familiares y de amistad hacia la figura de Rafael Ortega y Sagrista.

Fue diferente la exposición que mostró Felipe Molina Verdejo de la Crónica de esta ocasión, pues en vez de intercalar las intervenciones a través de la descripción de la misma, hizo primero relación de ella y al final y por orden de actuación colocó todos los textos de las mismas. Tuvo además la novedad esta edición del cambio de la orla de la portada, al ser sustituida la que veníamos utilizando por una nueva obra del notable pintor Francisco Huete Martos.

Como en todas estas ocasiones, el Himno a Jaén ponía fin a esta Cena de 1988 y aunque la mayoría se fueron retirando, algunos aún nos quedamos largo rato comentando secuencias de la misma, al calor de una espléndida chimenea que tanto invitaba a ello.





*Más dí:
¿Dónde hogaño fue la Cena
que me cuentas tan festera?
Allá, junto al Mercado Bajo
de los Vilchez en su Palacio.*

Aún me parecía oír el ligero y alegre borbotillo de la fuente de taza que centraba la estancia de la Cena anterior, cuando otro borbotillo de más intensidad, puesto que la estancia era doble de grande y como asimismo la fuente, me introdujo de lleno en el recuerdo de la Cena de 1989, que tenía como escenario la gran amplitud del patio del que fue **Palacio de los Vilchez**, Fonda Francesa, Hotel Nacional y en las calendas que corrían, sede de la Caja Postal de Ahorros, situada en la actual Plaza del Deán Mazas y que en su día fue Mercado Bajo.

Era a la sazón Director Provincial de esta entidad don Rafael Gutiérrez Ureña, buen amigo de los Amigos de San Antón, jaenero cien por cien que residiendo en la actualidad en Granada, cada semana viene a Jaén «a dar una vuelta» a su casa de la calle Ancha o de Muñoz Garnica y a estar al corriente de cuanto discurre por esta tierra. Cuando le sugerimos la idea sobre la posibilidad de celebrar la doce edición de nuestras cenas en esta casa palacio, el único inconveniente que nos puso fue que no siendo en horas de oficina, en cualquier momento podíamos disponer de la misma.

La verdad es que no lo dudamos ni un minuto poniéndonos en marcha con los preparativos, que no fueron pocos, por cuanto el edificio recién restaurado, carecía de cualquier cosa que se parezca a una cocina, o servicio similar para estos fines. Pero como cuando hay voluntad todo se subsana, así pudimos en la noche del día 24 de noviembre de 1989, fieles a las recomendaciones que para este menester nos había hecho el Criado Portugués a través de su carta de aviso y recordación, fuimos coincidiendo en este más que hermoso edificio que si bien con la restauración había quedado espléndido, también al otorgársele destino diferente se veía desprendido de esos halos, tanto de casa hidalga y sola-



León Herrera
y Esteban
recibe el título
de Miembro
de Honor en
la Cena del
*Palacio de los
Vilchez*

riega, como de tantas y tantas secuencias de huéspedes y viajeros que en ella tuvieron acomodo. Todo permanece y dura menos el mudar. El continente permanece pero el contenido cambia.

Apenas iniciada la velada, don Rafael Gutiérrez Ureña, como anfitrión, en sentidas palabras hizo el ofrecimiento de la casa, deseando a todos una cena inolvidable. Asimismo mostró las diferentes dependencias, interesándose vivamente por ellas León Herrera y Esteban, que había sido Director General de Correos y Comunicaciones y que en esta noche se recibía como Miembro de Honor de la Asociación.

Correspondió a Vicente Oya Rodríguez hacer la presentación del cenacantano, con una pormenorizada exposición de su extenso currículum, correspondiendo León Herrera y Esteban muy complacido por esta distinción, haciendo a su vez un emotivo recorrido de su vida en Jaén desde su niñez hasta nuestros días, con un recuerdo especial a su madre doña María Esteban García de Quesada, que muchos de los asistentes hemos conocido.

Durante esta primera parte del anual encuentro, se ofreció a todos los asistentes y como recuerdo de la Cena, el escudo heráldico correspondiente a un apellido de cada uno, debidamente enmarcado, obra de mucha paciencia y cuidado que había realizado Ángel Viedma Guzmán. Asimismo y en los paréntesis correspondientes, Luis Coronas Tejada nos ilustró sobre el devenir de la Plaza del Mercado desde el siglo XVI como primera expansión de la ciudad, y Antonio Martos García hizo que volviéramos la vista atrás hacia nuestros tiempos mozos relacionados con las tradicionales lumbres de San Antón.

Ya en el discurrir de la Cena, Manuel López Pérez platicó en relación a «La mala vida», referida a las que se llamaron «Mujeres públicas» o «Mujeres enamoradas», haciendo asimismo alusión a los distintos recogimientos que en nuestra ciudad había para ellas. La amistad que debemos tener con nuestra vecina Portugal, fue el tema que tocó Alfonso Sancho Sáez, y Miguel Calvo Morillo deleitó con unos jocosos versos aplicados a nombres y apellidos de los Amigos de San Antón.

Un breve historial del edificio en que nos encontrábamos, leyó Diego Jerez Justicia, añadiendo algunas anécdotas de cuando era Hotel Nacional, poniendo punto final a la intervenciones Manuel Caballero Venzalá, dando lectura a un viejo romance sobre un torero giennense, que visitó con frecuencia este palacio a mediados del siglo XVII, llamado don Juan del Prado y Valenzuela.

Buena Crónica de todo cuando se dijo y aconteció en esta Cena redactó Pedro Jiménez Cavallé, debiendo añadir por mi parte y como nota significativa, que aunque Pablo Castillo García-Negrete ha vivido muchos años después, esta fue la última Cena Jocosa a la que asistió, pues debido a su precario estado de salud, marchó con su esposa a vivir a Madrid para estar cerca de su hijo Federico que allí residía y reside. Pablo Castillo había nacido en Jaén el 14 de mayo de 1910, muriendo en Madrid el 29 de octubre de 2002, vísperas de la Cena que este Cronista relata.





*De Jabalcuz, junto a su puente
verás pronunciada pendiente,
y allí, de Riocuchillo en su ladera
casería del Conde o de la Muela.*

Grandes contrastes meteorológicas puede conllevar el Otoño. Lo mismo lo encontramos lluvioso como seco, o disfrutamos de días y noches templadas y apacibles como de días y noches con lluvias abundantes y vientos que merecen todos los respetos. Para quien esto escribe, el Otoño es la estación que más puede disfrutarse en Jaén cuando viene de buen talante, tanto por la temperatura como por la luminosidad y colorido del campo que nos rodea. Sin embargo, cuando el Otoño saca el rabo en Jaén y comienza a caer agua y a soplar el aire... hay que descubrirse.

Y si no te descubres te descubre el ventarrón. Y esto fue lo que ocurrió al bueno de Manuel Elías Carrasco, que en la noche del 24 de noviembre de 1990, arribando a la casería del **Conde** o de **La Muela**, en la ladera de Riocuchillo, el viento le arrebató el sombrero y si no se llega a agarrar a un árbol, lo hubiera pasado tan mal como el sombrero, del que dicho sea de paso, nunca más se supo.

Difícil y complicada fue la tarea de este año para preparar esta Cena. Estaba previsto y bien hablado para ello, que se celebrase en estancias del edificio de la Santa Capilla de San Andrés, y cuando parecía todo arreglado, esos buenos amigos que suele haber en todas partes, se encargaron de abortar el intento. A estos amigos siempre se les recuerda con cariño. Mas como el desánimo nunca prevalece en los Amigos de San Antón, nuevas gestiones, nuevos contactos para tratar de solventar el caso. Y así, gracias a la buena amistad de Julio Puga Romero con don Rafael Dorado Sáenz, dueño de la ya mencionada Casería del **Conde** o de **La Muela**, se pudo dar luz verde para que la Cena pudiera tener acomodo en esta buena casería tan a mano de la ciudad.

La noche fue tan inclemente y desapacible como las ya habladas de la Casería del Carmen o la Torre del Homenaje. En verdad no se decir cual de las tres se llevó la palma. En fin, lo importante era llegar, y una vez allí, a disfrutar de la trece edición de estas tan queridas Cenas de Santa Catalina.

No eran de gran capacidad las estancias de la casería para las treinta personas asistentes y es que el número se había ido elevando en relación a aquella primera Cena del año 1978 donde fuimos veinte los comensales. Sin embargo, con la mejor disposición y buena voluntad hubo lugar para todo y para todos. El ambiente cálido de las estancias contrastaba con el zumbido del aire que hacía repiquetear la lluvia contra los cristales de las ventanas.

Fue designado Cronista de la Cena de 1990 Ángel Viedma Guzmán, que cronometró minuto a minuto lo allí sucedido en excelente Crónica. Asimismo, ingresaron como nuevos miembros de la Asociación Antonio Martínez Lombardo y Juan Higuera Maldonado, el primero de Número y el segundo de Honor.

Fui el encargado de dar la bienvenida a los asistentes a la vez que dar las más expresivas gracias al dueño de la casería, Rafael Dorado Sáenz, que recibía de manos de Julio Puga Romero una placa de cerámica granadina, en la que se indicaba que allí se celebraba la Cena Jocosa de 1990.

Con los intervalos de rigor fueron interviniendo Antonio Martos García para dar la bienvenida a Antonio Martínez Lombardo, el cual, al corresponder complacido con esta designación, nos relató sus muchos años de vivencias como sanitario en el desaparecido Hospital de San Juan de Dios. Después fue José Casañas Llagostera el encargado de presentar a Juan Higuera Maldonado, quien sintiéndose honrado con la designación, explicó unos interesantes datos relativos a la Santa Capilla de San Andrés, que había preparado pensando que la Cena hubiera tenido lugar en aquel sitio tal como se había previsto.

Ya durante la Cena, José María Pardo Crespo disertó sobre el arte arquitectónico tan plural en Úbeda y Baeza. «Las grajas» que anidan en las torres de nuestra Catedral, fue el tema que trató Vicente Oya Rodríguez, mientras que Manuel Caballero Venzalá nos leyó un curioso estudio relativo a los anuncios de principio de siglo, incidiendo sobre todo en los tocantes a los jabones Heno de Pravia.

Miguel Calvo Morillo, leyó un bonito y castizo «Romance al Mantón de Manila», y el otro poeta, Felipe Molina Verdejo, hizo una descripción versificada relativa a una «Dama Boba», que sin decirlo se refería a

Placa de
cerámica de
Fajaluza que
queda como
recuerdo en
los lugares
donde se
celebra la
Cena

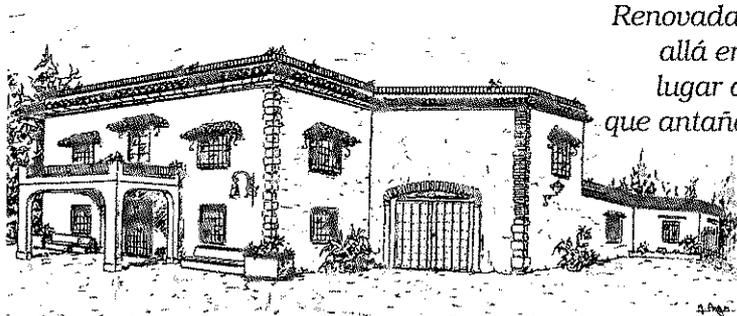


Doña Eduarda, pintoresca dama giennense que muchos de los asistentes habíamos conocido. Diego Jerez Justicia, sacó a relucir unos rипios del famoso *Látigo rojo* que eran como peticiones al Alcalde Mayor, referidos al entonces alcalde de Jaén, Manuel Ruiz Córdoba. Finalmente León Herrera y Esteban, hizo un pormenorizado estudio del que fue célebre Cronista Oficial de la Provincia, Alfredo Cazabán Laguna.

Si larga es la duración de la Cena, las intervenciones previstas no se pueden encajar todas en ese tiempo, por lo que no hay más remedio que algunas de ellas dejarlas para incluirlas al final de la Crónica en una *ADDENDA*, especificando que por falta de tiempo no fueron leídas en su momento. Y esto fue lo que ocurrió con dos posibles intervenciones: la de José Chamorro Lozano, con un recuerdo a la figura del músico Alfredo Ruiz Guerrero y la de Manuel López Pérez con la segunda parte de la serie sobre «La mala vida», en este caso concreto, «El Vino».

El aguacero y el ventarrón no cesaban y había prevención naturalmente al salir de la casería. Pero reconfortados con las buenas viandas y bebidas ingeridas, todos prestos a iniciar el regreso a la ciudad cuando se acercaban las tres de la madrugada, por el mismo dificultoso camino que nos había traído. La Cena Jocosa de 1990 había concluido en manifiesta paz de hermandad y sosiego. Efusivas despedidas y a pensar en la Cena del año siguiente.





*Renovada casería de San Antonio
allá en los pagos de La Imora,
lugar del que existe testimonio
que antaño le decían de Daymora.*

De la ladera de Riocuchillo o Reguchillo la imaginación vuela, como si no hubiera pasado un año, hacia el noroeste de la ciudad, a menos de una legua de ella y en el pago conocido en nuestros días por «La Imora» y primitivamente de «Daymora». Uno de los parajes cercanos más atractivos, otrora con abundantes y ricas aguas de las que apenas queda un discreto manantial de mucha calidad, que en la actualidad es utilizado para la elaboración de la Cerveza «El Alcázar», en cuyos dominios se encuentra.

Hermoso paraje señorado por la antigua ermita de la Virgen Blanca, lugar que poco a poco va desvestiéndose de sus encantos naturales por la implantación en su entorno de estaciones de servicio, industrias hoteleras y hosteleras a más de urbanizaciones de campo y recreo.

Una de las caserías de más nombre que ha tenido este pintoresco lugar, ha sido la de **San Antonio** que la formó juntando varias pequeñas heredades, el que fuera notario Antonio Sánchez de la Torre a mediados del siglo XIX. Le siguió en la propiedad otro notario, Lázaro Lázaro Junquera y después de alguna mano más, pasó a propiedad actual de la Fábrica de Cerveza «El Alcázar», empresa a la que por mediación de Julio Puga Romero, acudimos a su director de marketing, Domingo Moreno Medina, quien con toda amabilidad la puso a nuestra disposición para que en ella tuviera su sede la catorce edición de nuestras cenas. Persona competente y amable donde las halla, este Domingo Moreno, que se desvivió para que todo resultara a la mayor satisfacción de la Asociación, como así fue.

Cinco hermosas palmeras, como cinco vigías gigantes, escoltan y guardan a esta Casería de **San Antonio**, donde en la noche del día 25 de noviembre de 1991, los Amigos de San Antón tomaban posesión de ella para este tan particular menester de la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina.

Quien esta Crónica relata hizo la presentación del acto, mostrando en primer lugar a Domingo Moreno Medina, que en representación de la empresa «El Alcázar, S.A.» asistía a la Cena, la más profunda gratitud por tan generoso gesto, a la vez que tuvo palabras de sentido recuerdo para Alfonso Sancho Sáez, Miembro de Honor de la Asociación, recientemente fallecido, personaje entrañable que queda en el recuerdo de todos.

En esta edición se incorporaba como Miembro de Honor, el profesor y escritor Juan Eslava Galán, del que Vicente Oya Rodríguez hizo una muy cumplida presentación que, tras la correspondiente pausa que



Juan Eslava Galán recibiendo el título de Miembro de Honor de la Asociación, en la Cena de la Casería de San Antonio

se rellena con copa y buena morcilla frita de Carchelejo, correspondió el cenacantano agradeciendo la distinción que se le hacía con este nombramiento, a la vez que fue explicando el porqué de su interés en ir significando en sus libros, tanto personajes como lugares de Jaén y su provincia.

Un sentido y afectivo recuerdo hacia Alfonso Sancho Sáez tuvo Luis Coronas Tejada, con el que tantos años compartió docencia y amistad. Finalizando esta primera parte, fue el anfitrión Domingo Moreno el que contó una anécdota referida al profesor Rafael Lapesa, que en una ocasión le dijo que no conocía la ciudad de Jaén, pero que en realidad era como si la conociera porque allí vivía uno de sus mejores alumnos: Alfonso Sancho Sáez.

Durante el desarrollo de la Cena, Pedro Jiménez Cavallé nos habló del Maestro de Capilla de la Catedral de Jaén José Manuel de la Puente y su valiosa obra, siguiéndole Antonio Martos García que hizo un relato describiendo con todo detalle los numerosos hornos de pan cocer, ya desaparecidos, del barrio de San Ildefonso. Sobre los lugares clásicos donde se vendía la cerveza El Alcázar en nuestra ciudad, bares Sanatorio, Tejadillo, etc. leyó unos curiosos ripios Antonio Martínez Lombardo, y sobre el centenario de la taberna «El Gorrión» en la calle Arco del Consuelo leyó Pedro Casañas unas cuartillas.

A los postres, Diego Jerez Justicia se refirió a un curioso motín en la ciudad de Jaén allí por 1896 contra un recaudador de tributos y ya, en la sobremesa, fueron Felipe Molina Verdejo y Miguel Calvo Morillo los que pusieron punto final a las intervenciones, el primero recitando un coloquio a las estatuas de la Alameda y el segundo con un trabajo relacionado con los pájaros de A. Hitchcock y las grajas que anidan en la catedral.

Una amena Crónica compuso Antonio Martínez Lombardo de esta Cena de 1991, cena en la que por cierto ha sido la única que degustamos la cerveza de barril, naturalmente debido a la proximidad con la fábrica El Alcázar. Al final de la Crónica y en una ADDENDA, figuró el tercer trabajo de Manuel López Pérez sobre «La mala vida», en este caso concreto, «El Juego».

Contraste notable del tiempo tan agradable el de esta noche con el de la noche de año anterior en la casería del Conde. El otoño jaenero es así.





*¿Quién esta gente
que a la puerta llama
del número diecinueve
de la calle Llana?*

*De San Antón son Amigos,
todo una mesnada,
abrid, que traen consigo
licencia y grata embajada*

Es deleite grande exhumar estas memorias de tan íntimo significado, sobre todo para el que ha estado tan comprometido desde el génesis de estos episodios en toda su evolución. Año tras año se me han venido adhiriendo como escamas, la película de cada uno de estos queridos eventos. Con gran rapidez van pasando por mi mente secuencias y detalles de estos acaecimientos de los que no me atrevo a entrar en más detalles por dar longura excesiva a estas narraciones.

Pasan ahora por mi pantalla imaginativa, las secuencias de una visita que hice a una dama, distinguida dama con la que nunca había tenido la satisfacción de hablar, para solicitarle, así, tranquilamente, permiso para poder celebrar una de nuestras cenas en su casa. Y aquí fue donde apareció la grandeza de esta mujer que, apenas oída mi petición, me dijo que teníamos su casa o pequeño conventillo, como le suele decir, a nuestra disposición.

En este para mi tan querido barrio que antaño se llamó de las Monjas, en su travesera principal, *calle Llana* o *Llana de Santa María* que fue, hoy con el sobrenombre de Francisco Coello, en su número *diecinueve*, casa de noble presencia y hechura, morada de doña Caridad Miralles Recalde, Vda. de don Manuel Millán López, notable arquitecto giennense de grato recuerdo. En sus estancias principales, y en la noche del día 24 de noviembre de 1992, los Amigos de San Antón celebraban la quince edición de las Cenas de Santa Catalina, en gratisimo ambiente en que asistía por vez primera una mujer a estas veladas, ya que la dueña de la mansión quiso honrar la Cena con su presencia.

Fui el encargado de hacer la salutación a la vez que expresar en nombre de la confraternidad gratitud a la anfitriona por el gesto amable

y sincero, tanto de acogernos en su casa como de acompañarnos. Como recuerdo de este acaecer, José María Pardo Crespo le hizo entrega de una placa de cerámica granadina en la que se expresaba que en aquella casa había tenido lugar la Cena Jocosa de 1992.

Amplia y sentida semblanza biográfica hizo Vicente Oya Rodríguez del desaparecido Manuel Millán López, a la que con sentidas palabras correspondió su viuda, Cari Miralles de Millán, ofreciendo asimismo su casa a los asistentes.

En clave de humor, una crónica negra referida al que fue Marqués de Lendínez, Rafael Brufal y Melgarejo, nos relató Manuel López Pérez. Antonio Martínez Lombardo leyó una poética composición original suya titulada «El Molinillo», y Fernando Lorite García se extendió en consideraciones relativas a la reconstrucción y puesta al culto que se ha hecho en la vieja iglesia de La Magdalena, con expresa alusión al párroco Miguel Luque Pardo.

Del cajón de sus recuerdos sacó Manuel Caballero Venzalá un pequeño devocionario de su abuela, añadiendo curiosas apostillas al mismo. Sobre el proyecto que había presentado al concurso de ideas para la nueva plaza de la Renfe, José María Pardo Crespo explicó su pensamiento al respecto, y Diego Jerez Justicia hizo mención de unas curiosas anécdotas relacionadas con nuestra ciudad a finales del siglo XIX.

Un bello romance a la Catedral recitó Felipe Molina Verdejo y Miguel Calvo Morillo hizo lo propio con otro titulado «Jaén sencillamente». Y ya cumplidos los postres, Pedro Jiménez Cavallé nos deleitó con una cantata del que fue Maestro de Capilla de nuestra Catedral, Juan Manuel de la Puente.

Caridad Miralles Recalde, Vda. de Millán, recibe la Placa conmemorativa de la Cena en su casa de la c/Llana, nº 19



De todo el devenir de la Cena y de todo lo hablado, hizo excelente Crónica Juan Higuera Maldonado, que para tal efecto había designado al comienzo de la velada y para lo que se le entregó el correspondiente recado de escribir. Incluyó al final de la Crónica y como ADDENDA, unos emotivos recuerdos de personajes, calles y costumbres de nuestra ciudad, que había compuesto Antonio Martos García.

Entrando ya la madrugada, previa la despedida a la dama que tan generoso gesto había tenido con la Asociación, un parloteo a media voz quebraba el conventual silencio de la calle Llana. Eran las afectuosas despedidas repletas de satisfacción por tan particular encuentro. La Cena de 1992 había concluido.





*Es atención que no tuvo precio
porque fue caso singular,
ya que la Cena se vino a oficiar
de la industria y el comercio
en su Cámara Oficial.*

Ese Criado Portugués que con tan perseverante puntualidad cada año nos convoca a las rememoraciones del verso exacto y exquisito sobre otra Cena, que allá en el siglo XVI compusiera Baltasar del Alcázar, a quien particularmente nosotros debemos la motivación de estos anuales encuentros, tuvo la ocurrencia de cambiar para la edición de 1993, la tradicional ubicación y acomodo de estas Cenas, de las mansiones urbanas y rústicas caserías, por un asentamiento, que si bien urbano, desprendido del cobijo y calor que otorga la casa habitada, pero que en definitiva tiene también el afecto y consideración que se desprende de ser un organismo público estrechamente vinculado a los afanes comerciales de la ciudad.

En el ya antiguo edificio –hoy remodelado– de la **Cámara Oficial de Comercio e Industria**, rotulado con el número veintisiete de la calle Hurtado, inmueble que a la sazón andaba en grandes obras, por dejación que para el efecto pertinente hizo su Junta de Gobierno presidida por don Francisco Espinosa García-Olaya, tenía lugar la dieciséis edición de estas Cenas Jocosas, en la noche del 27 de noviembre de 1993, a la que asistieron, junto al dicho Presidente, los Vicepresidentes don José Martínez Castillo y don Ramón Ruiz Ruiz.

Dos queridos amigos ingresaban en esta agradable noche otoñal como miembros de la Asociación. Como Miembro de Número lo hacía Juan Cuevas Mata y de Honor Ignacio Ahumada Lara, dos puntales notables para la confraternidad, que en el devenir de la misma vienen justificando esta apreciación.

Una vez hecho los nombramientos anteriores y haberse designado como Cronista de esta Cena a José María Pardo Crespo, hice uso de la palabra en nombre de todos, para agradecer a Francisco Espinosa García-Olaya y Junta de Gobierno, el cobijo que nos proporcionaban al utilizar la Cámara para esta querida Cena, palabras a las que correspondió el Presidente expresando su contento por haber podido contribuir a ello, a la vez que ofreció a la Asociación, el día que estén finalizadas las obras, el poder utilizarla tantas cuantas veces así la necesitemos.

Fue Juan Castellano de Dios el encargado de hacer la presentación del nuevo Miembro de Número, destacando su ejecutoria como Ar-



Ignacio Ahumada Lara y Juan Cuevas Mata que ingresaron como Miembros de Honor y de Número, en la Cena de la Cámara de Comercio

chivero Municipal y Director de su Biblioteca, palabras a las que correspondió Juan Cuevas Mata, expresando gratitud a la Asociación a la vez que se extendió en un interesante trabajo sobre las Cámaras de Comercio, concretándose en la influencia que tuvo ésta para que el ferrocarril viniera a Jaén, y tras la correspondiente pausa, Vicente Oya Rodríguez hizo la presentación del nuevo Miembro de Honor, con el amplio currículum que le corresponde, destacando la especialidad y dedicación con la que estudia nuestra lexicografía.

Descendimos para la segunda parte, la Cena, al patio central, adornado con plantas y hermosos reposteros que nos habían sido cedidos por el Ayuntamiento, donde entre plato y plato se fueron sucediendo

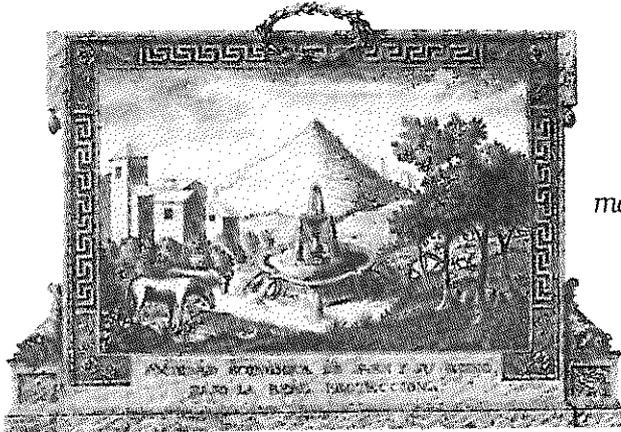
las intervenciones. Fue el primero Ignacio Ahumada Lara, que dio las gracias por su nombramiento y nos deleitó con un interesante apunte acerca de lo que representa el «ronquío» en Jaén. Miguel Calvo Morillo explicó unos estudios sobre la cena en general y su relación con la Cena Jocosa. El desaparecido Convento de San Francisco y la Plaza Vieja fueron rememoradas por José Chamorro Lozano. Antonio Martínez Lombardo leyó unos graciosos ripios a ciertas esculturas que se colocan en determinados puntos de la ciudad y que nadie comprende, y Diego Jerez Justicia contó algunas curiosas anécdotas personales en su vida médica.

Por sus andanzas en las librerías de viejo, Manuel Caballero Venzalá nos leyó un breve poema dedicado a la mujer giennense, extraído de un álbum de 1852, de Miguel Dubé Navas, y ya en la sobremesa y a punto de levantarse los manteles, unas coplillas alusivas a las Lumbres de San Antón, recitó Felipe Molina Verdejo.

Las notas del Himno a Jaén ponían fin a la Cena de 1993, que como las anteriores, fue espléndidamente servida por Antonio Molina Fernández, dueño del restaurante *La Ponderosa*, y asistido de José Sánchez que tan esmerado interés pone en el servicio.

José María Pardo, como Cronista, incluyó al final de la Crónica una ADDENDA, en la que figuraba un trabajo de Antonio Martos García sobre costumbres alusivas a la desaparecida Feria de Agosto. Otro de Francisco Olivares Barragán, de Santa Catalina de Alejandría como Patrona de Jaén, y finalmente otro de Manuel López Pérez, relativo a un atraco misterioso ocurrido a finales del siglo XIX en la Santa Capilla de San Andrés.





*Fue entre su estirpe el Tercero
este Rey Don Carlos que decís,
mas, como Fundador fue el Primero
de la Sociedad Amigos del País.*

La dichosa artrosis que padezco en mis rodillas, concretamente ahora en la izquierda, ya que la derecha la tengo afortunadamente superada con una acertada prótesis, unida a la postura fija que mantenía en la cama, me hizo cambiar de postura con notable alivio del dolor. El silencio era total, me arrebuje de nuevo y me dispuse a continuar la sesión filmica que por mi mente iba desfilando. A lo lejos me pareció oír el ruido de un motor, presintiendo un nuevo zumbido de motocicletas. Afortunadamente no fue así. El silencio se impuso...

Y la verdad era que nos había ido muy bien el lugar de la Cena del año anterior, por lo que el Criado Portugués, siguiendo las directrices de su señor Don Lope, negoció lugar semejante y no le salió mal el intento. Para conseguirlo, hizo visita de cortesía al señor Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, el que con la gran amabilidad que le caracteriza mostró la mejor disposición para ello, y así de esta forma, —a veces que fáciles resultan las cosas—, la Cena Jocosa o de Santa Catalina del año 1994 se celebraba en la noche del día tres de diciembre, pasado naturalmente que fue el toque de ánimas, en estancias destacadas del edificio social de esta **Real Sociedad Económica**, a la que asistían como anfitriones el Director y Subdirector de la entidad, Ricardo de Villegas Méndez Vigo y Enrique del Castillo Rodríguez, respectivamente.

Privilegio de Licencia y Censura obtuvo Ignacio Ahumada Lara para imprimir la Crónica correspondiente, que redactó en función del nombramiento que para tal efecto se le hizo.

Quiso la Asociación en esta edición de 1994 acogerse al refranero en aquello de ser bien nacida mostrándose agradecida, rindiendo un homenaje de gratitud y afecto hacia don Antonio Catena Ramiro, dueño

de Gráficas Catena, que tanto colabora y ayuda en la edición de nuestra revista *Senda de los Huertos*, a más de la edición de esta Crónicas, entendiéndose que sin su valiosa cooperación no hubiera sido posible la continuidad de las mismas. Fue pues el Sr. Catena invitado de honor, de cuya personalidad dijo palabras elogiosas quien esto escribe en los prolegómenos de la velada.

Disertó durante la primera parte Manuel López Pérez, en relación a un personaje giennense que mucho tuvo que ver en los primeros años de esta Real Sociedad: el catedrático don Juan Nepomuceno Lozano y López. Sobre las inquietudes que para la enseñanza de las niñas mostró el Deán Martínez de Mazas, nos dio detalles Luis Coronas Tejada de la fundación que hizo al efecto.

La segunda parte del acto y lo que fue la Cena en sí, se desarrolló en el salón de exposiciones de la casa. Nunca pudo tener una de estas veladas ambiente más campestre y serrano como lo tuvo este salón, al estar todo decorado con los cuadros de la exposición que Alfonso Parras tenía allí expuestos por aquellos días. En esta atmósfera diáfana que presentaba la obra pictórica de Parras, León Herrera y Esteban nos habló sobre el modo de vivir en la España de la Ilustración. Un romance un tanto procaz arreglado para el caso, en unos graciosos ripios nos leyó Antonio Martínez Lombardo, y sobre la figura del «capón» en las capillas de música de las catedrales y colegiatas, con todo detalle lo expuso Pedro Jiménez Cavallé.

La influencia tan notable que en la Medicina tiene el curanderismo, fue el tema que dijo, adobado de numerosas anécdotas, Diego Jerez Justicia y, andando ya los postres, Miguel Calvo Morillo recitó tres sonetos referidos a la Económica, el Deán Mazas y a la fuente y escultura que en su día se dedicaron al arquitecto Justino Flores Llamas. Le siguió Felipe Molina Verdejo con una composición alusiva al Deán Mazas «después de leer el Retrato al Natural».



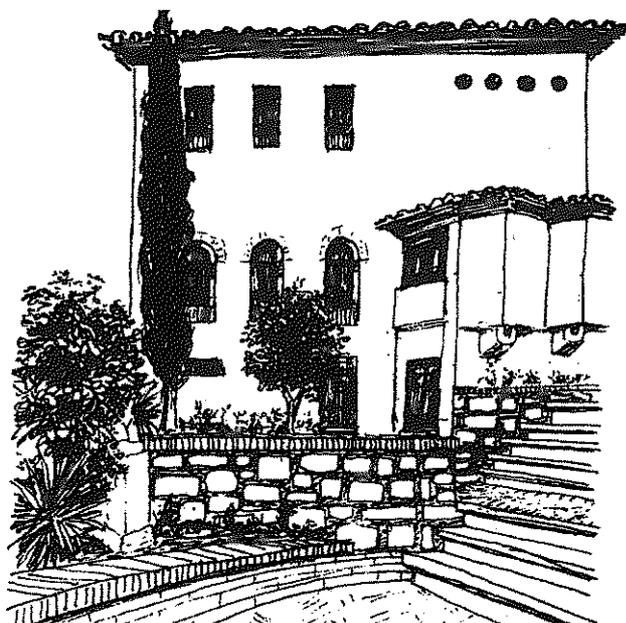
Antonio Catena Ramiro, que recibió homenaje en esta Cena de 1994

No tuvo intervención hablada en esta Cena Vicente Oya Rodríguez –cosa rara en él–, pero sin embargo si quiso el Cronista poner el final de la Crónica, la referencia que de esta Cena hizo Vicente Oya en el diario *Ideal* al día siguiente del evento.

Las costumbres y el ambiente que se vivía en nuestra ciudad cuando había Corridos de Toros, fue el trabajo de Antonio Martos García que en una ADDENDA incluyó Ignacio Ahumada como cronista al final de la Crónica de 1994 que finalizaba así:

«La Ilustración llegó a Jaén cargada de moderación, candorosa, que apenas gestó algunos ilustrados perseverantes...».





*Por servicios tan notables
oro merece lucir la señera
de esta centenaria Escuela
de los Oficios y las Artes.*

Las cuatro de la madrugada sonaron dos veces, con su correspondiente pausa, en el casi bicentenario reloj del cuarto de estar. Con estos relojes de repetición, la primera tanda de campanadas la oyes entre sueños, pero la segunda hace que de verdad te enteres de la hora que es. Aunque estos sonidos me sacaron de los recuerdos que por mi mente iban desfilando, eran estos tan evocadores que volvieron a sumirme en estas secuencias tan afectivas.

No resultaba fácil en aquel año 1995 encontrar lugar apropiado para acomodar la dieciocho edición de las Cenas de Santa Catalina. Dos compromisos ya contraídos en este sentido, fallaron por motivos razonables y comprensibles. Estábamos ya en septiembre y las perspectivas se veían bastante negras, hasta el extremo de pensar como última solución el acudir a algún establecimiento hostelero, solución en la que no queremos caer, pero la verdad era que estas jornadas no se podían suspender y la hora del Criado Portugués se acercaba.

En esta situación estaban las cosas cuando –yo creo que San Antón echó una mano–, me encontré en plena calle Maestra con Luis Cárdenas Castillo, Director de la Escuela de Artes y Oficios. Nos saludamos afablemente como corresponde a la buena amistad, iniciamos conversación y... de pronto me acordé del edificio de la Escuela. Le conté la situación y su contestación fue: llégate mañana por la Escuela, hablaremos sobre el tema y de camino ves las posibilidades que hay allí.

Y así ocurrió como el día dos de diciembre de 1995, los Amigos de San Antón acudían, fieles a las recomendaciones que nos había hecho la

carta de aviso y recordación, a la **Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos**, moderno edificio, obra de Luis Berges Roldán, al encuentro anual de la Cena Jocosa, número nueve de la calle Martínez Molina, antes Maestra Baja.

Fue esta, una Cena de muy particular significación, por cuanto por vez primera, una mujer se incorporaba como Miembro de Honor, María Isabel Sancho Rodríguez, hija precisamente de otro Miembro de Honor desaparecido y de todos tan querido, Alfonso Sancho Sáez. A su vez, hacía también su ingreso en la Asociación como Miembro de Número, el buen amigo y profesor, Ángel Aponte Marín. Dos personas jóvenes que han supuesto una buena inyección de juventud y dinamismo a la Confraternidad.

Hicieron los honores en nombre del Centro, el Director Luis Cárdenas Castillo y los profesores Manuel Kayser Zapata y José Olivares Palacios, que amablemente y en los prolegómenos de la velada mostraron a los asistentes diversas dependencias de esta notable Escuela.

Las primeras palabras que en esta noche se dijeron, fueron además de naturalmente expresar gratitud a los responsables del Centro por la acogida que nos dispensaban, de emotiva recordación hacia dos queridos miembros de la Asociación fallecidos: Manuel Caballero Venzalá y Juan Miguel Jiménez Díaz.

Después de esta breve intervención mía, fue Luis Coronas Tejada el encargado de hacer la presentación de los dos nuevos miembros, que mucha complacencia mostraban ambos, tanto por las palabras del presentador como al recibir el correspondiente título que les acreditaba como tales miembros de la Asociación.

Sobre un caballero de Ávila referido naturalmente al desaparecido Alfonso Sancho Sáez, tuvo un sentido recuerdo José Chamorro Lozano. Le siguió Manuel López Pérez que dividió la intervención en dos partes, la primera para rendir tributo de emocionado recuerdo hacia los dos miembros recientemente fallecidos, Manuel Caballero y Juan Miguel Jiménez, y la segunda para relatar un curioso crimen pasional ocurrido a mediados del siglo XIX, en la que se llamó Plazuela de la Cárcel y hoy Plaza de Cervantes.

En la amplia sala de profesores se acomodó la Cena, distribuidas en tres grandes mesas, espléndidamente servidas, como siempre, por Antonio Molina Fernández. Un documentado historial de la Escuela de Artes y Oficios nos ofreció Vicente Oya Rodríguez. Una palinodia de la palabra no dicha o explicación de palabras geroglíficas, dijo jocosamente Miguel Calvo Morillo y, Ángel Aponte Marín que velaba sus primeras



Ángel Aponte
Marín y M^a
Isabel Sancho
Rodríguez que
ingresaron
como
Miembros de
Número y de
Honor, en la
Cena de la
*Escuela de
Artes y Oficios*

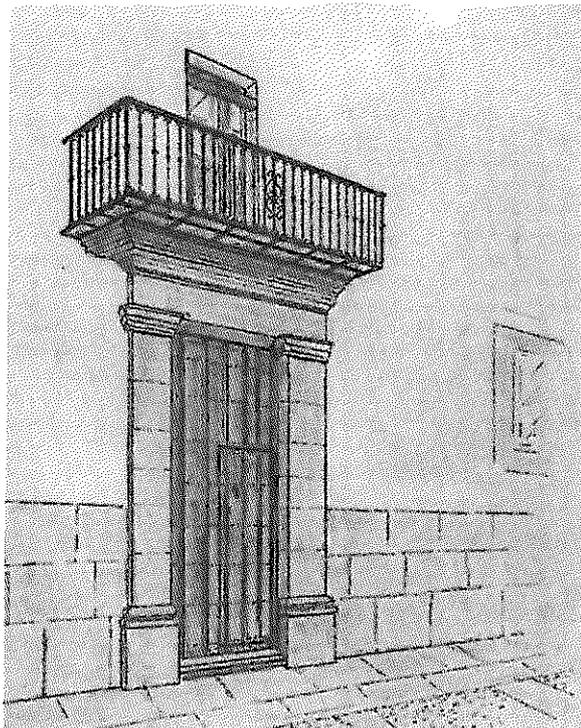
armas, ilustró a la concurrencia sobre el socorro que envió Jaén a Cádiz en 1625 por el ataque de los ingleses.

Conocimientos sobre la Escuela Normal Femenina, en general, y particularmente su implantación en Jaén, lo tuvimos por la explicación que dio de ello la neófita María Isabel Sancho Rodríguez, y un gracioso cuento relativo a las máquinas para recoger aceituna, nos contó Francisco Olivares Barragán.

Cuando la Cena iba tocando a su fin, Antonio Martínez Lombardo recitó uno de sus ripios referidos a una curiosa Cena, concluyéndose las intervenciones con un poema marinero de Felipe Molina Verdejo, del que no sabemos que era mejor, si la calidad del verso o el sentimiento del poeta al decirlo.

De cortesía tuvo que ser que hubiera palabras finales por el relator de estos recuerdos, tanto de gratitud a los anfitriones por la acogida que nos habían dispensado como de efusiva felicitación a los cenacantanos.

El Himno a Jaén ponía fin a esta celebración, de la que Juan Eslava Galán, Cronista nombrado al efecto, redactó curiosa Crónica, tanto por el castellano empleado en ella como por las alusiones personales tan ocurrentes. Al final de la misma y en una ADDENDA, incluyó un trabajo de Antonio Martos García, sobre la farmacopea popular en los años de la posguerra; que no pudo leer en la Cena por falta de tiempo.



*Y en aquel año noventa y seis
¿dónde fue la Cena que contáis?
Aunque sea inoportuno
decídmelo por favor.
Fue en la casa número uno
de la calle Madre de Dios.*

No muy lejos del lugar que acabo de describir, fue el punto de reunión y en consecuencia de celebración de la Cena del año 1996. Como aquel que dice, a poco más o menos de un tiro de piedra. El emplazamiento exacto es el punto de confluencia que hay en la calle Maestra y las Calles Compañía y **Madre de Dios**, cabalmente, en la casa **número uno** de esta calle que, naciendo justo en esta zona, muere pronto a los pies del Arco de San Lorenzo.

Sobre el historial de esta casa que se construyera allá por los años 1828 al 1836 y su devenir de propiedad hasta nuestros días, hizo Juan Cuevas Mata, a la sazón Cronista designado para redactar Crónica de este año, un exhaustivo trabajo de investigación. Sin embargo, es casa que bien por las personas que la han habitado, dueños o inquilinos, como por las dedicaciones que en ocasiones ha estado dedicada, ha tenido o acogido variadas vicisitudes que pueden ser propias para escribir o novelar sobre ellas. Mas mi mente quiere centrarse en la película que voy viendo y huir de desviaciones o añadidos que puedan interferir en ella.

Los vínculos familiares que unen a mi esposa con los actuales dueños de esta remozada mansión, José Sánchez Sánchez y Purificación Peinado León, fueron el nexo que facilitaron una afectiva comunicación,

consecuencia de la cual fue el ofrecimiento sincero, cariñoso y muy cordial, para que la Asociación pudiera disponer de esta gran casa para que en ella tuviera su acomodo la Cena Jocosca del año 1996, evento que tuvo ocasión en la noche del día 25 de noviembre, pasado que había sido el toque de ánimas.

De gratitud y reconocimiento fueron las primeras palabras que se dijeron en los preliminares de la velada hacia los dueños de la casa, que estaban acompañados por la madre de ella, doña Purificación León Uclés, a los que Juan Castellano de Dios hizo entrega de una placa de cerámica en la que se indicaba que allí se había celebrado la Cena de 1996, haciendo entrega Vicente Oya Rodríguez a la dueña de un lucido ramo de flores, teniendo ambos palabras de satisfacción porque en su casa tuviera lugar esta tan singular Cena.

Manuel López Pérez se explicó con todo detalle sobre un sangriento «lance de honor» ocurrido en nuestra ciudad en el año 1895, y quien estas páginas v escribiendo, expuso a la concurrencia unos sentidos recuerdos hacia el hortelano, esa pieza fundamental y entrañable de



las huertas de Jaén, que día a día se van perdiendo con la proliferación descontrolada de edificaciones veraniegas en torno a su cauce anulando la tierra de labor, y un bellissimo canto a la mujer marteña recitó Miguel Calvo Morillo, poniéndose punto final a esta primera parte que culminó con la tradicional fotografía de grupo que nos hicimos en el precioso patio central junto a la fuente cantarina decorada con cerámica de Cartuja.

En el salón comedor de la primera planta tuvo su acaecer la cena en si, distribuidos en cinco mesas redondas que daban ambiente grato y confortable a la estancia. En esta atmósfera afable y satisfactoria y una vez consumido el caldo de puchero con

Última intervención de Felipe Molina Verdejo. Era en la Cena de la casa nº 1 de la calle Madre de Dios. Falleció el 20 de septiembre de 1997

avío, Francisco Olivares Barragán nos contó un divertido cuento alusivo a la confusión de unos vecinos de un pueblo que creían que un hombre llevaba en unos sacos restos humanos, cuando en realidad llevaba los restos de una vieja cómoda. Le siguió Antonio Martínez Lombardo con un romance ripiado titulado las «Hazañas de don Fidel Gonzallo».

Sobre la figura del poeta de finales del XIX y principios del XX, Juan Caballero Alzate, intervino con un documentado estudio María Isabel Sancho Rodríguez, y con unos «Sonetos para Reir y Llorar», compuestos y recitados por Felipe Molina Verdejo, se iba poniendo fin a esta diecinueve edición de estas queridas Cenas, no sin antes leer el Prioste un par de folios en los que se expresaba la más rendida gratitud a los anfitriones José Sánchez y Purificación Peinado por tan grata, afable y cariñosa acogida, a la vez que desear a todos paz y la de ir poniendo ya las miras en la Cena venidera de 1997...

*Sultana tu mujer
que al despertar un día
se hizo clavel de amor
al sol de Andalucía*

y con el unísono ¡Viva Jaén!, más las efusivas despedidas de rigor, fuimos saliendo hacia la calle Maestra en esta noche fría que presagiaba lluvia.

Como al principio se indicaba, fue Cronista Juan Cuevas Mata, que al final de su bien hilvanada Crónica puso ADDENDA correspondiente incluyendo en ella un trabajo de Antonio Martos García sobre las famosas recetas magistrales que se utilizaban en farmacia, y otro de Vicente Oya Rodríguez, de gran interés, relacionado con los relojes que suenan en la ciudad.





*De enfermades y tantos males
fue San Juan de Dios, noble cobijo,
mas hoy no tiene otro oficio
que cobijar afanes culturales*

En dos edificios situados prácticamente en la que se llamó calle Maestra Baja, tuvieron acogida las Cenas de Santa Catalina de los años 1995 y 1996 y, mira por donde, el destino ha deparado que allá, junto al final de la que fue esta calle, muy cerquita de la vieja iglesia de La Magdalena, que fue punto final de ella, en las calendas de 1997 y por diligente gestión que para ello hizo el Criado Portugués, tuvo lugar en el restaurado y bien remozado edificio que tantos años fue **Hospital de San Juan de Dios** y en los tiempos que corren, sede del Instituto de Estudios Giennenses, la Cena Jocosa que en cada otoño acaece en la ciudad de Jaén, instaurada por la Asociación Amigos de San Antón. Era el 27 de noviembre de 1997.

Beneplácito para ello hubo de conseguirse de tan noble Institución, aunque en verdad el horario no tuvo demasiada inconveniencia por cuanto varios miembros de la Asociación son activos titulares de esta referencia cultural giennense. Sí es bueno indicar, que doña María Dolores Barberán, Gerente del Instituto, fue todo amabilidad y mostró la mejor disposición para que fuera una realidad la verificación de este anual acaecimiento que con tanto cariño se prepara y con tanta ilusión se espera.

Autor de la restauración del edificio había sido Luis Berges Roldán, por encargo y patrocinio de la Excm. Diputación Provincial, gracias al empeño, justo es reseñarlo, que puso en ello el entonces Presidente de la Corporación Cristóbal López Carvajal.

En esta ocasión, hicieron su ingreso en la Asociación Pilar Sicilia de Miguel y Juan Antonio López Cordero como Miembros de Honor y de Número respectivamente, ambas personas entrañables, que si bien se destaca ella como auténtica autoridad en el folklore giennense, no lo es

Pilar Sicilia de Miguel, ingresa como Miembro de honor, en la cena del Viejo Hospital de San Juan de Dios



menos él en sus quehaceres de investigación, publicaciones y docencia. Con una amplia documentación biográfica de cada uno de ellos, fueron presentados por Fernando Lorite García y Ángel Aponte Marín respectivamente.

La cerveza, la Manzanilla y aperitivos hacían su protagonismo entre pausa y pausa, que a señal de campanilla se iniciaban para que tuvieran su intervención Pilar Sicilia de Miguel, que nos relató todo un historial del actual Grupo Lola Torres como de su origen allá en la Sección Femenina, así como sus vivencias particulares en el mismo. Le siguió Juan Antonio López Cordero agradeciendo –como lo había hecho su antecesora– el hecho de haber sido requeridos para formar parte de esta jaenera Asociación, extendiéndose en la lectura de unos versillos titulados «Copillitas de la sardina» que habían sido hallados entre cierta documentación penal del Archivo Histórico Diocesano.

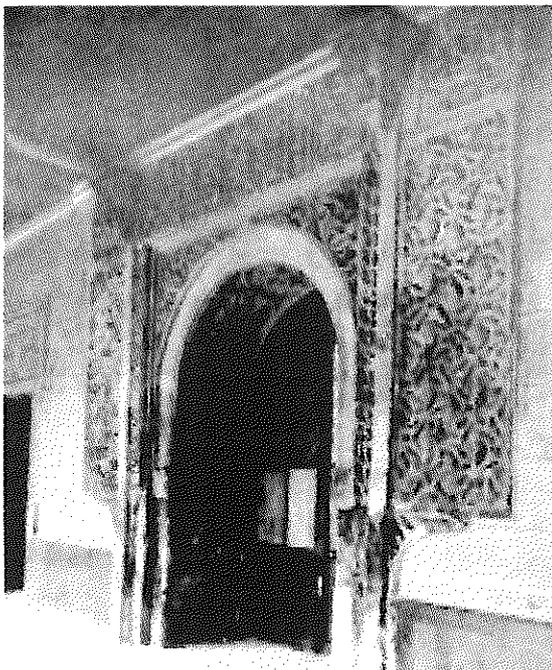
En el transcurso de la Cena, sobre la restauración del edificio donde nos encontrábamos, disertó Luis Berges Roldán, autor del proyecto. Le siguió Miguel Calvo Morillo con unos versos dedicados a la memoria del desaparecido Felipe Molina Verdejo, personaje importante de la poesía giennense, y sobre sus vivencias a través de cuarenta años como sanitario en el Hospital de San Juan de Dios, se explicó Antonio Martínez Lombardo.

El complicado ajusticiamiento de Juan de Dios Jurado Ortega «El Canena», nos lo explicó Manuel López Pérez después de haber tenido unas sentidas palabras de recordación a la buena memoria de Felipe Molina Verdejo, como asimismo muy poética fue la intervención de Vicente Oya Rodríguez sobre «Una tarde de otoño con Felipe Molina» que nos hicieron añorar las presencias de Felipe en estas cenas.

Como de rigor era, hubo palabras finales de congratulación por la impecable restauración que se había hecho del viejo hospital de San Juan de Dios, felicitación al arquitecto autor del proyecto y director de la obra, gratitud al Instituto de Estudios Giennenses y el mejor deseo para la Cena de 1998, que en el decir del Prioste ya se vislumbraba.

Crónica esmerada y de calidad redactó María Isabel Sancho Rodríguez, que en la introducción de la misma nos hizo un ilustrado paseo desde la plaza de Santa María hasta el lugar de la Cena. Y como ya viene siendo habitual se incorporó a la misma una ADDENDA en la que Antonio Martos García contaba lo que por falta de tiempo no pudo contar durante el evento: curiosos comentarios relacionados con las casas de prostitución en nuestra ciudad de los años cincuenta.





*Aunque veo incompleta la escena,
de espléndido el Salón calífico.
¿Acaso alguien faltó a la Cena?
sí, aquel Condestable magnífico.*

En mi imaginación se produce como un stop, que veo normal, por cuanto las vivencias que se avecinan en esta película merecen algo así como un punto y aparte, debido al laborioso y complicado quehacer que conllevó el conseguir que la Cena de 1998 se realizara, curiosamente también en edificio ubicado en la que se llamó calle Maestra Baja. Y fue laborioso por los tres partidos políticos que hubo que tocar, ya que el edificio en cuestión es de propiedad municipal y el Ayuntamiento en aquellas fechas estaba formado por tres partidos políticos, igual que en nuestros días, si bien, el partido gobernante, el Popular, era proclive a que el evento se celebrase en este edificio, era de buen hacer el contar con la anuencia de los otros dos.

Tras la entrevista con Juan Torres, portavoz del PSOE, y con Javier Aguilera, de Izquierda Unida, no sólo se obtuvo el beneplácito, sino que fueron conformes en asistir a la Cena, como asimismo también lo había manifestado el entonces alcalde Alfonso Sánchez Herrera. De esta forma, el **Salón Mudéjar del Palacio del Condestable Miguel Lucas de Irazo** fue escenario de la cena de Santa Catalina de 1998, en la noche del sábado día 21 de noviembre, en un grato ambiente en el que la presencia política de la ciudad tuvo conocimiento por dentro del contenido de estos otoñales eventos. No pudo asistir por indisposición Javier Aguilera, haciéndolo en su lugar su compañera del grupo municipal Ana Torres.

Esencias medievales se respiraban en el salón de aquel Condestable magnífico, adornado con reposteros que lucían el escudo de la ciudad, banderas, plantas, centrado con una gran mesa que acogía a los treinta y tres comensales. Ecos se presentían de dulzainas, chirimías...

Dos nuevos miembros se integraban a través de esta velada en la Asociación, el erudito Rufino Almansa Tallante, de Honor, y el profesor y escritor Manuel María Morales Cuesta, de Número, de los cuales, Juan Higuera Maldonado hizo muy cumplida presentación.

De como se festejaba a San Antón Abad en la comarca de Cazorla y costumbres y coplas populares relacionadas con ello, fue la intervención de Rufino Almansa, después de haber expresado su satisfacción por el ingreso en la confraternidad. Le siguió Manuel María Morales Cuesta,



complacido y halagado por haber sido elegido Miembro de Número, a la vez que ilustró a la concurrencia sobre las dedicaciones literarias y poéticas de su abuelo Manuel Montero Garzón.

Toda esta primera parte se desarrollaba en el gran salón-bar ubicado junto al patio del palacio, donde la gran armonía, el respeto en una franca y sincera convivencia componían el denominador común del ambiente allí reinante.

Posamos en el patio para la fotografía de grupo y recuerdo y de allí pasamos al espléndido Salón Mudéjar que causaba la admiración de todos, no teniendo necesidad de expresarlo

Rufino Almansa Tallante, ingresó como Miembro de Honor, en la *Cena del Palacio del Condestable*

porque las caras lo reflejaban. Y una vez metidos de lleno en la cena y consumido el caldo sabroso de gallina vieja, Vicente Oya Rodríguez nos señaló lo que son las calles principales de la ciudad, deteniéndose y pormenorizando sobre la calle Maestra.

«Siete sonetos del Criado Portugués» nos recitó Juan Eslava Galán, siete sonetos, ocurrentes, agudos y festivos, siguiéndole Miguel Calvo Morillo con una glosa jocosa relativa a palabras cuyas dos últimas sílabas terminan en «culo», que hicieron reír de veras a la concurrencia.

Hago aquí un inciso para explicar que yo tenía hablado con Manuel López Pérez que él iba a tener una intervención a través de la Cena, y al empezar esta segunda parte y al indicarle que ya le diría cuando tenía que intervenir, me dijo que lo sentía pero que no había preparado nada. Me dejó sorprendido y ante esta situación, ya que estaban todas las intervenciones previstas, hablé con María Isabel Sancho por si ella tenía preparado algo y me contestó que sólo tenía preparado algunos apuntes de un determinado tema, pero al ver mi preocupación dijo que como fuera lo expondría. En esa confianza quedé y cuando iba a corresponderle hablar a María Isabel Sancho, de improviso se levantó Manuel López Pérez, dándome la sorpresa a mi y a toda la comunidad, con un bien preparado parlamento laudatorio para mi persona. Cuando finalizó, no pude ni supe corresponder por el apretado nudo que tenía en la garganta.

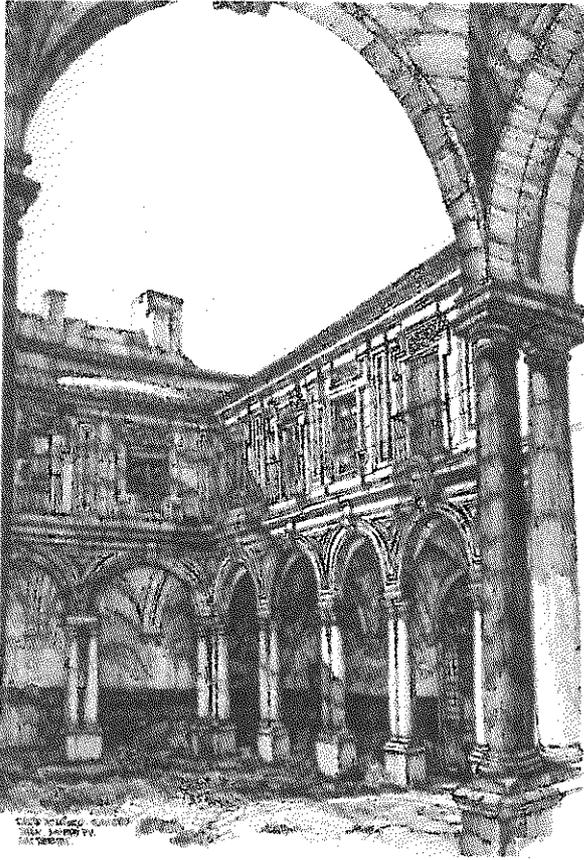
Ya en los postres y sobremesa, Antonio Martínez Lombardo recitó un par de cuentos jocosos de Antonio Alcalá Venceslada, tomados de su obra «La Flor de la Canela».

Yemas y otros dulces del Convento de las Descalzas Carmelitas y las correspondientes copitas de Castillo de Jaén y demás, componían el menú de la sobremesa que se prolongaba con la satisfacción general por tan grata convivencia.

Alcemos bajo el sol
como una antorcha el corazón.

Excelente Crónica compuso Ángel Aponte Marín, y debo añadir que tuvo más tarea de lo corriente en este menester, pues además de insertar al final de la Crónica y en una ADDENDA un trabajo de Antonio Martos García sobre las casas labradoras del barrio de San Ildefonso, por un acuerdo que tuvieron bien a espaldas mías, unieron un cariñoso *Liber amicorum* a mi dedicado, con una colaboración de cada uno de los Amigos de San Antón. Demasiado para tan poco.





*En las soledades del claustro
ecos de presencias monacales,
que siempre presiento vagando
entre salmos penitenciales.*

Esta película imaginativa de secuencias retrospectivas se me va haciendo larga. Lo noto por un ligero parpadeo cadencioso de mis ojos, mas como va quedando poco del largometraje y el deseo es completar la cinta, trato de espabilarme tomando un sorbo de agua, me acomodo bien y de nuevo surgen las imágenes de estos afectivos recuerdos que me hacen lanzar un hondo suspiro de satisfacción.

En una de mis frecuentes visitas al Archivo Histórico Provincial, donde tantas horas he pasado y deseo seguir pasando, me acompañó Juan Cuevas Mata, teniendo como objeto esta visita el tener una entrevista con la directora del Archivo María Dolores Torres Puya. Nos recibió como de uso y costumbre es en ella, justo es decirlo. El tema a tratar no era otro que nos indicara la posibilidad de celebrar los Amigos de San Antón una Cena Jocosa en dependencias de este hermoso edificio. Nos indicó que por ella no habría inconveniente, pero que quien realmente debía dar el oportuno permiso, era la Delegada Provincial de Cultura, de cuyo departamento dependía en estas calendas el Archivo.



La mesa dispuesta para la Cena de 1999 en el ex-monasterio de Santo Domingo

Pasaron los días y previa petición de entrevista, fui recibido por doña Andrea Gómez Moral, Delegada de Cultura. Le manifesté el motivo de la visita y, con gran amabilidad me dijo que no había inconveniente alguno, para lo cual deberíamos ponernos en contacto con la referida María Dolores Torres Puya. Así se hizo y previos los complicados preparativos correspondientes, en la noche del día 27 de noviembre de 1999, celebraba la Confraternidad la edición veintidós de estas queridas cenas, en estancias de la antigua Universidad de Santa Catalina, sede en nuestros días del Archivo Histórico Provincial.

Por problemas de agenda, no pudo asistir la Delegada Provincial de Cultura, como había anunciado que haría, pero si lo hizo María Dolores Torres que estuvo como anfitriona, y una vez allí yo me preguntaba como se podría nadie imaginar doscientos años antes, en aquellas estancias repletas de reverendos religiosos de la Orden de Santo Domingo, que una

mujer, no sólo asistiera a una cena, sino que además rigiera el destino para el que se dedicaba tan monumental edificio. Que cambios traen los tiempos. Creo que ya lo he dicho en alguna ocasión y es que los contenidos permanecen y los contenidos cambian. El mudar no para.

Palabras de salutación y gratitud, como es norma, hube de decir, referidas tanto a la Delegada Provincial como a la Directora del Archivo, por el asilo o cobijo que se nos facilitaba en aquella noche a las que correspondió María Dolores Torres con un sincero: «Ya sabéis que estáis en vuestra casa».

No pocas dificultades tuvo Antonio Molina Fernández para preparar el condumio, pues en estos edificios que tantas cocinas hubo de

tener para alimentar tanto fraile, hoy no existe cocina, ni fregadero ni nada que se le parezca, mas con la experiencia que tiene en estos menesteres, todo salió como ha hecho siempre, magnífico.

En esta primera parte Vicente Oya Rodríguez nos habló del edificio en que nos encontrábamos, de los distintos destinos que ha tenido: Convento, Universidad, Internado de beneficencia, abandono y por fin, cesión en uso de la Diputación al Estado para el actual Archivo Histórico Provincial.

Durante la Cena y con un documentado estudio sobre la que fue Universidad de Santa Catalina, nos ilustró María Isabel Sancho Rodríguez, y previas las pausas correspondientes, fue Luis Berges Roldán quien nos hizo una detenida descripción del proceso de rehabilitación del edificio hasta dejarlo en las condiciones en que en la actualidad se encuentra.

Con el gracejo que le es habitual, Miguel Calvo Morillo habló sobre «Relación de nombres para intitular los nuevos bares que se abran en este reino», siendo el último en intervenir quien esto relata, con la lectura de unos folios repletos de gratitud hacia todos y cada uno de los miembros de la Asociación, por la distinción de que fui objeto en la cena del año anterior con la inserción en la Crónica del cariñoso *Liber Amicorum*.

Crónica detallada de la Cena realizó Juan Antonio López Cordero, el cual y a través de lo descrito sobre el devenir de la velada, se extendió en curiosas derivaciones sobre la doctrina milenarista relativa a que estábamos acabando el siglo XX, se refirió al Lagarto entre los animales fantásticos, sobre vides y olivos de Jaén, la langosta, la nieve y los neveros... Una gran Crónica a la que añadió una ADDENDA con un trabajo de Manuel López Pérez, glosando la personalidad de don Melchor Lamana Navascues, Director que fue del Archivo Histórico Provincial, y otro de Antonio Martos García describiendo la vida hortelana de Jaén.





*De tu buen saber respuesta confío:
¿hacia dónde se dirige ese gentío
incluyendo al personal femenino?
Caminan a la casería del Plantío
a celebrar la Cena del año dos mil.*

Las caserías son como salpicaduras blancas puestas caprichosamente entre el mar verde-gris de nuestros olivares. Y en cada una de esas albas y desiguales referencias, se cobija el corazón de la hacienda olivarera giennense.

De la severa magestuosidad que encierra el claustro del que fue Convento de Santo Domingo, sede de la cena del año anterior, pasamos en este año dos mil a ese ambiente rural tan jaenero que es la casería.

Apenas a una legua de la ciudad de Jaén y en el camino de la Sierra, se encuentra la **Casería del Plantío** conocida también por El Llano. Algo más de cien metros separan la casa de la carretera, en un camino suficiente, con árboles y buenas piedras labradas que proceden del extinguido Convento de San José de los Descalzos. En esta casa, bien labrada y cuidada, celebraron su Cena Jocosa del año dos mil, los Amigos de San Antón, en la noche del día veinticinco de noviembre, por dejación que para el caso hizo su dueño, don Joaquín Ramírez Sáenz, farmacéutico giennense, buen amigo de la mayoría de los componentes de la Confraternidad.

Noche de una gran templanza con anuncio de lluvia que no llegó a producirse, noche de Santa Catalina, Patrona de la ciudad, en la que como nota más destacada, se producía el ingreso de tres nuevos miembros en la Asociación, número que nunca se había producido: María José Sánchez Lozano, profesora de historia, como Miembro de Honor; Manuel Kayser Zapata, pintor y profesor, también como Miembro de Honor, y Francisco Cano Ramiro, agricultor, como Miembro de Número.

De todo cuanto aconteció en el devenir de la Cena, buena nota tomó Manuel María Morales Cuesta, que después reflejó en la corres-

pondiente Crónica, a la que unió una ADDENDA con dos trabajos, uno de Juan Antonio López Cordero, titulado «El último Hidalgo Baezano», y otro de Antonio Martos García, que tituló «Las cosas sencillas».

En los prolegómenos de la Cena y por quien esto escribe, se dieron las correspondientes gratitudes al dueño de la casería don Joaquín Ramírez Sáenz, a quien Julio Puga Romero entregó una placa de cerámica en la que se reflejaba que en aquella casería se había celebrado este evento. Asimismo, se rindió homenaje a don Antonio Molina Fernández, dueño del restaurante La Ponderosa, proveedor gastronómico de estas cenas durante veinte años, a quien León Herrera y Esteban le entregó un pergamino enmarcado, con la gratitud de la Asociación por el ejemplar servicio que otorga en estos encuentros.

Todo esto se producía en la parte alta de la casa, donde también se dieron los nombramientos a los nuevos miembros, a la vez que Ángel Aponte Marín hacía una presentación de ellos a tres bandas, presentación de las que dejan recuerdo, que con gran destreza supo compaginar y relacionar enseñanza, pintura y agricultura. Le siguió María José Sánchez Lozano, en nombre de los cenacantanos, agradeciendo el nombramiento y señalando la figura de la mujer en la notable función que realiza en la sociedad actual.

Ya en el comedor de la planta baja de la casería, y tras el «Señor San Antón Abad, los cenantes aquí reunidos...» que pronuncia José



Homenaje a Antonio Molina Fernández en la *Cena de la Casería de El Plantío*, por las veinte Cenas Jocosas servidas

Casañas Llagostera, capellán de la confraternidad, y haber también consumido la concurrencia la primera vianda, Vicente Oya Rodríguez nos habló sobre el viento de Jaén, ese viento que nos viene de Jabalcuz. Le siguió Luis Coronas Tejada que con un trabajo sobre la escribanía que en 1591 tenía en Jaén Pedro Núñez de Ayala, titulado «Con un año de retraso a Pedro Casañas». Quiero aclarar, que el bueno de Luis por ausencia no pudo colaborar en el *Liber Amicorum* que el pasado año me dedicaron, haciéndolo ahora con esta colaboración.

Un documentado estudio sobre los Zumeles, esos cerros cercanos a Jaén, en uno de los cuales estuvo la ermita del Hermano Lázaro, se explicó Manuel López Pérez, y ya a los postres, Miguel Calvo Morillo leyó un poema de los suyos titulado «Las viejas de mi pueblo».

Cuando se levantaron los manteles, después de entonar el Himno a Jaén y la, casi totalidad de la concurrencia se despidió hasta el próximo año, y mientras se recogían mesas, sillas, etc., estuve más de una hora sentado con Joaquín Ramírez, en el porche de la casería, charlando de mil cosas en esta deliciosa noche templada y serena. Hacia las tres y media de la madrugada me despedía de Joaquín con un abrazo en el que no faltaron sus palabras: «si en alguna otra ocasión necesitáis la casería, ya sabes que está a vuestra disposición».





*Allí junto a la Seo,
en su regazo,
la casa de los Vélez,
su palacio.*

Las secuencias de la película que desfila ante mis ojos da la impresión que se van acabando. Hago un esfuerzo por no quedarme dormido para ver si consigo llegar al final y parece que lo voy consiguiendo. Veo como un cambio se produce nuevamente en el devenir de los lugares de ubicación de estas queridas cenas. Del ambiente rural tan jaenero de la casería del pasado año, pasamos en esta ocasión del año dos mil uno, a la ciudad, a una casa que fue palacio familiar y que a las calendas que corren es sede de un Colegio Oficial.

Prácticamente pegada a la espalda de la catedral, la sede del Colegio Oficial de Arquitectos de Jaén, en edificación nueva, conservando únicamente de su antiguo ser, una valiosa fachada y el muro almenado que cierra el compás de acceso, romántico jardincillo que fue hasta hace unos años.

Entrevistas y conversaciones mantenidas con el Decano del Colegio, Arturo Vargas-Machuca Caballero y con el Secretario Técnico, Luis Carlos Mateos Peinado, fueron la génesis de la realidad que supuso el que la Asociación Amigos de San Antón, celebrase la veinticuatro edición de estas veladas memorables, en estancias notables de este edificio conocido como **Palacio de los Vélez**, en la noche del día uno de diciembre del año dos mil uno, cumplido que había sido el toque de ánimas, noche despejada y en calma, pero notablemente fría.

Asistieron como anfitriones, los ya dichos señores Vargas-Machuca Caballero y Mateos Peinado, designándose para el caso y como Cronista



Cuatro arquitectos en la *Cena del Palacio de los Vélez*, sede del Colegio Oficial de Arquitectos

o relator del acontecer, al Miembro de Honor Rufino Almansa Tallante, que buena Crónica construyó sobre lo allí pasado. Además, incluyó al final de la misma y como ADDENDA, tres trabajos que por falta de tiempo no pudieron leerse en el transcurso de la misma. Uno de Antonio Martos García, sobre lo que en las antiguas casas ha representado la silla baja. Otro de Manuel López Pérez, con un minucioso historial de la Casa de los Vélez, y finalmente otro de Juan Antonio López Cordero relacionado con el antiguo Juego de la Pelota.

Palabras de bienvenida a los comensales y de gratitud al Colegio de Arquitectos, naturalmente dirigidas a los anfitriones, pronunció Juan Cuevas Mata, rogando a Luis Berges Roldán, que en nombre de la confraternidad hiciese entrega al Decano de una placa de cerámica en la que constaba el hecho del que estábamos siendo protagonistas.

En el devenir de esta primera parte y salpicados entre el sustancioso convite de entrada, hablaron Vicente Oya Rodríguez con una visión nostálgica de la vecina Plaza Vieja o Plaza de San Francisco, señalando los diversos estamentos oficiales o privados que en ella han tenido acomodo. Le siguió quien esto relata, con una intervención un tanto festiva y versificada «haciendo presentación a don Baltasar del Alcázar de la totalidad de los miembros de la Asociación».

La Cena, bien servida como siempre por Antonio Molina Fernández, tenía lugar en la misma sala de exposiciones, durante la cual, Ángel

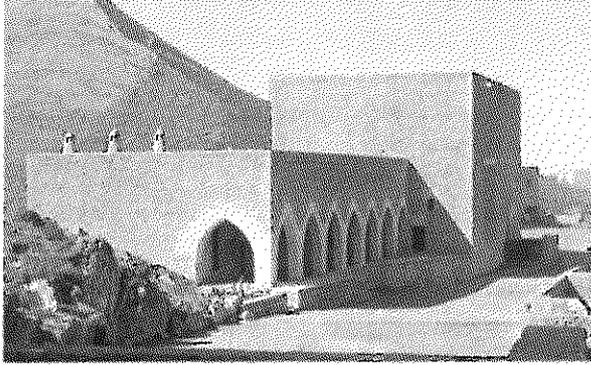
Aponte Marín biografió al marino giennense Mariano Torres de Navarra y García de Quesada, notable carlista, que finalizadas estas guerras y readmitido en su carrera, estuvo destinado a Filipinas, donde murió. Y sobre la moda actual en el uso de los sustantivos en masculino y femenino, indicando en que si poniendo la barra entre el masculino o el femenino estuvieran solucionados los problemas de la mujer, con una agradable agudeza se explicó María Isabel Sancho Rodríguez.

Tal como digo al principio, la noche, aunque en calma, era muy fría, y dos de los asistentes más frioleros lo notaban y, concretamente Miguel Calvo Morillo, que tenía que intervenir, me indicaba que cuanto antes pues estaba incomodo. Le indiqué que se pusiera el abrigo y la bufanda y así lo hizo, con lo cual ya más entonado y tras un buen trago de tinto que tanto le agrada, puso jocoso colofón a la Cena, con un memorándum para divagar sobre letras –no de cambio–, hechos y palabras.

La sobremesa concluía y eran mías las últimas palabras de la noche, anunciando que la Cena del año 2002 debería de ser de bodas de plata por ser la número veinticinco contada desde aquella memorable del año 1978.

Como es de ritual, el Himno a Jaén ponía fin a este encuentro, y yo, Pedro Casañas Llagostera, en esta noche, ya en su madrugada, he revivido en mi mente estas veinticuatro entrañables Cenas de Santa Catalina. Noto que el peso de los párpados es superior al esfuerzo que quiero hacer para mantener los ojos abiertos. Y quiero hacerlo porque aún me falta por evocar la Cena del año 2002 de la que soy Cronista y cuando antes la evoque con mas veracidad saldrá. Sin embargo, me voy viendo impotente para hacerlo, rendido me voy entregando en los brazos de Morfeo. Como mañana será otro día... quédese para mañana.





LA DEL ALBA SERÍA

Me había quedado profundamente dormido después de haber dado un repaso mental en secuencias sucesivas, a las memorias de las Cenas de Santa Catalina, de forma ininterrumpida durante veinticuatro años en esta ciudad de Jaén. No debí estar mucho tiempo durmiendo en razón de la hora que me había acostado, pues *la del alba sería* cuando me desperté bastante espabilado, recordando con claridad que mi idea era rememorar todo el devenir de la Cena que apenas hacía unas horas había concluido, pero la imaginación se escapó por unos derroteros nostálgicos, quedándome por tanto la recientísima Cena del año 2002 por evocar.

Así pues, todavía en la misma penumbra del dormitorio y en la idéntica postura de relajamiento que estaba, me dispuse con regusto a dar un repaso a tan cercano acaecer, que siempre es bueno hacerlo, porque quien algo dispone en estos menesteres, debe andar vigilante a fin de anotar posibles deficiencias que pudieran haberse escapado y subsanarlas para sucesivos eventos, a más que de obligado cumplimiento era por mi parte, el dejar constancia de todo lo ocurrido en esta Cena de 2002, reflejándolo en esta Crónica conforme a la aceptación que hice del mandato que se me otorgó en los prolegómenos de la Cena.

Cuando ya cumplidamente se ha superado el ecuador del otoño giennense, cuando el ropaje amarillo rojizo de los árboles comienza a alfombrar los suelos y cuando nuestro fecundo olivar muestra su verdinegro fruto entrando en sazón, es llegada la hora en que la Asociación Amigos de San Antón, cumpliéndose ya un añejo rito, es convocada al singular acontecer de rememorar aquella Cena Jocosa que en el siglo XVI tan bellamente describiera el poeta sevillano Baltasar de Alcázar, y que siempre tiene su acaecer en torno a la fiesta de Santa Catalina de

Alejandría, Patrona de Jaén, que festeja su conmemoración cuando se acerca el fin del penúltimo mes del año, día veinticinco de noviembre.

De un mes de noviembre que tradicionalmente se nos presenta unos inicios tristes y nostálgicos, por cuanto acuden a la memoria el recuerdo de los seres queridos que nos dejaron. Sin embargo, conforme nos vamos adentrando en él y sin apenas percibirlo, nos involucramos en una dinámica más realista y eficaz en el trabajo, a la vez que se nos van ofreciendo esos sentimientos tan íntimos que suponen la cercanía del invierno, sentimientos también otrora de despensas matanceras, del agradable olor a castañas asadas, a más de la abundosas realidades oleícolas que depara ese mar olivarero en el que nos encontramos inmersos.

Noviembre en fin, es mes en que por estos lares, la grey estudiantil se adentra de lleno en sus programas escolares, después de esos feriados días de San Lucas que atrancan un tanto el inicio de los cursos académicos. Noviembre para la gente de Jaén es ya un mes serio y ordenado donde la vida nos conduce con fríos anticipados, hacia el inmediato y largo invierno, estación que tanto nos recoge.

La Asociación Amigos de San Antón, plenamente identificada con esta dinámica jaenera, apenas el otoño abre su anual ciclo tras el pereoso verano, que tanto paraliza, reanuda sus inquietudes y preocupaciones por el curso inmediato.

Aunque la más cercana actividad a llevar a buen fin, es la apertura del curso de la Obra Cultural del Arco de San Lorenzo, la planificación de la Cena Jocosas o de Santa Catalina, que es posterior, requiere sin embargo una determinada serie de diligencias y oficiosidades que implican cierta prioridad para este menester. La realidad es que apenas si ha dado el último coletazo el verano, ya se muestra en la Asociación cierta nerviosidad o desasosiego por esta particular efemérides que con tanta ilusión cada año se espera. Y es curioso que hay un punto concreto que más interés despierta en los miembros de la Asociación, que es el conocer el lugar de ubicación de la Cena, punto que queda despejado por San Lucas con la carta que envía el Criado Portugués.

En este año 2002, era de creencia general que esta celebración tendría su acomodo en alguna buena mansión de la ciudad, y en realidad así se había pensado, mas al tener en cuenta que la Cena sería la número veinticinco, no se entendía correcto dejar pasar esta coyuntura sin hacer algo especial, algo más significativo que se saliera de lo habitual y, aunque se pretende no volver a los lugares donde ya se han tenido estos eventos, por considerar que este año serían bodas de plata de ellas, se pensó como caso excepcional, volver *ad origine*, es decir, volver al

lugar donde estas celebraciones se iniciaron, que además tendría especial significación, sobre todo para aquellos que participaron en aquella pionera aventura de 1978.

Diferentes diligencias hubo que mover y ventilar para poder acoplar fechas, posibles ausencias de comensales y demás detalles menores, a fin de que pudiera celebrarse todo dentro del mayor consenso y con la menor dificultad. Y así, practicado y hecho con la mejor voluntad de servicio, la Asociación Amigos de San Antón, celebraba la veinticinco edición de sus Cenas de Santa Catalina, en la noche del sábado día 23 de noviembre del año 2002, en las mismas estancias del Parador Nacional de Turismo del Cerro de Santa Catalina, en que se iniciaron estas andaduras tan jaeneras, el año 1978.

Y así es como el Criado Portugués lo comunicaba a todos los comensales a través de su carta de aviso y recordación:

Honorable e magnífico señor:

Caducadas que son las fiestas del señor San Lucas, pláceme con el mayor respeto e la mas holgada consideración, notificar a V.A. en nombre de mi señor Don Lope, el ya finitimo e pronto acontecer de la Cena Jocososa o Cena de Santa Catalina del año 2002, cena de grande significancia por ser bodas de Plata dellas.

Con grande celo adviome, que efemérides como la de hogañño debe hacerse con cumplidas e honestas holganzas a mas de comedidos divertimentos, como asimesmo, que sea ella de notorias e sensibles recordaciones, por ser fastos importantes los que corresponden, pues es la Vigésima Quinta edición de las que viene disponiendo esta ya prouecta e asolerada Asociación de Amigos de Señor San Antón.

Habidas las precitadas consideraciones, e porque lo subsodicho tenga el debido efecto, habemos tenido por bien disponer, que Cena tan sobresaliente tenga su punto el sabado que contará veintitres dias del mes de noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, junto a los Reales Alcázares que señorean a esta muy noble, famosa e muy leal ciudad de Jaén, Parador Nacional de Turismo, lugar donde tuvo su asentamiento aquella primera Cena de 1978.

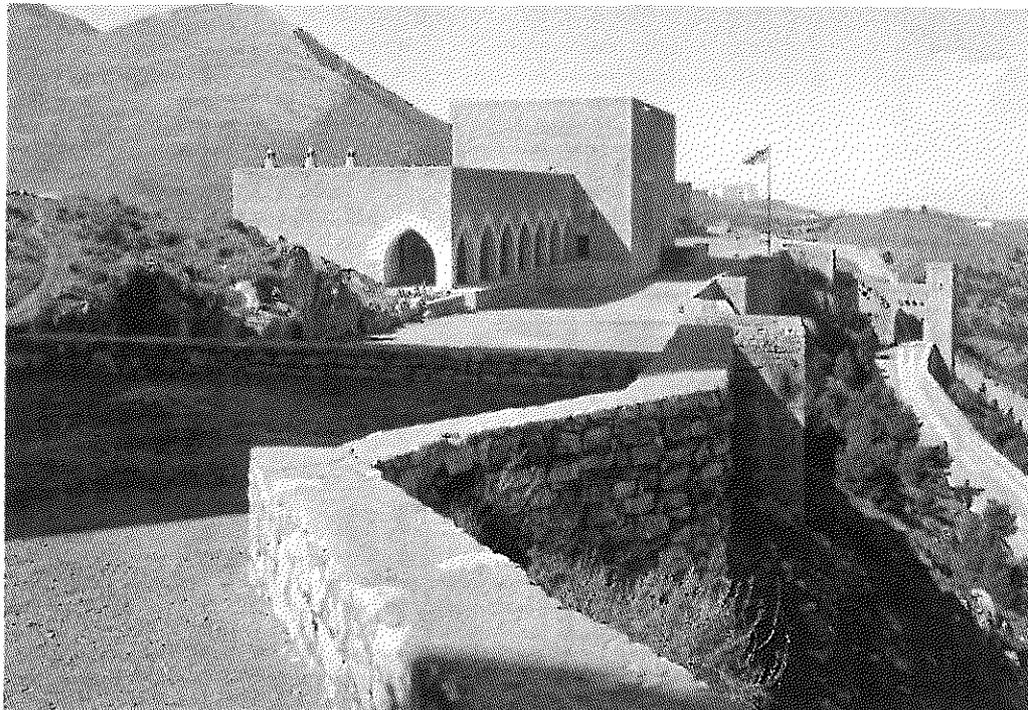
E porque non se faga agravio a mi señor, debe tratar V. A. de ser presto en facer ajuste en sus menesteres, por non ser falto a este tan sonado acaecer, para el que ya hay dispuestos guisadores, sollastres e adobadores, que previenen buenos e gustosos sostenimientos, debiendo asimesmo, ser conveniente el hacer en las vísperas prudentes tēporas e medidas colaciones, por un buen quedar en evento tan señalado.

Confianto la asistencia de V. A., que falta grave sería non facerlo, dóile este recado de aviso e recordación en Jaén, veinte dias del mes de octubre del año de gracia del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de dos mil e dos.

El Criado Portugués.

Junto a la esbeltez del Castillo de Santa Catalina y sobre las ruinas del que fuera Castillo Viejo, se alza airoso, a la par que la vieja fortaleza, el Parador Nacional de Turismo que allá en la década de los años sesenta fuese construido por el Ministerio de Información y Turismo, a iniciativa muy personal del entonces Subsecretario del Departamento y destacado jiennense, Antonio García Rodríguez-Acosta.

El Ayuntamiento de Jaén, dueño del conjunto del Castillo y Cerro de Santa Catalina, en su sesión de pleno de 21 de enero de 1963, se dio por enterada de la petición que hacía el Subsecretario de Turismo Sr. García Rodríguez-Acosta, solicitando la cesión al Ministerio de Información y Turismo, de un trozo de terreno con una extensión de 4.292 m². con el fin de construir una Hospedería de Turismo, y en la sesión de 2 de



Castillo de Santa Catalina. Vista parcial del Parador

febrero del mismo 1963, aprobó la Corporación por unanimidad una moción del entonces Alcalde José María García Segovia, por la cual se cedía desinteresadamente al dicho Ministerio los terrenos solicitados.

Estos fueron los primeros pasos de una obra magnífica, de la que hubo ciertos pesimismos y visiones cortas que auguraban un fracaso, manifestando –yo he escuchado entonces alguna observación como– ¿quién va a ir a dormir allí arriba, al Castillo?... Pues bien, nada más inaugurarse ya se fue quedando pequeño, hasta el extremo que unos

años después y siendo Director General de Empresas y Actividades Turística, León Herrera y Esteban, se procedió a una notable ampliación tanto del número de habitaciones como de servicios, hasta piscina, que configuran la hermosa realidad que hoy contemplamos y que es un auténtico orgullo para la ciudad de Jaén.

Y a esta realidad acudimos el año 1978 para aquella primera Cena Jocosa y en la noche del día 23 de noviembre del año 2002, acudimos de nuevo para hacer la veinticinco edición de estas cenas, efemérides venturosa por ser bodas de plata de este singular acontecer.

LA ANÉCDOTA

Es bueno señalar que con vista a la preparación de esta Cena del año 2002, ya en el mes de julio se cambió impresiones con don Jesús Cárdenas, Director del Parador, para apalabrar la fecha del 23 de diciembre para este acto, encontrando tanto en este señor como en el Jefe de Cocina don Emilio Martínez Manzaneda –que por cierto– se acordaba de las Cenas de 1978 y de la que hubo en la Torre del Homenaje, la mejor disposición para que todo estuviese a nuestro gusto y satisfacción.

Como de tradición era, la carta del Criado Portugués llegó puntual por San Lucas, la Crónica de la cena anterior estuvo justo a punto como todos los años, preparadas las cartelas con los nombres de los comensales, dos viajes a Arjonilla se habían hecho para recoger la cerámica de recuerdo, avisados todos los miembros de la Asociación para ponerse de acuerdo en la subida en coche al Parador... en fin, todo listo y preparado para el gran día.

Y llegó este día y no es de contar la gran preocupación y el mayor desasosiego que se apoderó de mí, cuando al llegar a mi casa hacia la una del mediodía, me indicó mi familia que había tenido diferentes llamadas telefónicas del Director del Parador, pidiendo que urgentemente me pusiera en contacto con él.

No puedo narrar el pellizco abdominal que se me cogió pensando en lo peor. Empecé a pensar que algo habría ocurrido o que algún suceso imprevisto daría lugar a que la Cena no pudiera celebrarse o algún inconveniente que entorpeciera el acto. En estas cavilaciones, no lo pensé más. En vez de llamar por teléfono, cogí el coche, que en la puerta de la casa lo tenía, y en pocos minutos me presenté en el despacho del Director. Apenas lo había saludado mi preocupación creció a tono de angustia cuando el bueno del Sr. Cárdenas me dijo:

— No sabe usted la preocupación enorme que tengo por el inconveniente que se ha presentado y que hasta el momento no se ha podido solucionar.

— ¿Qué ocurre? le dije, ¿Qué ha pasado?

— Mire, llevamos dos días intentando por todos los medios encontrar solución al tema, hombre, por quedar bien, pero imposible. No ha habido manera.

— Pero bueno... (mi temor ya no tenía nombre y debió darse cuenta de la expresión de mi cara).

— Bueno. Verá. Hemos recorrido tiendas, restaurantes y hasta las grandes superficies y en ningún sitio nos han dado la más leve señal (¿?). Los vinos Haloque y Trasañejo que indica usted en la minuta de la Cena no aparecen por ningún sitio. Y la verdad es que no se que solución dar. Dicen que no han oído nunca esos nombres ni saben de que bodegas pueden ser.

No se como expresaría el suspiro de alivio que se me escapó a la vez que pude exclamar:

— Pero hombre, por favor. Si esos vinos no existen. Eran nombres de los vinos que se criaban en Jaén hace ya más de cuatrocientos años, y que al indicarse sus nombres en los versos de Baltasar del Alcázar sobre la Cena Jocosca, los hacemos figurar en las minutas para identificarnos más con aquella época.

Aligerado y sonriente ya, me dijo:

— Entonces ¿Qué hacemos? ¿Qué vino vamos a poner?

— ¡Un buen vino!, blanco y tinto, pero de calidad y a su discreción.

— Vaya, no sabe el peso que me quita de encima. Con la briega que hemos tenido buscando los dichosos vinos Haloque y Trasañejo. Hombre, todo por quedar bien con ustedes.

Le di las gracias por su gran celo profesional y, recuperado del susto que me había llevado, me bajé a la ciudad tranquilo a la vez que sonriendo por la búsqueda infructuosa que habían hecho de estos supuestos vinos jaeneros.

Apenas aparqué el coche, en vez de subir a mi casa, me fui derecho, porque así me lo pedía el cuerpo, al cercano bar que habitualmente visito, a fin de tomarme un par de cervezas las cuales tomé con gran deleite, más que por su buena calidad que la tenía, por la tranquilidad y satisfacción que sentía al haberse abortado aquellos negros pensamientos que tuve como consecuencia de las llamadas telefónicas a mi casa y

por la primera parte de mi conversación con el Director del Parador. Me retiré a mi domicilio y a esperar la hora para los últimos detalles de la Cena.

LA LLEGADA

Por aquello de que *Quien tiempo toma, tiempo le sobra*, apenas habían dado las seis de la tarde y ya me encontraba aparcando a la puerta del Parador de Turismo. El coche cargado de esos pequeños detalles de última hora, que son precisamente los que otorgan ese toque definitivo, que corona la inquietud de una laboriosa preparación.

Como curiosidad diré que me había entretenido unos minutos en Caño Quebrado para saludar a un Guarda Forestal, amigo del servicio militar, al que intrigado pregunté por las causas que motivaban que una notable mancha de pinos cercanos al Parador se encontraban semisecos, sobre todo en sus partes más elevadas. Me indicó que había dos causas que ocasionaban este mal, en unos casos la proliferación de un determinado pulgón y otras veces una simple corriente de un muy caluroso viento solano, secaba o achicharraba las yemas y tallos más tiernos de las copas de los pinos. Enterado y con una breve referencia al tiempo de la mili, como siempre hacemos cuando nos vemos, continué mi camino viendo con pena como un buen número de estas coníferas que tanta vida dan al Cerro de Santa Catalina se encontraban afectadas de estos males.



Antonio Martos García y Antonio Martínez Lombardo

Volviendo a la tarea que me llevaba a la magnífica instalación hotelera, quiero indicar que no resulta fácil, ni mucho menos, adentrarse en los comedores, al menos de este Parador, una vez que se han cumplido los servicios del almuerzo, pues quedan clausurados a todo visitante. Y muchos pasos hube de dar por aquellas amplias dependencias –con lo ágil que yo estoy para ello– hasta conseguir, después de diferentes explicaciones sobre mi interés en ello, que me die-

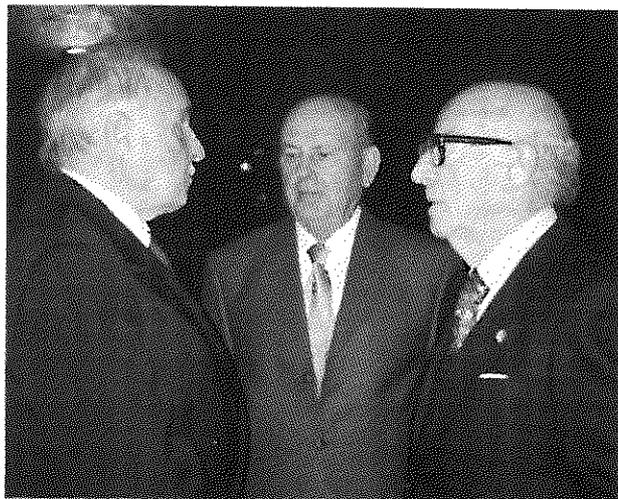
sen entrada al comedor reservado a la Asociación, prometiendo al encargado de turno que no permitiría entrar a nadie.

Metido en aquella clausura, dispuse de algo más de dos horas para culminar mi tarea que, en casi una hora aproximadamente quedó

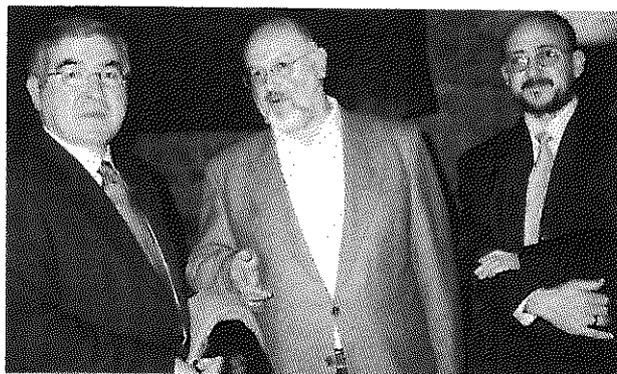
concluida. Con ello tuve una larga hora de espera que se me hacía pesada, pues a más de dar diversas vueltas repasando todos los preparativos de las mesas, no quería salir de allí pues podría provocar que alguien entrara, con lo que incumpliría mi compromiso con el encargado que me confió la llave. Con cierta impaciencia, de vez en cuando me asomaba a la puerta que da a la estancia central, lugar de concentración, por ver si alguno se había anticipado a la hora prevista. Al fin y a tiempo de cumplirse la hora de la cita, salí a saludar a dos Antonios, Martos García y Martínez Lombardo, que andaba este atareado preparando su máquina fotográfica para colaborar en la tarea de dejar constancia gráfica de la Cena.

Ya a partir de este momento la llegada se fue haciendo fluida. Departimos saludos y saludos formándose espontáneos grupos cambiando impresiones o charlando de mil cosas. Así veía a Francisco Cano Ramiro hablando con León Herrera y Esteban y con Julio Puga Romero. A Miguel Calvo Morillo, con Manuel López Pérez ya en otro apartado, Juan Eslava Galán conversaba con Ignacio Ahumada Lara y con Juan Antonio López Cordero. De los primeros en llegar fueron Ángel Viedma Guzmán que dialogaba largo rato con Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, nuevo Miembro de Honor.

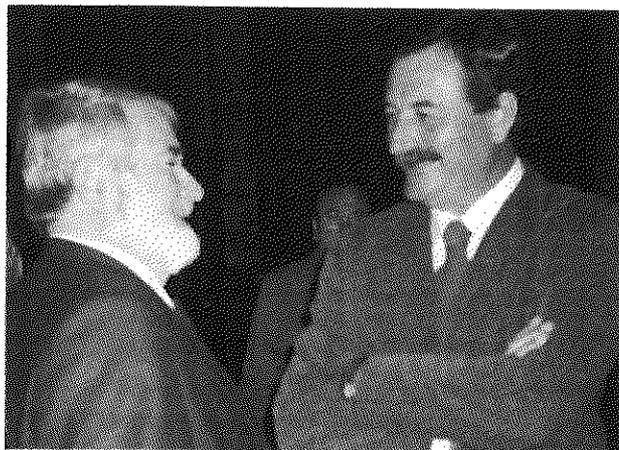
Habían llegado juntos Fernando Lorite García, Pilar Sicilia de Miguel y Vicente Oya Rodríguez, que continuaban con su charla, y allí junto a una de las chimeneas hablaban María José Sánchez Lozano con Juan Cuevas Mata y, observando a estos, hace su aparición el grupo de la Avda. de Andalucía: Pedro Jiménez



Julio Puga, Francisco Cano y León Herrera



Ignacio Ahumada, Juan Eslava y Juan Antonio López Cordero



Ángel Viedma y Pedro Alejandro Ruiz



Juan Cuevas y Mª José Sánchez Lozano



Pedro Cruz, Juan Cuevas Mª Isabel Sancho y Rufino Almansa



Pedro Cruz y Antonio Molina Fernández

Cavallé, María Isabel Sancho Rodríguez, Luis Coronas Tejada y el nuevo Miembro de Número, José García García, haciéndolo a continuación Juan Higuera Maldonado, que venía del campo, luciendo un chaquetón de abrigo.

Yo iba tachando en una relación que llevaba al efecto, los nombres de los que llegaban y estando en este menester, aparecieron José Casañas Llagostera, Rufino Almansa Tallante y Antonio Casañas Llagostera que venían desde la Parroquia de Belén y San Roque. Ya según mis apuntes, sólo faltaba José María Pardo Crespo, que aunque un poco retardadillo, llegó con tiempo de entrar con todos al comedor.

Y en estos prolegómenos o secuencias de la llegada, he dejado para el final, para hacer mención especial de ello, la presencia en esta Cena del año 2002, de dos excelentes y buenos amigos, que acudían invitados a este acaecer y que habían sido de los primeros en concurrir. Uno de ellos, Pedro Cruz Casado, que en reconocimiento por las atenciones que dispensa a la Asociación, sobre todo en las ediciones de la Revista *Senda de los Huertos* y de las *Crónicas* de estas Cenas, quisimos que conociera una de ellas por dentro, ya que por fuera tantas veces las ha tratado. El otro, Antonio Molina Fernández, industrial hostelero, dueño del Restaurante *La Ponderosa*, que ha servido ya veinte Cenas, y al celebrarse esta en el Parador, se estimó oportuno que participara dentro de la misma.

Como Cronista que iba a ser, intenté enterarme más o menos de las conversaciones que en esta media hora aproximadamente hay en este espléndido

do salón de aires medievales. Y me es imposible, porque entre tanto saludo, tomar nota de los que van llegando y encima tirar fotografías, no hay forma y desisto de ello, pero si tomo buena nota en mi memoria de los aspectos de alegría y satisfacción de todos y cada uno de los concurrentes, complacidos un año más de participar en esta tan querida y única Cena de Santa Catalina.

Por diversas circunstancias y avatares, no han concurrido a esta convocatoria algunos miembros de la Asociación Ángel Aponte Marín, por el fallecimiento de un hermano político en este mismo día; Francisco Cerezo Moreno, afectado de gripe; Luis Berges Roldán, en visita familiar a Madrid; Alfonso Parras Vilchez, inaugurando una exposición en Bilbao y, por ciertas dolencias, Manuel Kayser Zapata, Francisco Olivares Barragán, Manuel María Morales Cuesta, Manuel Elías Carrasco, Juan Castellano de Dios y Luis Armenteros Basterrechea.

Estando completo el número de asistentes previstos y después de hacer algunas fotografías más, voy invitando a pasar a la estancia que hay preparada al efecto. Y así nos adentramos en el mismo salón que



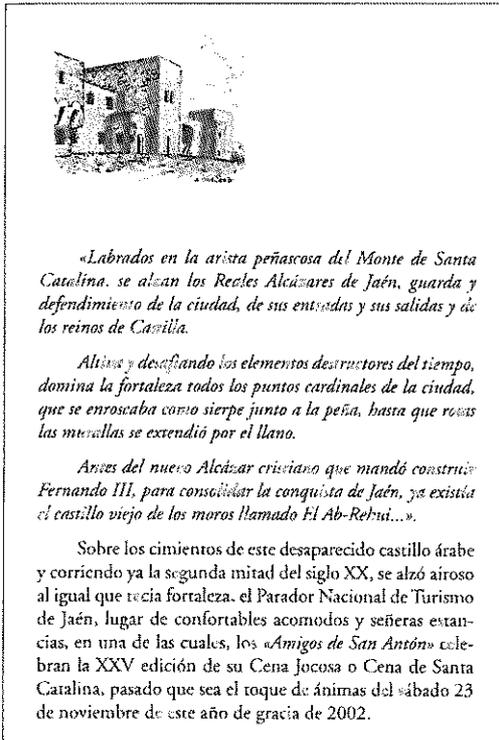
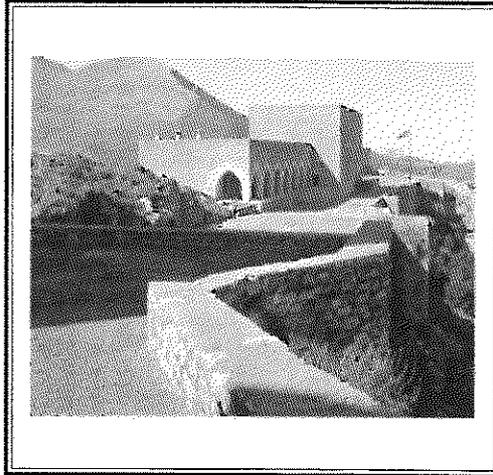
Así lucía la mesa dispuesta en el Parador de Santa Catalina para la Cena Jocosa de 2002

serviera en 1978 para aquella inolvidable primera Cena Jocosa de los Amigos de San Antón.

Yo que he estado colaborando todos los años en el montaje de los acomodos para estas Cenas y que lo sigo haciendo con la misma ilusión que el primer día, noto la notable diferencia de hace veinticuatro años, cuando personalmente tuvimos que subir desde Jaén al Parador hasta los tableros para componer una gran mesa, cuadros y demás útiles, a la comodidad esta del año 2002 en que el trajín principal y de más envergadura está hecho. Me veo contento a la vez que satisfecho de cómo se han desarrollado los preparativos para esta Cena, pero no puedo olvidar, y lo digo con orgullo, aquellos esfuerzos, el entusiasmo y el enorme cariño que pusimos un puñado pequeño de jaeneros, para conseguir aquel milagro del año 1978 que aún irradia su gracia.

Emotivos recuerdos aparte, centrémonos en la realidad que estamos viviendo. Al penetrar en este gran salón, encontramos la impresionante mesa preparada con mucho gusto, centrada con tres candelabros de cuatro velones cada uno, siete pequeños centros de flores, tantas jarras de cerámica de recuerdo como comensales realizadas para este fin en Arjonilla por el ceramista Francisco Peña Albín, espléndidas vajillas de loza y cristal y, junto a cada cubierto, bien presentada Minuta con bonita orla multicolor en su portada.





Minuta

Convite de entrada

Garbanzos Tostados/Patatas de Casa Paco
Accituna Moradilla / Almendras Tostadas
...

Jamón Serrano / Queso Manchego
...

Chorizo Ahumado / Morcilla de Carchelejo
...

Croquetas
...

Cerveza de Jaén / Manzanilla *La Guita*
Refrescos varios

Cena

Sopa de la Abuela
...

Espinacas rehogadas con picatostes y picado de Jamón
...

Bacalao a la baizana

Postre

Ensalada de Membrillo

Vinos

Haloque- Trasaniejo

Sobremesa

Pastelería propia del Parador de Turismo.

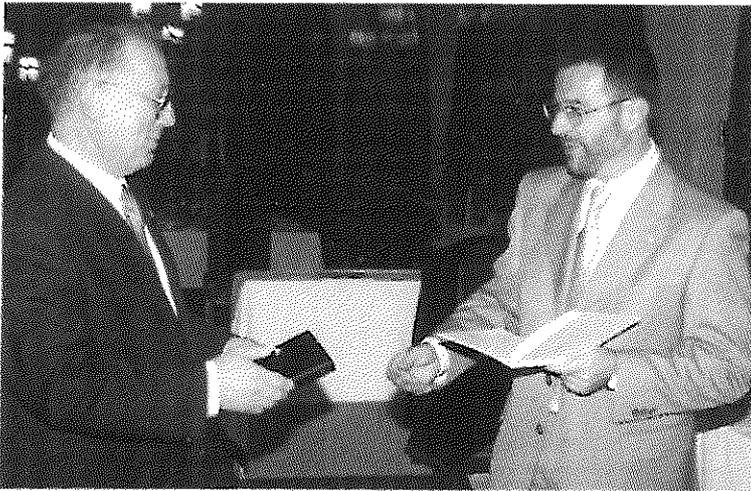
Anís *Castillo de Jaén* y Crema de Café
de las Destilerías de Angel Tirado

DEL CRONISTA Y LOS NUEVOS MIEMBROS

A continuación de la mesa anteriormente descrita y tras un biombo de ligera separación, acomodo bien dispuesto para tres mesas alargadas, en hilera pero separadas entre si, lugar en el que se ha de celebrar la primera parte de la Cena o lo que solemos llamar, el Convite de entrada. Y aquí en este ambiente, siendo las nueve y diez minutos de la noche, ya todos reunidos y tomándose los primeros sorbos de cerveza o fresquita manzanilla, hice sonar por vez primera en la noche la campanilla, pidiendo atención, para que Juan Cuevas Mata, Prioste en funciones, me interpelara sobre si era conforme en redactar fiel y cumplida Crónica del devenir de la Cena del año 2002. Una vez que hube asentido, entrego el correspondiente Recado de Escribir con lo que recibí parabienes y noragüenas de la concurrencia, con lo que desde aquel momento quedé investido de mi nueva personalidad de Cronista, andando ya, como aquel que dice a tres manos, pues entre esto nuevo de tomar nota de todo cuanto acontece y se dice, a la vez que ir disponiendo el discurrir de

la Cena y a la vez que ir haciendo alguna que otra fotografia para tener después una buena constancia gráfica de este memorable acaecer, pues... no se que más.

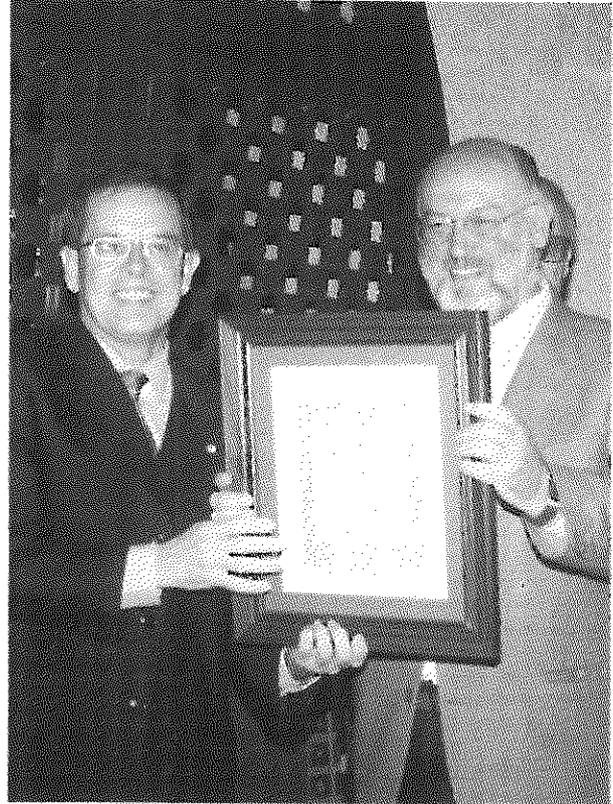
Tal como es habitual, breve espacio entre copas y accituna de buen aliño, alternadas con las patatas de Paco, almendras saladas y garbanzos tostados y, nuevo toque campanil para proceder a la lectura de los acuerdos por los cuales se nom-



Pedro Casañas recibiendo el Recado de Escribir de manos de Juan Cuevas

braban como nuevos Miembros de Honor y de Número respectivamente, a Pedro Alejandro Ruiz Ortiz y José García García, los cuales, entre aplausos fueron recibiendo los títulos correspondientes, debidamente enmarcados, el primero a manos de Ignacio Ahumada Lara y el segundo de Juan Eslava Galán.

Cumpliendo elemental regla de cortesía y como de uso y costumbre es en estos casos, correspondiome hacer cumplida salutación a todos, con especial significación hacia los nuevos miembros que se integran como a los buenos amigos invitados a esta Cena de 2002, dando para ello lectura al siguiente par de folios.



Amigos: En esta fría noche del veintitrés de noviembre del año 2002, sed bienvenidos todos a la XXV edición de nuestras Cenas Jocosas o Cenas de Santa Catalina, edición particularmente significativa por ser Bodas de Plata dellas, tal como nos decía el Criado Portugués en su última misiva de aviso y recordación.

Hace veinticinco años, 25 de noviembre de 1978, en la misma estancia que hoy nos encontramos, un grupo de amigos, de San Antón, celebraban una Cena Jocosa conmemorativa del cincuenta aniversario de aquella otra Cena, que en 1928 otros amigos ofrecieron al Cronista Cazabán. Nadie de los asistentes pensó de antemano que aquella Cena hubiera podido tener continuidad y sin embargo, año tras año se han venido desgranando las veinticuatro ediciones de entrañables encuentros, y año tras año se han venido incorporando, integrándose en los afanes de la Asociación, un número importante de buenos y jaeneros amigos.

Y lo que es la vida. También en el devenir de estos veinticuatro años, algunos amigos nos han ido dejando y otros no nos pueden acompañar por diversos impedimentos. Para los que nos dejaron, es bueno repetir aquel rípiado verso que decía el año pasado:

Otros faltan a las convocatorias
pues ya de inmortal seguro gozan
y justo es decir en sus memorias
que en las mentes de todos posan.

Es ocasión pues, al celebrar esta XXV Cena Jocosa, dar gracias por haber una gran mayoría llegado a esta entrañable efemérides, a la vez que de expresar el recuerdo a los que nos dejaron y el sentimiento por la imposibilidad de asistencia de otros, como asimismo, porque así debe ser, tener festivas alusiones relativas a incidencias y anécdotas ocurridas a lo largo de las Cenas pasadas.

Hoy, como en otras ocasiones ha ocurrido, tenemos la satisfacción y la alegría de recibir a dos nuevos miembros, dos buenos amigos de los amigos y por ende ya Amigos de San Antón. Son como ya se ha dicho, don José García García, como Miembro de Número y don Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, como Miembro de Honor. Sea esta primera Cena a la que asistís, inicio y preludio de otras muchas, a la vez que de una plena identificación y cooperación hacia los afanes en los que se desenvuelve nuestra Asociación. Amigos de San Antón ya, José García García y Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, sed tan bienvenidos como tan bien recibidos sois y que sea por muchos años.

El hecho de celebrar esta Cena en las dependencias admirables de este magnífico Parador Nacional de Turismo, para que coincidiera con el lugar donde se alumbró aquella primera Cena del año 1978, ha ocasionado que esta veinticinco edición no sea atendida por el gran Maestro que es de Hostelería don Antonio Molina Fernández, que durante más de veinte años viene haciéndolo de forma magistral. Estimamos que su figura no debiera pasar desapercibida en esta ocasión y en su consecuencia hoy nos vemos honrados con su presencia.

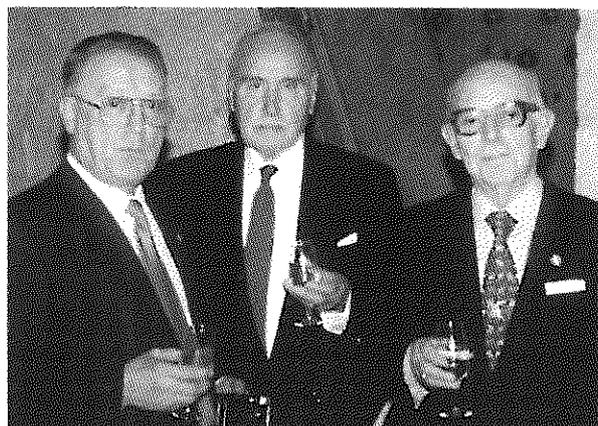
Asimismo, hemos de significar esta noche la presencia de don Pedro Cruz Casado, creo que de todos conocido, persona estrechamente ligada a las inquietudes de publicaciones de nuestra Asociación. A él debemos, a más de otras atenciones, el diseño y maquetación actual de nuestra Senda de los Huertos que se inició a partir del número cuarenta y uno, como de igual forma, al cuidado y esmero que pone en la edición de las últimas Crónicas de la Cena y a él debemos y agradecemos el excelente trato que nos hace y dispensa con sus trabajos. Por todo ello hemos querido que el buen amigo que es Pedro Cruz Casado, conozca por dentro el desarrollo de una Cena Jocosa, cenas que el sólo conoce desde la perspectiva fría de las ediciones.

A vosotros, Antonio Molina y Pedro Cruz, el deseo de que os encontréis en la confianza plena de la amistad y para todos vosotros también la voluntad sincera de una franca, afectuosa y feliz velada.

A plaza salieron el exquisito queso manchego y un buen jamón serrano que le igualaba en calidad. A ambos se le van haciendo con buen apetito los honores correspondientes, observando que un determinado comensal atacaba con mucha seriedad al manchego, lo que me impulsó por su bien a decirle aquel refrán prudente: *En el comer queso, huye de exceso*. Mirome, y con sonrisa, no se si agradable o burlona, volvió a meter la mano en el plato del queso y del plato se lo llevó a la boca sin dejar de sonreír. Pues... buen provecho.

Pedro
Casañas,
Julio Puga y
León Herrera

Sin embargo, en el comer jamón ya es otro cantar y si se acompaña de las correspondientes copitas, tanto mejor. Y como una buena porción de los asistentes somos ya entraditos en años, es bueno que adoptemos esa sabia receta que con tanto cariño ofrece también el refranero: *El buen jamón y el buen vino, hacen al viejo niño*, y como no queremos ser ya tan mayores además de aquello de que se estire el pellejo, efectivamente se observa buena aplicación a esta receta singular, viendo como muchos maduros, mientras tomaban tragos de manzanilla de la copa que teníamos en una mano, cogíamos trocitos del buen jamón, de los bien surtidos platos, con la otra mano. Pues también... buen provecho.



El ambiente de conversaciones se notaba ya bien caldeado y la verdad es que da pena cortar tan animadas charlas. Un camarero quiere traer la siguiente ronda de viandas y le digo que espere a que acabe su intervención la persona que le va a corresponder hacer uso de la palabra. Con un respetuoso y cortés «perdone señor, estaré pendiente» se retiró. Apuré la copa de manzanilla que tenía en la mano y dirigiéndome a la concurrencia, hice sonar la campanilla indicando la inmediata actuación de la presentadora de los nuevos miembros de la Asociación.



Fernando
Lorite, M^a
José Sánchez
y Pilar Sicilia



María Isabel Sancho Rodríguez
hizo cumplida presentación,
acertada, precisa y coherente
de nuevos Amigos de San Antón.



Ocurre con demasiada frecuencia que en actos, como el que nos ocupa, el presentador sea menos conocido que el presentado, quien no necesita de introductores para que todo el mundo sepa quién es y cuáles son sus andanzas. Y este es el caso de hoy. Las nuevas adquisiciones de los Amigos de San Antón no precisan de alabanzas, pues tanto uno como otro son sobradamente conocidos. Pues ¿quién no conoce a Pedro Ruiz y a Pepe García en Jaén? Así que, más que de presentadora, prefiero hacer de madrina. Aún está fresco en mi memoria el día en que yo vine por primera vez a la cena de los Amigos de San Antón y han pasado ya ocho años. Pertenecer a esta asociación es uno de los honores más gratificantes que cualquier nacido o afincado en Jaén puede recibir, tanto por lo que aquí se aprende como por la camaradería y cariño que se recibe. Y en esta ocasión tan especial de hoy, permitidme un recuerdo emocionado para aquellos Amigos de San Antón que se fueron quedando en el camino y que, a buen seguro, desde arriba estarán contemplándonos con todo su afecto.

*La segunda acepción de la palabra **madrina** en el Diccionario de la Real Academia española (DRAE, 2001, 958) es: «mujer que presenta o acompaña a otra persona que recibe algún honor o algún grado etc.». Y yo, simplemente voy a acompañar e invitar a nuestros nuevos amigos a que disfruten de nuestras veladas.*

Jonathan, Jennifer, Jessica, Iván, Aarón, Noelia, Noemí, son algunos de los nombres que hoy en día pueden oírse a la vuelta de cualquier esquina, en las aulas de cualquier instituto, en los despachos de cualquier universidad.

Y es que los padres del siglo XXI, martilleados por los medios de comunicación, por los deleznables programas televisivos, influidos por los

apelativos de tantos personajillos como pululan aquí o allá, bautizan a sus hijos e hijas con nombres rimbombantes, ajenos, extraños pero que ellos consideran sonoros. Los tradicionales Pedro, o Rosario, o José, o Rosa, o Manuel, o Isabel, o Antonio o Juan, o Alfonso, o Enrique, o Carlos o Rafael o María, han ido cayendo en desuso. Parece como si los padres de ahora consideraran que los apelativos de sus hijos van a imprimirles carácter y no quisieran que la sencillez de sus nombres se transmitieran e influyeran en la vulgaridad de sus vidas.

Claro que eso no ocurre si nos encontramos con un José García o un Pedro Ruiz. Nombres muy comunes aunque propios, pero PROPIOS con mayúsculas, porque solamente con nombrarlos nadie va a poner en duda a quiénes nos estamos refiriendo. Y es que hablar de José García en la enseñanza es hablar de toda una institución. Perdona, Pepe, no te estoy llamando viejo, ni mucho menos. Todo lo contrario. ¿Quién no conoce a este Pepe García que ha dedicado toda su vida a la enseñanza, como maestro, primero, y como profesor de segunda enseñanza, después? Y, ¿quién no conoce a Pedro Ruiz en Jaén? Director durante cuatro años, casi fundador del colegio universitario, Jaén le debe el haberlo sacado adelante en aquellos años difíciles.

Pedro Casañas, y los amigos de número que deciden en las elecciones de nuevos miembros han sabido lo que se hacían con estas dos nuevas incorporaciones. Pepe es un hombre inquieto, trabajador. Siempre estará dispuesto a colaborar en cuanto se le pida y su palabra será siempre la justa, con su pelín de humor, de picardía, pero no faltará su apoyo en caso de necesidad. Y, además, es un enamorado de las cosas de Jaén. Por todo lo anterior es muy adecuado como miembro de número de nuestra asociación.

Por lo que se refiere a Pedro está llamado a ocupar cargos elevados en la universidad. Y a punto estuvo en ocasión anterior y supongo, confío, que volverá a intentarlo.

Es curioso, que con estos dos nuevos nombramientos estemos completando en los Amigos de San Antón el panorama de las letras y las ciencias. Ya había en nuestra asociación especialistas en Historia, en Lengua, en Religión, en Dibujo, en Latín, en Música, en Retórica, en Arquitectura, en Medicina, casi completábamos las antiguas artes liberales, el «...trivium». Pero teníamos un poco olvidada la rama de las artes matemáticas, el «...quadrivium». Nos falta algún matemático, algún astrónomo pero, a cambio, se ha incorporado a un geólogo, para que nos pueda ilustrar acerca de nuestro territorio, de nuestro pasado, de nuestras piedras, de nuestro paisaje, en resumen.

Pero, Pepe, Pedro, tendréis que aceptar que me habéis puesto bastante difícil vuestra presentación. Pepe me ha enviado una hojilla de papel en el que no incluye más que generalidades que no me habrían servido para nada de no ser por la antigua amistad que nos une desde los ya lejanos años universitarios por lo que conozco bien sus andanzas. En cuanto a Pedro, que ha sido mucho más cuidadoso con su currículum vitae, ordenado como buen científico, me ha remitido un voluminoso ejemplar con sus muchísimos méritos, pero que es muy complicado que yo os pueda resumir aquí y mucho más el que os explique en qué consisten. Pues, ¿cómo podría explicaros artículos como «Paleofosa tectónica con relleno de Ammonítico Rosso del Jurásico superior» en donde, ¡ignorante que es una!, sólo entiendo lo de Jurásico y eso, gracias a la película de Spielberg; o este otro «Turbiditas calcáreas y otros fenómenos de resedimentación /erosión en el Jurásico superior-Cretácico inferior de la unidad de Huelma (Jaén). Zonas Externas de las cordilleras Béticas», (ahora únicamente entiendo Huelma); o «Cavidades Kársticas con relleno de Calloviense superior y Oxfordiense inferior (Subbético Externo, S^a de Estepa, Prov. De Sevilla». Es realmente difícil de entender para una pobre licenciada en letras, pero, en un intento de acercamiento a su obra, he leído con atención su discurso de apertura a la Universidad de Jaén del curso 1993-94 y, enseguida, me ha llamado la atención que la dedicatoria vaya dirigida a su familia: Charo, Charete y Ángel, con lo que creo que muestra claramente sus intereses prioritarios. Afortunadamente, él nos aclara en esta conferencia en «román paladino» que «en los presupuestos metodológicos actuales de la geología se incluyen [...] una mezcla de conocimientos que conforman una visión sobre el mundo en la que se integran tanto la experiencia humana como las enseñanzas extraídas de la interpretación del registro geológico» y asegura que las enseñanzas que obtengamos las aplicaremos a la comprensión del presente y al diseño del futuro. Y todo ello lo hace en sus más de 70 trabajos publicados en lugares tan diversos como Ámsterdam, Reino Unido, París, Madrid, Granada, Glasgow, Marseille, Budapest, New York, Oxford, Barcelona, Oviedo. Cuento nueve proyectos de investigación, tres de ellos como investigador responsable, y, fue catedrático de universidad con solo 39 años. ¡Eso sí que es aprovechar bien los años! Él mismo señala que su labor profesional siempre la ha realizado en Jaén «he pasado por todas y cada una de las categorías existentes en la Universidad española, hasta llegar a mi cátedra actual, siempre en Jaén».

En cuanto a Pepe García, si por él fuera, por el folio escaso que me ha mandado, poco podría decir de su trayectoria, pero, sin embargo, es difícil que tan pocas líneas dejen traslucir tantas cosas. Sabemos que es maestro y se enorgullece de ello, y durante nueve años recorrió las escuelas de Alcalá la Real, Jaén, Guaro y Torredelcampo. Pero, afortunadamen-

te se le dio una licencia de estudios para poder realizar su licenciatura en Granada y gracias a eso la enseñanza secundaria ganó un magnífico, aunque exigente profesor, y yo gané un amigo. Y, después de haber dado clases en los Maristas y en el Centro de Estudios Alberto Magno, hizo oposiciones a Agregado de Instituto obteniendo la plaza del «Virgen del Carmen», en donde continúa ahora como Catedrático de Lengua y Literatura.

Lo que yo no sabía, Pepe, es que también eras instructor de Educación Física, ¡claro! Ahora me explico por qué te mantienes tan delgado; pues eso es estupendo, porque así podrás darnos algunas clasecillas con instrucciones para rebajar los excesos después de cenas jocosas como la de hoy.

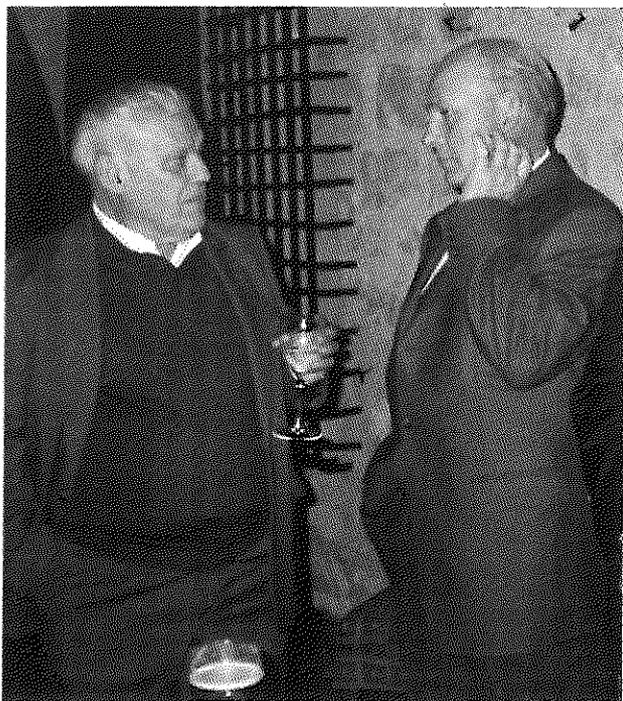
Ha desempeñado diversos cargos administrativos y sindicales y es miembro del Consejo Escolar Municipal de Jaén. Tiene publicados numerosos artículos aparecidos aquí o allá y algunos libros. Entrañable para todos cuantos hemos pasado nuestros años infantiles en el viejo caserón de la calle Compañía, Las historias del Instituto en las que vuelve una vez más a una de sus especialidades, los apodos, de los que hace incluso un apéndice explicativo. Y tiene a punto de ver la luz, en el «horno» dice él, Los cuentos de Jaén. (Tradiciones, leyendas, romances y cuentos de la ciudad), que obtuvo un accésit en el «Premio de Investigación Rafael Ortega Sagrista», en el que, además de hacer una recopilación de historias de Jaén, tal como indica su título, es de destacar su introducción, estudio minucioso en el que se establecen las bases teóricas para definir los cuentos, leyendas y mitos.

No me resisto a reproducir la nota con la que termina su papelillo, porque creo que es altamente definidor de su carácter: «un maestro y de Jaén. Pero la mayor satisfacción de mi currículum es la de mi familia, tanto la que me trajo al mundo como la que he formado con mi esposa, María Rosa Campos Melero y nuestros tres hijos, de los que ya voy 'co-brando' una nieta y pico». Pues, dicho queda.

Podemos por tanto comprobar que los nombres, muy comunes, que portan nuestros nuevos amigos son importantes. Aquellos que tratan de salir del anonimato o intentan distinguirse de cuantos les rodean con nombres ajenos a nuestras costumbres, deben recordar que el nombre no es fundamental, sino que las cualidades del hombre destacan por encima de cualquier otra consideración. Parafraseando a Oscar Wilde, he intentado demostrar la importancia de llamarse José o Pedro. Con ejemplos como los suyos, los nombres de toda la vida, tan nuestros, volverán a ponerse de moda muy pronto.

La cuarta acepción de madrina, y ya he dicho que yo me considero hoy como tal, es «mujer que, por designación previa, rompe una botella de vino o champaña contra el casco de una embarcación en su botadura»; no es cuestión, convendréis conmigo, de que rompa ninguna botella de vino y, además aquí, en el Parador, que yo sepa, no hay ninguna embarcación, pues estamos bastante lejos del mar, pero, a cambio, yo voy a levantar mi copa de vino en su honor y les doy mi bienvenida y felicitación.

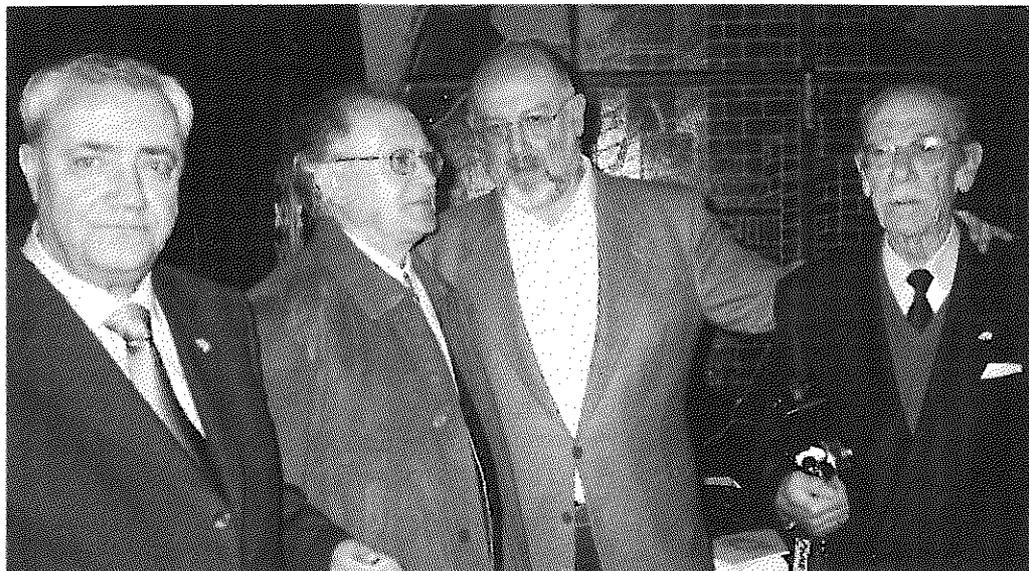
Equilibrada y medida presentación esta que ha hecho María Isabel Sancho de estos dos buenos amigos, a los cuales he mirado a hurtadillas en diversas ocasiones durante estas palabras, y he observado en sus rostros ese cierto ruborcillo que a veces sale a relucir cuando se habla de las dotes, aptitudes, virtudes o reconocimientos profesionales de las personas, y hago esta cavilación, porque ese apenas perceptible encendido dice mucho y bien de las personas, es en parte, un reflejo de su ser. Fue muy aplaudida la presentación, hecha con la elegancia y donosura que pone siempre en sus intervenciones.



José Casañas
y Francisco
Cano

se cultiva en las zonas de la Vera y la Rioja, que como aliño le otorgan ese agradable sabor. En cuanto a la morcilla he de decir, que siempre que la como, siendo de Carchelejo, me acuerdo de aquel verso rípiado de Miguel Calvo Morillo sobre este exquisito manjar:

La morcilla de Carchelejo
que tiene tan buen sabor,
que te comes sin querer,
con perdón, hasta el pellejo.



Antonio
Martos, Juan
Higueras,
Juan Eslava y
Antonio
Martínez
Lombardo

Y en estos menesteres nos fuimos aplicando, alternando con la copa y distendidas conversaciones de sabor jaenero. Pero ya el comer era con menos ardor garoso que al principio, pero en fin, como no había prisa, poco a poco se vieron clarear las bandejas que habían llegado muy bien abastecidas.

Reloj en mano, y en la otra copa, iba contando el tiempo para ajustarnos, más o menos, al planteamiento de la Cena y, en un momento que me pareció que bajaba el tono animoso de las conversaciones, hube de hacer sonar de nuevo la campanilla, para anunciar que haría uso de la palabra el nuevo Miembro de Honor, Pedro Alejandro Ruiz Ortiz.

Ed



Quiso mostrar su contento
don Pedro Alejandro Ruiz,
que en muy docto parlamento
estas cosas vino a decir.

En primer lugar, estimados amigos, queridos comensales, en nombre de José García García y mío propio debo apresurarme a daros las gracias por esta distinción que, a los dos, tanto nos honra. Venimos a participar en esta mesa, en esta asociación, con gozo y satisfacción. Se cumplen sus bodas de plata, lo que aumenta nuestra consideración, pues no poco son veinticinco años manteniendo una tradición.

Me ha sido encargada la tarea de responder a nuestra introductora y de glosar este momento. Ya veréis, yo, todo un lego en estos menesteres, más propios de los hombres y mujeres, que cultivan la prosa, la poesía, el arte, que nos transmite su conocimiento sobre nuestros antepasados, sus hechos, sus leyendas; en fin, que os voy a decir yo a vosotros, me refiero a los humanistas, a los hombres, y mujeres, que decimos... de letras.

Yo, de poco sé, pero si sé un poco, tampoco creo que ese poco, mucho os interese. Porque... ¿habría de interesaros aquello que ocurrió hace millones de años?; ¿y aquello otro, algo más antiguo, digamos lo que, ¡quién sabe!, ocurrió hace ya cientos de millones de años? ¿Os hacéis cuenta realmente de que esto viene desde hace miles de millones de años? Pues a descifrar esa otra Historia me dedico, y ya les podría contar, no la historia de Santa Catalina de Alenjandría o discutir acerca de su historicidad, pero si les podría hablar de cómo se formaron las peñas que dan asiento a este Alcázar; sobre el origen del manantial de la Magdalena o el de la Catedral, el de peñón de los Uribes, las Peñas de Castro u otra historia similar; sobre cómo era la atmósfera del pasado, porque se dan glaciaciones o porque existen cambios climáticos; ¿qué criaturas poblaban la Tierra en

los distintos períodos geológicos? Ya en el Arco, un par de veces, he tenido ocasión de estar.

A la Geología, en concreto la Estratigrafía, y a la Universidad he consagrado mi vida. Pero además:

*En Jaén, donde resido,
he gustado de participar
en su vida y costumbres,
y sus instituciones, en mis limitaciones,
he tratado de impulsar.
Opté por la vida universitaria de un germen de futuro
en lugar de una centenaria universidad.
Fundé a otros jiennenses un foro de Debate,
en un instante de dinamizar la vida social de esta ciudad.
También en el Instituto de Estudios Locales,
he tenido alguna responsabilidad
desde que allá por la década de los 80
entrara entre los que están.
Y en todas estas andaduras, desde mi Atalaya,
he visto a una sociedad que evoluciona, que se organiza,
que camina, que llegará.*

Pero para ello, la labor de asociaciones como ésta es fundamental. Hombres de iniciativas, como lo fue el Condestable D. Miguel Lucas de Iranzo, o el propio Cronista Cazabán, son muy necesarios en Jaén y esta asociación los tiene. Y permitidme, que haciendo una merecida distinción la personifique en su presidente don Pedro Casañas Llagostera. Son ya creo, más de treinta años, desde que el Estado cedió el uso del Arco de San Lorenzo a la Asociación y desde entonces, con una periodicidad digna de admiración, que para otro habría sido agotadora, Pedro ha ido invitando:

*a unos y a otros
—a unos más que a otros,
que «otros» dirán—
a pasar por el Arco a hablar de Jaén. Jaén, es el motivo principal.*

Jaén, el amor a esta tierra de hombres altivos —«aceituneros altivos»— escribió Miguel Hernández, es la argamasa de esta asociación en la que hoy muy honradamente, José, Pepe García, y yo, nos integramos.

Entre 1461 y 1473 anduvo el Condestable en Jaén, eran años de tierra fronteriza y de lucha con los moros, cuando para la víspera de San

Antón, el Condestable, D. Miguel Lucas, según cuentan, enviaba cuatro hachas de vela que ardían ante el altar del santo toda la noche y el día siguiente completo. En torno a la fiesta de San Antón, la familia Casañas, y otros amigos, nació esta asociación. Su actividad se diversificó con la edición de una revista Senda de los Huertos –de la que también Pedro Casañas es su coordinador– que mantiene la misma línea editorial en torno a temas jiennenses o jaeneros.

Jaén «levántate brava», dice también el poema de Miguel Hernández, un grito hoy de rabiosa actualidad, de llamada a la sociedad civil a organizarse, a no ser tan **administración-dependiente** y a conseguir con las iniciativas de sus gentes salir de la postración a la que se ha visto ubicada, no ya sólo en tiempos recientes, sino desde el momento en que perdió su carácter estratégico, fronterizo, con la caída del Reino de Granada. No es ahora el momento de debatir las particularidades del carácter del jiennense, si sumiso por pacífico o insumiso por rebelde, pero hoy como ayer tenemos que decir bien alto que:

Los pueblos y sus gentes son dueños de su propio futuro.

Esta idea está muy bien recogida en un poema de Patrocinio de Biedma, esa poetisa nacida en Begijar en 1845, del que extraigo algunos versos:

*Esa explosión viril de tu entusiasmo
que hace de cada hazaña la epopeya
de un pueblo libre que al trabajo debe
prosperidad y honor, gloria y riqueza
Y sigue posteriormente:
Esa lealtad de hombre convencido
De su augusta misión sobre la tierra
Que, al inspirar respeto y confianza,
Ofrece ejemplos a la edad moderna*

Me viene a la memoria la calle de San Roque, donde fui a vivir con mi entonces reciente esposa, allá por el año 1979. Allí conocí a Pedro Casañas.

Permíteme Maribel que, además de agradecerte sinceramente la presentación que de nosotros has hecho, te adjudique el papel de Inés en la adaptación que para la ocasión he hecho de las dos primeras estrofas de la cena de Baltasar de Alcázar, que además de poeta, dramaturgo y capitán o jefe durante un tiempo de la tropa que guarnecía este castillo de Santa Catalina, fue también al parecer, pintor, músico y naturalista. Entiendo que esto último me acerca algo más al personaje y justifica en cierto modo mi licencia:

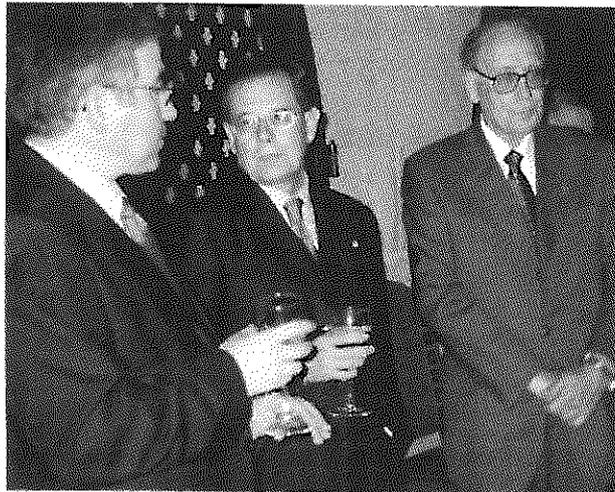
*En Jaén, donde resido,
vive Don Pedro Casañas
y diréte, Maribel, la cosa
más brava de él que has oído.*

*Tenía este caballero
Un almacén de bebidas
En la calle de San Roque
Pero... cenemos Maribel,
Si te parece primero.*



Plácemes y noragüenas fue recibiendo el nuevo miembro de honor por tan versada intervención. Por mi parte he de añadir, que si en algunas ocasiones observé, como antes dije, ciertos ruborcillos en los rostros de los presentados por María Isabel Sancho, a mi no fue cierto ruborcillo, sino un indiscreto pavo o sofoco el que apareció en mi rostro, cuando al final el cenacantano hacía alusión a mi persona.

En relación a lo que manifestaba que nuestra amistad viene de la calle de San Roque, donde el matrimonio Ruíz residía y, frente a ellos tenía yo el almacén a que ha hecho referencia, diré que en relación a su incorporación a nuestra Asociación, su vinculación a ella es antigua, dado que por los años ochenta ya nos dio dos conferencias, de grato recuerdo, en el Arco de San Lorenzo, además que durante algún tiempo, el nos preparaba el etiquetaje de direcciones para las invitaciones a conferencias y actos en el referido Arco.



En fin, esto ya es divagar y mi cometido es centrarme más en todo cuanto ocurre y se dice en la Cena. Quiero señalar, que si María Isabel Sancho ha hecho la presentación de los dos nuevos miembros de la Asociación, y Pedro Alejandro Ruíz ha contestado en nombre de los dos, queda por lo tanto sin decir nada el buen amigo Pepe García, que lo veo de acá para allá departiendo con unos y con otros. Mas no será así, porque por el ajuste de las intervenciones no pudo hacerlo, remito al curioso lecto de la Addenda de esta Crónica, donde encontrará excelente

Ignacio
Ahumada,
José García
García y Luis
Coronas

parlamento del nuevo miembro de número, de este buen amigo y vecino de nacimiento de la familia Casañas, ya que vio la primera luz en la hermosa casa de la calle Cañuelo de Jesús, a menos de cincuenta metros de nuestra casa de la calle del Pozo.

Unas pequeñas pero exquisitas croquetas ponían ya los últimos toques gastronómicos-sólidos a la primera parte de la Cena, porque en lo tocante a los líquidos, seguían dando de sí por las buenas migas que hacen con la conversación, pues si la mucha conversación reseca la garganta, un traguito de vez, la aclara y se habla mucho mejor.

Pasadas estaban las diez y media de la noche, cuando hubo que ir indicando a la concurrencia la conveniencia de irnos acercando a la gran mesa donde se serviría la Cena. Y muy discretamente se fue produciendo como una desbandada, pero no precisamente a la mesa, sino a lugares lejanos –el Parador es muy grande–, todos a buen paso a darle un buen alegrón a la sufrida vejiga. A los pocos minutos, una vez solventada la fisiológica necesidad y tras el inquieto curiosear alrededor de la mesa buscando el lugar que a cada cual ha correspondido, el acomodo es general como asimismo los comentarios naturales sobre la vecindad que cada cual ha tenido en la mesa.

Naturales observaciones, glosas o apostillas acerca de la jarrita de cerámica de recuerdo que cada cual tenía ante sí, o lectura más o menos detenida del contenido de la elegante minuta. En este introito estábamos, cuando a una señal convenida con el servicio, se fueron cubriendo los platos de respeto, con otros platos repletos de la calentita y apetitosa Sopa de Gallina Vieja que, excelente apaño y buen entone hace al cuerpo después del trasiego de cerveza y manzanilla. Algunos fueron a hundir la cuchara en el plato, cuando el sonido de la campanilla les detuvo, avisando al Capellán, José Casañas Llagostera, que era el momento de bendecir la mesa. Y lo hizo leyendo, ante un general y respetuoso silencio, esas preces *ad hoc*, compuestas hace tiempo para estas Cenas, que dicen así:

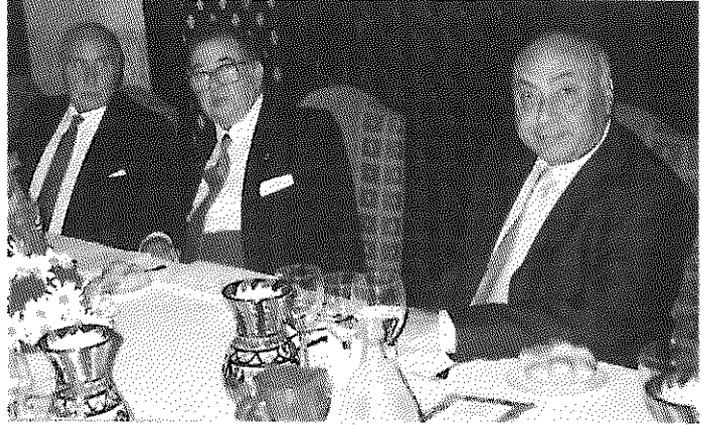
Señor San Antón Abad / los aquí cenantes, tus Amigos / alrededor de esta mesa reunidos / rogamos de tu amistad / que nos mantengas siempre unidos.

Que como nuevo rebaño / nos quieras apacentar / este año y otros años.

Y como broche final / pedimos en común consenso / bendigas este humilde pienso / que vamos a trasegar / regado con vino espeso.

Amén.

Y rápidamente a la sopa, porque esta debe estar *Pronta y bien caliente, para que mejor siente*. Mientras la vamos tomando y entre cuchara y cuchara recuerdo esas siete virtudes que tienen las sopas y que son como un conjunto de verdades que se desprenden de ellas: *La sopa, quita el hambre y la sed apaga, ayuda a dormir, no cuesta digerir, es barata, nunca enfada y pone la cara colorada*. Y no había que ser un gran observador para adivinar los buenos



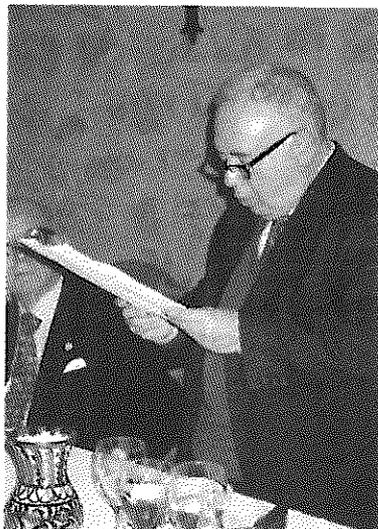
colores en algunas sillas, al menos así lo veo en mis tres vecinos de enfrente, Rufino Almansa, José García y Antonio M. Lombardo. También Julio Puga y Miguel Calvo que estaba a mi izquierda muestran buen color en sus caras. Aunque hay que tener en cuenta, que para algunos este colorete no le ha salido sólo por la sopa, ya que la manzanilla tomada anteriormente también tiene buenas cualidades colorantes.

Julio Puga,
Miguel Calvo
y Pedro Cruz

Como hablar y sorber, juntos no pueden ser, mientras se consumía la rica sopa, la conversación quedó prácticamente apagada, mas acabándose aquella, se avivó y en que manera. Discreto espacio de tiempo esperé para que el servicio fuese retirando los platos soperos y una vez concluida esta faena, el toque de campanilla llamó la atención para comunicar que el Cronista Oficial de Jaén, previamente avisado, iba a tomar la palabra.



Esto que te aprestas a leer
lo expuso, asaz diligente,
el Oficial Cronista jaenés
Oya Rodríguez, don Vicente.



VEINTICINCO CENAS DESPUÉS

AL paso invariable de nuestra alma, con los trabajos y los días, que llenan nuestras vidas de afanes, ilusiones, esperanzas, y también de frustraciones, los Amigos de San Antón hemos aprendido a contar los años por cenas compartidas, para alimento de nuestra existencia física y espiritual. Y ya vamos esta noche con la Cena Jocosa número 25, cada vez con más ingredientes agridulces, que nos proporcionan, al reavivar la memoria, el doloroso recuerdo por los que ya se fueron de esta a la otra orilla. Y así se hacen presentes, en esta noche, y entre nosotros, los nombres entrañables de Rafael, Alfonso, Manuel, Felipe, Juan Miguel, Pablo... O los que, muy mayores, o impedidos, ya no nos pueden acompañar físicamente. Junto a ello, ese tiempo que se escapa, como un puñado de humo batido por los vientos, con su cargamento de experiencias, que enriquece nuestro acervo cultural, individual o colectivo. Y llega la nueva savia para unirse a nosotros, aglutinados todos por el prioste, Pedro Casañas Llagostera, que mantiene viva la llama y la bandera de esta confraternidad profundamente jiennense.

Soy de aquella primera cena, como tantos otros, y, por mi condición de cronista, había pensado en hacer balance, a modo de crónica de estos veinticinco años transcurridos en Jaén y entre nosotros. Quizá la escriba con el tiempo, con algún que otro detalle interesante, aunque hoy, en este feliz cumpleaños, no renuncie y deje aquí algunas pinceladas para abrir alguna que otra reflexión.

Con nosotros en medio, protagonizando muchas actividades culturales, reflejadas en las ediciones de las Cenas Jocosas, en la Revista Senda de los Huertos, o a través de las tertulias y conferencias del Arco de

San Lorenzo, hemos asistido al relevo de los siglos. Se nos han muerto muchas cosas y nos han nacido otras muchas también.

Aquel año de nuestra primera Cena Jocosa se hizo realidad la Constitución Española de 1978 para que el pueblo fuera autor y actor de la transición y de la democracia. En Jaén tenemos Universidad con más de quince mil estudiantes que han cambiado la fisonomía de la ciudad. No pasa por aquí todavía el tantas veces prometido tren de Alta Velocidad, el AVE, porque, desde siempre, nos hemos conformado con la PAVA, tan popular y tan entrañable. Y esto es un símbolo expresivo que puede explicar muchas cosas. Aunque, con nuestros retrasos crónicos, estamos inmersos en todo ese desarrollo de los medios de comunicación social, en la red de la todopoderosa informática, y nos asomamos al mundo entero. Pero lo que ganamos en universalidad lo perdemos en identidad propia. Hace ya bastante tiempo Atahualpa Yupanqui decía que cuando el pastor tuvo en sus manos un transistor empezó a olvidarse de las canciones propias.

Aquí, entre nosotros, cada vez se hace más presente aquello que decía Bernardo López, que se puede estudiar Geografía e Historia por el suelo de las plazas y de las calles de Jaén. Debido a una caprichosa geopolítica, por algunos sitios con tantas construcciones y destrucciones, puede que la ciudad no sea conocida ni por la madre que la parió. Unas veces, gracias a los aciertos urbanísticos y otras por todo lo contrario. Ha subido la marea de la movida como un «Prestige» a la deriva con el correspondiente deterioro del patrimonio no sólo artístico, monumental y urbanístico, sino también el urbano, cívico, educativo, que lleva consigo una imparable sangría por donde se escapan las buenas maneras; se empobrece el vocabulario, para desconsuelo de Ignacio Ahumada; nos crecen los tipos humanos, o inhumanos, de todos los pelajes para una y muchas novelas de Juan Eslava y las noticias más contraproducentes para las recopilaciones periodísticas que hace nuestro contertulio Fernando Lorite, por entregas.

Pero yo creo siempre en la ciudad, porque, como dice Chueca Goitia, la ciudad es el archivo de la Historia y a ella, a la Historia, que es la vida, hay que volver por la fe y por el arte.

Veinticinco años, veinticinco cenas jocosas nos contemplan. Ya somos más mayores pero también nos hemos renovado con la ciudad en la que vivimos y que es como nuestra otra familia. Porque en ella ensayamos cada día nuestros pasos. A ella le contamos nuestros secretos, nuestras cuitas, nuestros temores, nuestras penas, nuestras alegrías, para buscar el descanso de nuestra descarga. En la ciudad salimos de nosotros a nuestras calles. Y esa ciudad nos sorprende cada día y nos da versos para el poemario de nuestra vida.

Por todo esto, y sin que tengamos para nosotros la exclusiva del amor a Jaén, en nuestra vigésima quinta cena jocosa, nos une la ciudad de nuestros amores como en un sacramento urbano, porque ella es nuestra amada y nosotros sus amantes.

Hay que agradecer a Dios estos veinticinco años de confraternidad y estas veinticinco cenas jocosas. Y hay que desear que, para seguir escribiendo esta crónica, el atento y cumplido Criado Portugués nos traiga su generoso y puntual recado siempre para la próxima reunión.

Y porque todo, con el tiempo, se hace memoria y camino, permítmeme, para terminar, que entresaque unos versos de un poema que escribí hace tiempo, con nuestra ciudad como fondo, y que creo oportunos para esta ocasión jubilosa que nos reúne esta noche, y en este lugar entrañable, en las vísperas de Santa Catalina:

*«Baja el manto negro de las sombras
y amortajado el sol en la oscuridad se pierde.
Agresivos vientos soplan la tenue superficie
del tiempo precipitado en la ladera;
bola de nieve incrementada del ayer
con los copos de todos los instantes
cual memoria final del viejo mundo.*

*Es al inmenso mar de la memoria viva
donde van nuestros ríos a parar, Manrique.
El camposanto grande de los tiempos idos
es la suma de todas las historias, y los ríos
no morirán en la memoria acumulada.*

*La vida es todo camino, Machado caminante,
y al andar cada cauce y cada ruta
nuestros pasos y el agua se entremezclan
con otros más o menos semejantes.*

*El manto negro de las sombras que baja
quiere arrastrar la memoria de los siglos
y la noche negra del alma de este mundo.
Y la luz vuelve a luchar cada mañana
descubriendo las nuevas sonrisas de los niños
y las antiguas tristezas de los hombres».*

•••••

Fue muy aplaudida tanto la prosa como el verso que Vicente Oya dijo en lectura serena y sosegada, que le es habitual, con observaciones

acertadas sobre retrasos crónicos de nuestra ciudad, las luces y las sombras en la gestión urbanística, deterioro general del patrimonio, etc. pero siempre con la fe en una ciudad que se renueva pese a la pérdida que se produce de sus señas de identidad.

En mi ir y venir en función fotográfica, escucho algunas conversaciones por sectores de la mesa. Así oigo a Juan Eslava, Miguel Calvo y María Isabel Sancho que hablan sobre mozas de mesón, tema al que me hubiera gustado pegar más el oído. También Juan Cuevas e Ignacio Ahumada charlan sobre ediciones de libros en nuestra ciudad. La conversación es animada y viva en todos los sectores, más el tiempo va pasando y dado que son bien pasadas las once, hago señas al camarero para que preparen el siguiente plato.

Y mientras lo van sirviendo, quiero explicar que consiste en unas espinacas rehogadas con picadillo de Jamón, junto a un picatoste. Esta planta hortense de la familia de las Quenopodiáceas, la solemos poner en varias Cenas, por ser nutritiva, que otorga dieciocho calorías por cada cien gramos, conteniendo vitaminas A, B y C, además de hierro, fósforo y cobalto, siendo aconsejable en consecuencia por el vigor que otorga al organismo. Por eso *Espinacas, cómelas mientras las haya*.

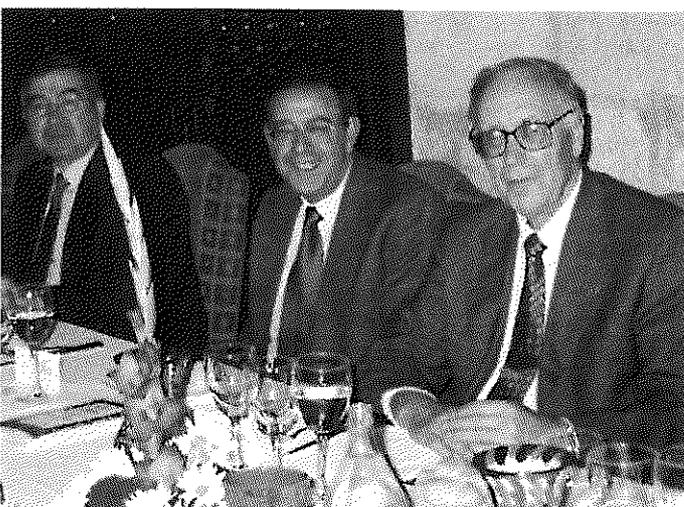
De las propiedades nutritivas de las espinacas, creo que la mayoría o la totalidad de los asistentes deben ser conscientes, pues se veía mucha fruición en los semblantes



Pedro Jiménez Cavallé, Ángel Viedma y Antonio Casañas



Pedro Alejandro Ruiz, Juan Higuera y Pilar Sicilia



Ignacio Ahumada, Manuel López Pérez y Luis Coronas

mientras iban dando cuenta de este exquisito rehogado. Los musicólogos Pedro Jiménez Cavallé y Pilar Sicilia de Miguel hablaban de lo suyo, el Orfeón «Santo Reino» o el Grupo de Danzas «Lola Torres», mientras Ángel Viedma, Antonio Casañas, Francisco Cano, Antonio Martos y Antonio Molina, que hacían extremo de la mesa, bajo cuerda y en forma casi imperceptible estaban pendientes de un partido de liga Madrid-Barcelona o Barcelona-Madrid, cuchicheando sobre la marcha del mismo, intercalando estos pormenores con la conversación habitual de las Cenas.

Viendo ya fenecido el segundo plato, siempre atentos a la señal, comenzaron los camareros a retirar este servicio. Indiqué a Miguel Calvo, que cerca de mi estaba, que iba a ser el próximo orador. Y así vi como se calaba las gafas de leer, no sin antes hacer unos buchitos de vino tinto que tanto le agrada. No quise hacer sonar la campanilla hasta ver que ponía en orden una serie de folios que entre manos tenía un tanto trastocados. Una vez en orden, sonó de nuevo la campanilla anunciando la intervención de Miguel Calvo.



Si saca punta al Diccionario
y a la Poesía le otorga brillo,
no preguntes por el operario:
don Miguel Calvo Morillo.



JAÉN SIETE ESTAMPAS CON FIGURA

I. LA CATEDRAL

Y el oro fue cegando mi mirada
al contemplar tu nítida hermosura
de piedra vertical, y tu locura
de ganar el paraíso iluminada

por los rayos del sol. Y aurificada
ser custodia gigante y alboladura
de un navío de recta singladura
surcando por la mar inmaculada

que nos conduce a Dios. Puente grandioso
donde se une la tierra con el cielo.
Oh, reliquia de un pueblo generoso

que pone en tu esplendor todo su anhelo,
pues ve en su Catedral, todo gozoso,
el palio divinal para «El Abuelo».



II. LA ALAMEDA

Paseo por la Alameda. Nuevamente
los recuerdos caminan a mi altura.
Quimeras de romántica hermosura
que acuden al concilio de mi mente.

El viento me saluda alegremente
con manojos de aromas. Se apresura
la mañana y despierta la frescura
del agua silenciosa de la fuente.

Acaricio el tronco del olmo solitario
a cuya sombra acude con presteza
el tañer de un lejano campanario.

Transmina Las Bernardas su nobleza
y la Puerta del Ángel es notario
que testimonia de Jaén tanta belleza.



III. EL CASTILLO

He roto la distancia, espiga yerta.
Vuelvo a Jaén. La mano del Castillo
me saluda y me erige en el caudillo
de mis sueños. El alma se despierta

al pisar el pasado y seliberta
en el recuerdo que perdió su brillo
y vuelve a refulgir en el anillo
del corazón que, por amor, acierta.

El cielo se encastilla en mi mirada
que de tanto fulgor se maravilla;
pues volver es vivir la hora soñada.

Alcanzar jubiloso la otra orilla
y contemplar la Cruz iluminada
doblando en tus adentros la rodilla.

IV. CASCO ANTIGUO

El Arco del Consuelo. Palomino,
Carmelo, despertaba la bohemia
en una sociedad triste y soberbia
donde el olivo rige su destino.

Cruzo por la calle Maestra ¡oh, desatino!
Se ha muerto la verdad y una blasfemia
desdibujada el ayer, pálida anemia
de lo que un día perdiera su camino.

El tiempo es tan cruel como la vida.
Los años son tiranos de sus dueños.
¿Dónde encontrar la juventud perdida?

Los días que se nos van. El noble empeño
de que no llegarás a una despedida.
¡Ay, Casco Antiguo! ¡Oh, mármol marfileño!



V. JABALCUZ

Han muerto a Jabalcuz. Lloro el ruiseñor
y entona un responsorio en su partida.
La tarde en la nostalgia se suicida
del modernista ambiente soñador.

«El Niño de la Espina» ¿Dí, Señor,
quién le arrancó la espina de su herida?
¿Quién truncó su presencia tan garrida?
¿Quién cegó de la fuente el surtidor?

Han muerto a Jabalcuz. Su gracia alada.
Las cañas de bambú, junto al Balneario:
huidiza mariposa asesinada

por el ladrillo cruel y mercenario.
Como el viejo Jaén -tierra truncada-
calle de la amargura hacia el Calvario.

VI. LA MAGDALENA

Se disfraza el ladrillo de topacio
disimulando su arcilla carcomida.
Las piedras acicalan la perdida
talla que fuera el alma de su espacio.

No pasaron los siglos tan despacio,
dejáronse en las huellas de su vida
la impronta de una orla suspendida
en las ruinas señoriales de un palacio.

La Magdalena. Santo y seña. Rosa
agarena de múltiple armonía,
por donde mana el agua silenciosa

y «El Lagarto» es leyenda sin falsía.
Igual que su fe, hoguera prodigiosa
que a los pies de Jesús, el alma arría.



VII. MONUMENTO A LAS BATALLAS

A mitad del camino, tu apostura
asombraba al viajero que, cansado,
a tus pies se sentaba entusiasmado
a tomar un respiro en su andadura.

Hito de aquel Jaén que se aventura
a escapar de la angustia del pasado
sobre un potro de acero desbocado
que le ofrece su impávida montura.

Mástil donde la tarde -golondrina
azulada- se inflama en reverbero
cuando se pierde el sol por la colina

pintando el horizonte de jilguero,
y en el Cerro de Santa Catalina
en la Cruz rutila el primer lucero.

LAUS DEO

Espléndidos los siete sonetos que son siete estampas con figura, siete señas de identidad y siete puntos substanciales de una ciudad recostada en el regazo del Cerro de Santa Catalina. Siete sonetos del «taller» de Miguel Calvo, de los que me he atrevido a sacar el extracto madre de los mismos:

La Catedral: Arboladura de un navío de recta singladura surcando la mar inmaculada.

El Castillo: El alma se despierta al pisar el pasado y se liberta en el recuerdo que perdió su brillo.

El Casco antiguo: Los años son tiranos de sus sueños. ¿Dónde encontrar la juventud perdida?

Jabalruz: La tarde en la nostalgia se suicida del modernista ambiente soñado.

La Magdalena: Rosa agarena de múltiple armonía por donde mana el agua silenciosa.

La Alameda: Quimeras de romántica hermosura, que acuden al concilio de mi mente.

Monumento a las Batallas: Hito de aquel Jaén que se aventura a escapar de la angustia del pasado.

Y es sencillamente, que como dice el verso que encabeza estas líneas, Miguel Calvo, a la poesía le otorga brillo.

La Cena continúa en su singladura de cordialidad y bienestar, las conversaciones que cojo al vuelo en mi deambular fotográfico hay de todo: María José Sánchez Lozano dialoga con Juan Antonio López Cordeiro sobre la tesis doctoral de ella sobre Torres, en el siglo XVI, haciendo alusión a la compra del pueblo por don Francisco de los Cobos, a la vez que José María Pardo y León Herrera hablan sobre el suelo urbanizable de nuestra ciudad.

Entre todo este recreo-parlante, el servicio se ha ido esmerando en preparar la entrada en escena del tercer plato, que consiste en un hermoso trozo de lomo de Bacalao, miembro de la familia de los teleosteos, admirablemente preparado a la baezana.



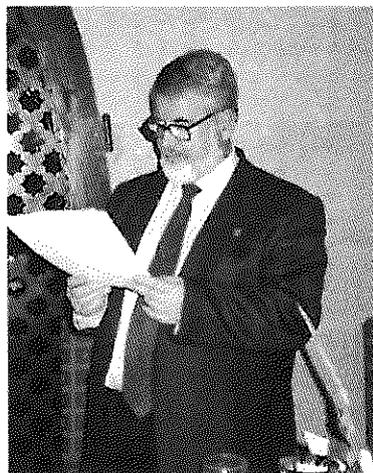
M^a José
Sánchez,
Fernando
Lorite y
José Casañas

Qué de alabanzas no hubiera hecho Don Quijote de este exquisito plato de bacalao, si lo comparamos acordándonos del que comió en la Venta, cuando decidido a correr aventuras, allí llegó para por su desdicha y gloria ser armado caballero. Las mozas de la posada le ofrecieron una cena, pero por desdicha suya, acertó aquel día a ser viernes y no había en toda la Venta más comida que unas raciones de un pescado que en Castilla llamaban Abadejo, en Andalucía Bacallao y en otras partes Curandillo y en otras Truchuelas. De todas formas aceptó el refrigerio «pusieronle la mesa a la puerta de la Venta, por el fresco y trajéronle al huésped una porción de mal remojado y peor cocido Bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas».

A buen hambre no hay pan duro, y esto debióle suceder a don Quijote en su aventura de la Venta, en contraste con nuestra aventura en el Parador de Turismo de Jaén, donde el excelente bacalao fue degustado a general satisfacción.

Muy pasadas habían sido las doce de la noche y menester era no salirnos mucho de los tiempos aproximados calculados, por lo que apenas el servicio fue retirado, hice señas a Ángel Viedma Guzmán indicándole que a él correspondía el turno de hablar. Tras el toque de campanilla de atención, el barbudo galeno de esta guisa se expresó:

Sobre remedios medicales
y como apreciado talismán,
ofreció repertorio de refranes
don Ángel Viedma Guzmán.



PARA SANAR MALES

Hace algunos años llegó a mis manos un libro titulado Refranes en Medicina, escrito por el Dr. Castillo de Lucas, profesor emérito de la Facultad de Medicina y miembro de la Real Academia de Medicina de Madrid. A lo largo de su vida el Dr. Castillo, que falleció en 1972, hizo varias publicaciones sobre refranes médicos que constituyen un verdadero tratado de Paremiología. Este tema llegó a interesarme hasta el punto de que hoy, con vuestra licencia, quiero hablaros sobre el refranero médico.

El refrán, como bien sabéis, es un dicho popular, como una sentencia breve, de verdad comprobada, normalmente simbólico y expuesto en forma concisa y poética.

Sin embargo, el refrán médico requiere de una continua valoración y revisión, impuesta por los progresos de la Medicina que demuestran que, a veces no todos eran verdaderos.

Los refranes médicos tienen su origen en la observación directa de la naturaleza, de la función de la fisiología humana y de la evaluación de la enfermedad. Otras veces provienen de reglas médicas oídas a antiguos médicos famosos, como los aforismos hipocráticos, las sentencias galénicas y los consejos arábigos de Maimónides o Averroes. Y también, en ocasiones, pueden haber sido recogidos de los libros sagrados o de diferentes obras clásicas, como es el caso del Libro del Buen Amor, de La Celestina o El Quijote.

En el siglo XV, el Marqués de Santillana con su obra Refranes que dicen las viejas tras el fuego..., puede considerarse el primer paremiólogo español.

En 1549, el sacerdote Pedro Valles escribe su libro de Refranes Compilado por el orden del A,B,C. Y unos años más tarde, en 1569, es Lorenzo Palmerino quien publica sus Refranes de Mesa, Salud y Buena Crianza. Y algo después, de 1578, datan los refranes compilados por Hernán Núñez, en su obra El Comendador.

Ya en el siglo XVII, Francisco de Espinosa, Gonzalo Correas con su Vocabulario de Refranes y, sobre todo, Juan Sorapan de Rieros, extremeño, nacido en 1572, que era hijo de un cirujano del Hospital de Guadalupe y él mismo fue también médico de dicho hospital y, posteriormente, de la Real Chancillería de Granada, donde imprimió en 1616 su Medicina Española, contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua, muy provechosos para todo género de estudios, para filósofos y médicos, para teólogos y juristas, para el buen requerimiento de la salud y más larga vida.

He realizado una selección de refranes médicos referidos preferentemente a Andalucía y de los siglos XV al XVII, que espero que sirvan para amenizar de algún modo esta Cena Jocosa.

EXISTEN MUCHOS REFRANES RELATIVOS A LA ALIMENTACIÓN. Sobre las aceitunas hay diversidad, unos a favor y otros no tanto. Uno dice **Aceituna, una, y si es buena, una docena**. Otro de Correas, del siglo XVII, dice **Aceitunas, una docena de docenas**. Y este de 1616 de Sorapan **Aceituna, una es oro; dos, plata; y la tercera, mata**.

SOBRE NUESTRO ACEITE, TAMBIÉN HAY REFRANES. Uno, **Aceite de oliva, todo mal quita**, y otro, de origen evangélico: **Aceite y vino, bálsamo divino**. En el Evangelio de San Lucas se cita este remedio, en la parábola del buen samaritano, cuando arrimándose al herido por unos ladrones «le vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino». Tras veinte siglos, la ciencia no deja de reconocer el valor del vino, por el alcohol y tanino que contiene, como antiséptico local, y el aceite como lenitivo y evitando la adherencia del apósito. Aunque en desuso hoy como tales, son la base de formas medicamentosas (emulsiones, tinturas y disoluciones).

REFRANES SOBRE EL AGUA Y EL PAN. Uno dice **Agua cocida, alarga la vida**. Otros cuatro recogidos por Correas rezan así: **Beber sudando agua fría, da catarro o pulmonía; Agua fría y pan caliente, nunca hicieron buen vientre; Con hambre, no hay mal pan; y Con hambre no hay pan bazo**, es decir, pan moreno.

REFRANES SOBRE EL VINO: **A cena de vino, desayuno de agua; o Bebe vino cada día, pero nunca en demasía; o este otro, sacado de las reflexiones de un bebedor empedernido Bébolo negro, y méolo blanco ¿Si será milagro? El Arcipreste de Hita recoge un último refrán: Do mucho vino es, luego es la luxuria y todo mal después**.

SOBRE LAS COMIDAS: **A bocado harón, buen trago del porrón, o A bocado harón, espolada de vino.** Ambos son recogidos por Palmerino. Se refiere a bocado que se atraganta. Harón, en árabe, significa caballo que se planta.

Íñigo López de Mendoza, en el siglo XV, recoge éste: **A caballo comedor, cabestro corto.** Se aconseja así tener prudencia en la comida, para que no haga daño.

Sorapan de Rieros nos ofrece otros dos: **De hambre, a nadie vi morir; de mucho comer, a cien mil;** y este otro **Después de comer, dormir; y de cenar, pasos mil.**

Otro dice **Más mató la cena, que sanó a Vicena,** refiriéndose a las apoplejías y muertes repentinas que causan las cenas copiosas.

Y este sacado de La Celestina, de Fernando de Rojas: **Un manjar solo continuo, presto pone hastío,** que se puede complementar con otro que dice **El Rey, harto de perdices, pidió un gazpacho.**

REFRANES SOBRE LAS CARNES: Uno de Palmerino: **Cabrito de un mes, recental de tres,** que indica el tiempo en que tienen más sabrosa y blanda la carne. Otro de Sorapan: **Capón de ocho meses, para mesa de reyes,** que describe las propiedades de los animales castrados y la carne del capón como la más tierna y gustosa en aquella época. Palmerino recoge este otro: **La perdiz es perdida, si caliente no es comida.** Y éste más conocido: **Desde la cabeza hasta el rabo, todo es rico en el marrano,** o como dicen los franceses **Dans le cochon, tout est bon.**

SOBRE LOS DIENTES, en El Quijote, se recogen estos dos refranes: **Boca sin muelas, es como molino sin piedras,** y **En mucho más se ha de estimar un diente que un diamante.** También hay otro de Gonzalo Correas, que se refiere a la muela del juicio, y que dice **La muela cordial, a las otras muelas hace mal.**

EL AIRE TAMPOCO SE ESCAPA DEL REFRANERO. Como ejemplo, estos dos: **Aire solano, fresco en invierno y caliente en verano,** y **Aire colado, a muchos ha matado.** Se refiere a las corrientes de aire frío.

SOBRE LA HIGIENE Y BUENAS COSTUMBRES, estos que dicen: **Donde entra el sol, no entra el médico;** y **Acostarse temprano y levantarse temprano, siempre sano.**

REFRANES SOBRE ENFERMEDADES. **A enfermedad ignorada, pocas medicinas y estudiarla,** extraído de una máxima de Galeno. **A grandes males, grandes remedios,** que es traducción de un aforismo de Hipócrates. Otros dicen: **Al quebrado, la mortaja al lado,** por el peligro de que estrangule la hernia; **Al tercer día, gran dolor en la herida,** que

es aforismo de la antigua cirugía cuando se infectaban por falta de asepsia todas las heridas, aún hoy se produce una reacción inflamatoria hacia ese día; y **Al comienzo la enfermedad, es más pronta de curar.**

Hay un refrán sobre orates, poco humano y caritativo, que dice: **Al loco, quitarle el palo; y si quiere arremeter, darle con él.**

REFRANES SOBRE ALGUNOS REMEDIOS CURATIVOS. Uno de Gonzalo Correas, que dice **Al que come beleño, no le falta sueño**, por su efecto hipnótico, similar al de la belladona. Otro, apunta **Bueno es el culantro, pero no tanto**. El culantro es un helecho que crece en las paredes de los pozos y las grietas de las rocas húmedas. El pueblo le asignaba multitud de propiedades: para normalizar el periodo, expectorante, antirreumático, tónico capilar, etc. El Dr. Andrés de Laguna, médico del siglo XVI, llegó a decir «No me espanta que en nuestra España tengamos tantas cosas de orates; pues comemos en todos los potajes y salsas ordinariamente el culantro verde». Hasta hace poco sólo se empleaba en medicina casera. Hoy no se usa prácticamente.

Y otros cuantos refranes más: **Contra el flato, Bicarbonato; o Cataplasmas y sinapismos, siempre lo mismo**, son remedios antiguos que no han dejado de utilizarse; **Contra los malos humores, buenos sudores**, Cervantes describe en su novela El casamiento engañoso, este ya anticuado tratamiento para la cura de los males sifilíticos; **De las virtudes del romero, puede escribirse un libro entero**. Antes se le asignaban innumerables propiedades, aunque hoy ha quedado reducida su aplicación a la esencia, por el grato olor que desprende, asociándole a fricciones y pulverizaciones; **El tiempo cura al enfermo, que no el unguento**, refrán recogido por Correas; **Lavativa, Tisana, un Candelito... y hasta mañana**. Satiriza a los médicos que con cuatro cosillas inofensivas, se dejan ir marginando la enfermedad del paciente, mientras la madre naturaleza le va sanando; **Lo que todo lo cura, no cura nada**, se puede aplicar a los específicos «curalotodo»; y un refrán del siglo XVI, que dice **El año siete, deja la España y vete**, que aludía a la epidemia de peste que castigó y diezmó la población española durante el año 1507.

TAMBIÉN ALUDE EL REFRANERO A CIRUJANOS Y SANGRADORES. Como muestra, estos cinco refranes:

- **Cobarde la mano, mal cirujano.**
- **Cura más la dieta, que la receta.**
- **Flebotomía, sacar de tu bolsa y echar en la mía.** Esta llegó a ser, en el siglo XVI, la definición de la sangría, dada la prodigalidad con que se ordenaba. Es un refrán recogido por Gonzalo Correas.

— **Hambre de tres días, vale por sangría.** Traduce una sentencia de Galeno, que dice «Fames trium dierum excusat a venae sectum».

— **Ser uno partidario del doctor Sangredo.** Este dicho alude a este personaje que figura en la novela *Gil Blas de Santillana*, como tipo de los muchos médicos que había en España, en el siglo XVII, aferrados a que la sangría era una especie de panacea o sanalotodo.

EL MÉDICO ES PERSONAJE CENTRAL, UNAS VECES SOLO Y OTRAS ACOMPAÑADO, DE ESTA DOCENA DE REFRANES:

— **Al médico, confesor y letrado, no le traigas engañado.**

— **Amigos son el médico y el cura, porque uno entierra lo que el otro no cura.**

— **Bachiller en Cabra, médico en Cádiz y abogado en Granada, nada.**

— **Bachiller en medicina, confunde el vino con la orina.** Este era un grado menor de licenciatura, ya desaparecido hace muchos años. Los bachilleres, en general, sabían poco y eran los festivamente llamados de tibi quouque, es decir aquellos que sin examinarlos los aprobaban con esa fórmula tibi quouque: y a ti también.

— **Dame al médico que sana y quédate con el que parla.** Está basado en una sentencia de Celso que dice *Aegrotos non Quaerit Medicum Eloquentem, sed sanatem.*

— **Dar una higa al médico.** Indica que el que goza de buena salud no necesita al médico. En *El Quijote*, en el capítulo 65 de la segunda parte, se lee «dar una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad». Higa ha de tomarse más bien por burla o desprecio, y no por el signo con la mano, ni por el amuleto contra el mal de ojo que ponían a los niños.

— **De médico que trasnocha y de cura que va al café, libera nos, domine.**

— **El médico y confesor, cuanto más viejos, mejor.** Por la prudencia y experiencia que acumulan.

— **Lo que el médico yerra, encúbrelo la tierra.**

— **Tiene tres caras el médico: de hombre, de ángel y de diablo.** El insigne Mateo Alemán explica este dicho en la siguiente forma: «De hombre cuando le vemos y no le habemos menester, de ángel cuando de él tenemos necesidad, y de diablo cuando se acaban a un tiempo la enfermedad y la bolsa, y él, en su interés, persevera en visitar».

— Un refrán compilado por Gonzalo Correas: **Así en el ojo del besugo, como el enfermo en el pulso.** En ellos se conoce su estado: de frescura en el besugo y de salud en el enfermo. Pulsitas se llamaban a los médicos especializados en tomar el pulso, como Solano de Luque, en el siglo XVIII.

— **A pulso de lienzo, médico de paño.** Dicen que llamado un médico a visitar a una damisela enferma, cuando fue a tomarle el pulso, ella le dijo «Espere», y le alargó la mano, pero cubierta con la sábana, y el médico dijo a su vez «Espere», y cogiendo la falda de su levita envolvió en ella su mano, y así aplicó los dedos a la muñeca de la paciente. «Pero ¿así?» preguntó ella con extrañeza. «Así y no de otro modo», contestó con sorna el galeno, porque «a pulso de lienzo, médico de paño». Por algo se dice que cada uno tiene el médico que se merece.

EL NIÑO, LA PUERICULTURA Y LA PEDIATRÍA SE PONEN DE MANIFIESTO EN ESTA SERIE DEL REFRANERO MÉDICO:

— **Al niño, el llorar le engorda.** Por calmarles las madres con la teta. Por eso dicen que «el que no llora no mama».

— **Ama gorda, poca leche.** Porque su mama suele ser más adiposa que glandular. Otro refrán da la pauta del tamaño: «Teta, la que en la mano quepa».

— **Cabeza chica, nunca es calva.** O sea, la cabeza de niño.

— **Cuando el niño dienta, la muerte le tienta.**

— **Cuando el niño endentece, presto hermanece.** Por ser frecuente en aquel tiempo un nuevo embarazo y, a los seis o siete meses, en que brotan los primeros dientes del niño, tiene la madre claros síntomas de la nueva preñez. Es un refrán recogido por Gonzalo Correas.

— **El niño cuanto más baboso, más hermoso.** Creencia popular de que la baba «no se debe meter por dentro».

— **Hasta que no hay colmillo, no hay niño.** Porque a partir de la erupción de los dientes caninos, el niño se alimentaba ya sin el pecho materno.

— **Hijo descalostrado, medio criado.** Se refiere al riesgo de morir que tenían los niños en los primeros días de vida, en que mamaban la primera leche o calostro.

— **Lo que se come el ama, por la teta le va al niño que mama.**

— **Nadie diga que tiene hijo varón, hasta que pase la viruela y sarampión.**

— **Niño vomitón, siempre gordinflón.** Porque toma la teta en superabundancia.

— **Al zote, le hace listo el azote.** Refrán de la antigua pedagogía, que concuerda con el de **La letra, con sangre entra.**

LA MUJER ES, TAMBIÉN, OBJETO DE NUMEROSOS REFRANES:

— **Doncellez y preñez, no puede ser a la vez.**

— **A la mujer primeriza, primero se le parece la preñez en el pecho que en la barriga.** Es muy cierto este antiguo refrán que recoge Correas. En los pechos se denuncia precozmente el embarazo por su tumefacción, dolorimiento, pigmentación arcolar, etc.

— **A la puta y al barbero, a la vejez los espejos.** Hay que tomar barbero por cirujano. Como este refrán, hay otros para varios oficios, diciendo que «nadie los quiere viejos».

— **Cabello luengo, poco seso.** Se refiere a la mujer este refrán tan poco galante, recogido también por Gonzalo Correas.

— **Cuando brota la higuera, encerrad las doncellas.** Refrán del siglo XV que alude a la influencia sexual de la primavera.

— **La que carnavalea, teresea.** Se refiere a las que se divierten con exceso durante los carnavales, algunas de cuyas consecuencias suelen verse a los nueve meses, o sea, hacia la época en que se celebra la fiesta de Santa Teresa, el 15 de octubre.

— **La que sanjuanea, marcea.** Lo mismo que el anterior, por lozanear demasiado en las fiestas de San Juan, dan patentes muestras de esas libertades nueve meses después, en marzo.

— **Moza, guárdate del mozo cuando le sale el bozo.** Bozo por bigote. Procede de Fernando Rojas, en *La Celestina*.

— **Que no sea vellosa, ni barbuda. A mujer bigotuda, de lejos se la saluda.** Define caracteres viriloides, de tipo suprarrenogenital. Está sacado del Arcipreste de Hita, en su Libro del Buen amor.

Y TERMINO CON UNA SERIE DE REFRANES, ALGUNOS DE ELLOS SATÍRICOS, SOBRE LO DIVINO Y LO HUMANO:

— **A Dios me encomiendo y al doctor Hidalgo de Agüero.** Era una frase muy usada entre los bravucones de Sevilla de los siglos XVI y XVII al empezar un desafío, aludiendo al célebre doctor Hidalgo de Agüero, muy hábil en curar cuchilladas y al que se encomendaban al mismo tiempo que a la Providencia.

— **De la muerte no se escapa, ni el Duque, ni el Rey, ni el Papa.**

— **De un cólico de espinacas, no se murió ningún Papa.**
Por ser comida de pobres.

— **Dios da la curación, y el médico se lleva el doblón.**

— **Dios te de salud y gozo, y casa con corral y pozo.** Refrán recogido por Correas. En el siglo XVI era ideal de la vivienda, como lo es hoy en cuanto significa lugar para los excrementos (el corral) y agua corriente (pozo), es decir, la higiene doméstica.

— Y acabo ya con un dicho popular que decía así: **Irse a ver la cara de Dios sin ayuda de médico ni boticario.** Con él se expresaba el fallecimiento por muerte violenta.

Muchas gracias por vuestra comprensión, y soportar estoicamente esta dilatada intervención mía, en esta celebración del XXV aniversario de nuestras Cenas Jocosas.



Y no fueron solamente máximas o sentencias relativas a remedios curativos, que fueron la mayoría como se ve, ya que los hubo aplicados a la mujer, la comida, el agua, el pan o la alimentación, no pudiendo

faltar algún proverbio aplicado a la salud de los niños, que por algo la especialidad del galeno es la pediatría.



José M^a
Pardo,
León Herrera
y Vicente Oya

los apellidos de los Amigos de San Antón o la grabación de la figura de don Lope de Sosa en los cubiertos de madera para la Cena de 1987.

Al hacer la fotografía de Ángel Viedma cuando iniciaba su intervención, creo que fue Antonio Martos el que me dijo que el partido de fútbol, que bajo cuerda venían siguiendo, había finalizado. Ignoro, el resultado del mismo. No era seguidor de ninguno de los equipos y bas-

tante tenía yo con la Cena. Como antes decía, sólo recojo retazos de conversaciones en mi ir y venir, en alguna de las cuales me gustaría intervenir, más este oficio obliga a estar en todo pero sin entregarse en nada.

Las manecillas del reloj iban ascendiendo buscando la una de la madrugada y era conveniente ir pensando en el postre, que antes de servirse, diré que en esta ocasión ha sido una gentileza de mi esposa, Encarna Vico Peinado, que tantas muestras de colaboración viene dando para con estas Cenas. Consistió en una ensalada de membrillo cocido en agua, azúcar y canela que, aunque no sea muy delicado el que yo lo diga, por haberlo preparado mi esposa, diré que estuvo riquísimo tal como vi, que varios comensales repitieron ración.

Los vinos que se degustaron en el devenir de la Cena, honradamente no se decir a que bodegas correspondían. Lo único que puedo decir de ellos, blanco y tinto es que fueron exquisitos y que fueron a gusto del Director del Parador, tal como quedamos en la entrevista del mediodía al principio relatada.

La hora avanzaba y una vez satisfechos con el gustoso postre, indiqué tras el toque de campanilla, que don Antonio Martínez Lombardo estaría en el uso de la palabra, y con su gran veteranía así se explicó:



Cuando se habla de recitar
con ansiedad siempre aguardo
la intervención excepcional
de Antonio Martínez Lombardo.



MIRANDO ATRÁS

Señoras y señores, Amigos de San Antón, buenas noches. Nuestro querido Prioste conocedor de algunas circunstancias adversas que me rodean y en su afán de querer ayudarme y ver en mí el Antonio que siempre conoció, me pidió que este año, al cumplirse las bodas de plata de nuestras Cenas Jocosas, hiciese un esfuerzo y escribiese algo con motivo de tal evento.

Como muchos de ustedes saben, siempre me he escudado en los ripios para poder expresarme con libertad, sin tener que someterme a rígidas normas métricas y gramaticales.

De siempre a mí me ha gustado
el escribir unos ripios
ante cualquier circunstancia
que haya vivido o pasado.

En el de esta noche, podrán apreciar que no tiene parecido con los que les he leído con ocasión de cenas pasadas. En aquéllos siempre había cierto humor y alguna chispa hilarante que les hacía sonreír un poco. Este he tenido que hacerlo solo. Uno de los duendecillos, de esos que Ortega Sagrista nos describía merodeando por castillos abandonados, por casonas y bosquecillos, fue siempre mi ayudante. En esta ocasión, aunque lo he llamado con insistencia, no ha acudido a mi solicitud. Con sus ideas y sapiencia, fue un magnífico colaborador para poder «fabricar» El Molinillo, El Ausente, El buscador de setas, etc. El de hoy, sin duda, dice así:

Mi Prioste:

*Trataré de complaceros,
si logro poder hacer
encargo que me pedisteis
hace aproximadamente un mes.
Mal momento el elegido*

*para pedirme que escriba
algo que haga ilusión
a esta XVV Cena
de Amigos de San Antón.
Vos conocéis y sabéis
que a mi esposa
la he tenido que ingresar
al no encontrar remedio
que ataje su enfermedad.
A pesar del sufrimiento
que me corroe y apena,
intentaré escribir algo
para ensalzar nuestra Cena.
En algunas anteriores
os leí ripios jocosos,
algunos un poco verdes,
el «Don Fidel de Gonzallo»,
otros un poco olorosos,
como aquel de «El desinflado».
Los recuerdos se me agolpan
y vuelvo la vista atrás,
añorando aquellas cenas,
lleno de felicidad.
Y recuerdo con gran pena
los Amigos que nos faltan,
no queriéndole nombrar
y de esta forma evitar
el amargaros la Cena.*

*Cena que no tiene par
es nuestra Cena Jocosa,
cena única, especial,
reflejadas en esas crónicas
en su tirada anual.
Cenas que de pocos años acá
se encuentran engalanadas
al nombrar varias señoras
amigas sanantonianas.
Cenas que se han celebrado
en castillos, caserías,
grandes casas blasonadas,
en diversas sociedades,
en distintos organismos,
en entidades bancarias.*

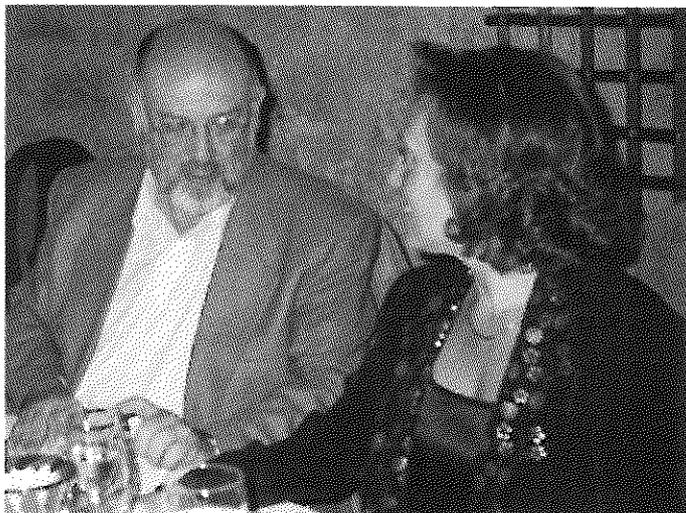
*Estos marcos han cercado
paisajes maravillosos;
pinturas muy especiales
son estudios aportados
por muy doctos comensales.
Trabajos que nos hablaron
de ilustres hijos jaeneros,
de historias y leyendas,
de cuítas y de amoríos,
de riñas y de pependencias,
de aventuras, tradiciones,
de los aires de Jaén,
de tesoros escondidos
en los cercanos Zumeles.
Trabajos que describieron
viajes de antepasados
y hazañas realizadas
en épocas aún recientes
y en épocas ya lejanas.*

*Sea este breve reseña
mi pobre contribución
a esta XXV Cena
de Amigos de San Antón.*

*Mi Prioste:
El tiempo se me termina,
ha muchos años radiaba,
poniendo fin a la crónica
que sobre fútbol trataba.
El tiempo no se termina,
sigue su marcha normal,
es uno el que va acabándose
sin poderlo remediar.
Vuestro encargo
lo doy por finalizado,
no pude hacerlo mejor,
aquel duendecillo amigo
esta vez no me ayudó.*

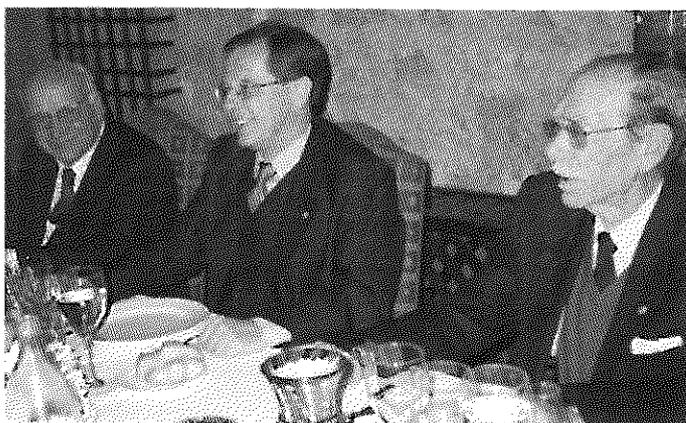
*Y sólo le pido a Dios
me conceda un año más
el compartir con ustedes
esta Cena sin igual.*

Sentida, querida y entrañable esta aportación del amigo Antonio a esta Cena del año 2002. Tal como se lo pedí, así lo ha hecho. Sabía por la buena amistad que nos une que «no estaba el horno para bollos», pero Antonio es de buena madera y de mejor temple y sobradamente sabe sobreponerse a esas vicisitudes negativas que a veces la vida otorga. Y sobre esa apostilla que al final hacía sobre que Dios le conceda una Cena más, Dios le concederá más Cenas. Así lo deseamos todos.



Juan Eslava y Mª Isabel Sancho

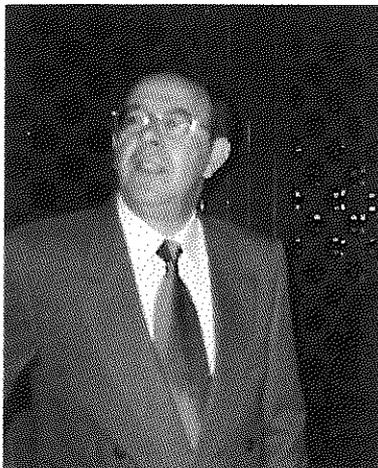
Prácticamente, lo que era la Cena en sí, había concluido, pero aún quedaba esa parte final más relajada que es la Sobremesa, donde ya sobre manteles, aparte de los adornos: candelabros, jarras o centro de flores, se van colocando distintas bandejas-fruteros portadoras de la deliciosa Dulcería del Parador, preparada exprofeso para esta Cena, como fin de fiesta, que se va prolongando agradablemente entre las más variadas y ocurrentes conversaciones. Todo sin pausa, bien regado con nuestro inigualable *Castillo de Jaén*, ese anís procedente de la destilación



Rufino Almansa, José García y Antonio Martínez

de la matalahúva recogida en Sierra de la Grana, a más de la Crema de Café, bebidas que tan artesanalmente se prepara en las Destilerías Santo Reino, de Ángel Tirado Ortega, continuador de aquella añorada marca que preparaba su padre, Esteban Tirado Carrillo, llamada *Anís La Magdalena*, en la modesta fábrica de la calle de los Uribe.

Pues así las cosas y en gozosa sobremesa, pasada que estaba la una y media de la madrugada, hice un intento de decir algunas palabras finales, cuando ¡oh sorpresa!, inesperadamente se levantó Manuel López Pérez, que no estaba prevista su intervención, diciendo: «Un momento, que quiero decir unas palabritas». Naturalmente y ante esta inopinada llamada, todos quedamos callados esperando con atención que cosa nos diría. Y así se expresó.



Cuando la Cena finalizaba y sin apoyarse en papeles, de esta guisa se explicaba don Manuel López Pérez.

LA VERA EFIGIE DE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN

No estaba previsto que interviniera yo esta noche. Pero como intento ser obediente y quienes me lo han pedido lo hacen invocando mi veterania en este anual encuentro fraterno-gastronómico, no era cosa de negarse y por eso voy a cerrar, un poco en nombre de todos, el turno de intervenciones.

La Cena de este año va marcada con una estampilla especialísima: la de su XXV edición, «Bodas de Plata» de un proyecto que surgió como ocasional y que inexplicablemente se ha consolidado, de forma tal, que tras dilatado caminar volvemos a encontrarnos aquí, como si el tiempo no hubiera pasado desde aquel 25 de noviembre de 1978 en que por vez primera, convocados e invitados por lo que entonces era una peña intimista de amigos que se agrupaban bajo la advocación del bendito anacoreta San Antón, nos reuníamos un grupo de personas, que siendo distintas e incluso distantes en nuestras actividades profesionales y particulares, estábamos unidos por el sutil hilo del amor a nuestra tierra. Desde aquella especialísima Cena que muchos tenemos viva aún en la memoria, han pasado muchos años. Los suficientes para que quienes tal noche presumíamos de jovenzuelos andemos ya marcados por las inevitables gabelas y alifafes –la ceniza de las canas, los «clareones» de las calvicies, la proliferación de anteojos y antiparras, la moderación ante los manjares...– que indican claramente que vamos de recogida en nuestro biográfico caminar... Veinticinco Cenas son más que suficientes para que los que aquella noche del 78 soñábamos, desde la entelequía de la utopía o la interior rebeldía con «comernos el mundo», andemos ahora con el ánimo más sosegado y con el escozor de alguna cicatriz anímica.

Veinticinco Cenas son número más que suficiente para que al mirar atrás se nos atropellen los recuerdos y nos desborden las vivencias. Quizás por eso, a los que andamos en esta empresa desde el principio, cada cena se nos acibara la copa postrera con unas gotillas de sana nostalgia.

Uno mira para atrás y advierte como el repetido rito fraternal de la Cena se va salpicando de vacíos. Y echa en falta el señorío con que Rafael Ortega Sagrista troceaba los panes orondos del «Molino del Vereón», de los que luego hacía cumplido elogio... Y advierte la ausencia, entre el murmullo de la conversación, de la risa franca y contagiosa de D. Manuel Caballero, que aquí en la Cena se conducía más que como docto y respetable señor canónigo, como un inquieto y travieso monaguillo... Y revive la fina y sutil ironía con que Alfonso Sancho ponía contrapunto a las intervenciones... Y añora la elegancia sentenciosa con que declamaba versos Felipe Molina..., la plática, siempre afable y cordial, del bueno de Juan Miguel..., los chascarrillos de D. Pablo Castillo..., los mítines enfervorizados de Juanito Castellanos... o la repetida adhesión –¡totalmente identificado!– del bondadoso Manolo Elías, a cuanto aquí se hacía o decía... Estas veinticinco Cenas han dejado tras de sí tantas vivencias, que uno no puede evitar cierto regomello cuando al pasar lista puntúa las ausencias de tantos amigos a los que la vida, con sus caprichos imprevisibles, fue alejando de nuestra mesa, aunque no de nuestro recuerdo.

Uno mira para atrás, desde la atalaya de esta Cena número XXV y advierte como aquella iniciativa fue semilla de una espléndida cosecha, en que los frutos culturales siempre anduvieron galanamente presentados en el cestillo cordial de la amistad.

En una de estas noches, Felipe Molina Verdejo hacía una lírica comparación de los «Amigos de San Antón» con una galana flotilla de aquellas que en la España de los Austrias se lanzaban a las aguas insondables de los Océanos buscando más aventuras que gloria. Ciertamente, aunque poética, era una feliz comparación. Porque en todos estos años los «Amigos de San Antón» han constituido una animosa flotilla cuyos rumbos siempre estuvieron dirigidos al mejor servicio de Jaén.

Navegar por los mares, con frecuencia embravecidos, de una sociedad tan cerrada como la nuestra, ha sido labor que ha necesitado firmeza y constancia en el manejo del timón. Por eso, quienes llevamos ya veinticinco años a bordo de esta nave, sabemos a ciencia cierta que si el proyecto ha sorteado escollos, capeado temporales y mantenido la fijeza del rumbo, ha sido gracias a Pedro Casañas, que con paciencia y habilidad infinitas ha timoneado la nave sin darse descanso, sin acusar la menor flaqueza.

Con buen criterio, algunos compañeros han querido que con ocasión de este veinticinco aniversario, a Pedro Casañas le llegue un recuerdo común. Y como nuestra asociación, en cierta manera, no desdeña los usos académicos, han urdido en secretísima conspiración no exenta de incidencias y tejemanejes, la confección de una «orla» que a la clásica usanza manifieste la «vera efigie» de todos los que le acompañamos en este ilusionado proyecto. De los que fueron y los que somos; de los que estuvieron y los que estamos.

En su pura materialidad no es ofrenda de mayor cuantía. Pero representa el común sentir de quienes año tras año, convocados por la eficiente diligencia del «Criado Portugués», nos sentamos a esta mesa tan deseada como añorada.

Puedes estar seguro, amigo Pedro, que en esta sencilla ofrenda va nuestro más profundo reconocimiento por tu impagable labor y el testimonio vivo y cierto de nuestra leal amistad.



¿Cómo expresar la cara de sorpresa a la vez que de emoción contenida que me quedó ante este chaparrón de cosas que sobre mí descargó el amigo Manolo, portavoz de esta comunidad que tanto quiero?

Como ya en alguna otra ocasión me ha sucedido, me quedé mudo, perplejo y sin saber que hacer, porque ese nudo que aprieta la garganta, el único escape que me otorga es un sentimiento emocional que me humedece los ojos en demasía y... soy un desastre.

Una vez más tranquilo de este sorpresa –tan venida de sopetón–, quiero decirlos a todos, mis Amigos de San Antón, gracias, muchas gracias por estas bondades que me dispensáis. Quiero repetir como ya lo he dicho en alguna otra ocasión, que estoy más que bien pagado y homenajeado, simplemente haciendo la labor que hago. Con esto nada más soy dichoso.

Este último párrafo es lo que hubiera dicho si la emoción no me traicionara. Como no lo pude hacer, deseo que al redactar esta Crónica quede constancia de ello.

Y volviendo al origen de esta atención tenida conmigo, ya al final me explicaba aquel trajín que traían María Isabel Sancho y Juan Cuevas, durante toda la primera parte de la Cena. Yo los veía al principio del salón, con un entrar y salir, sin adentrarse de lleno en el fondo del salón donde estaba la gran concurrencia de la noche.

Ya una vez pasado el «trago», me explicaron los dos el origen, desarrollo y desenlace de este afer, salido de la mente de Juan Castellano y llevado a la realidad, con general consenso, por estos dos buenos amigos y ayudados en una gran parte por Manuel Sáenz, esposo de Maribel Sancho.

La orla corrió de mano en mano, siendo de general agrado verse todos reflejados, bonito recuerdo, del que se harán las reproducciones convenientes con arreglo a la solicitud de los miembros de la Asociación.

Se acercaban las dos de la madrugada y era hora de levantar los manteles. Y siguiendo tradicional costumbre de hacer breve despedida, di el último toque de campanilla de la noche y puesto en pie dije estas palabras de adiós y hasta pronto.



Amigos de San Antón, amigos todos: Esta Cena número veinticinco, al igual que todas las que le antecedieron, tiene también su buen fin. Pero no quiero que finalice sin decir, sin expresar con toda sinceridad y de corazón, gracias, muchas gracias a todos por la integración y comunión que mantenemos con el jaenero espíritu y el fraternal afecto que nos une en estas tan esperadas y afectivas Cenas, hitos anuales que en su conjunto conforman ya una seña de identidad significativa en el devenir cultural de nuestro Jaén de este cuarto de siglo, a caballo en gran parte en los finales del siglo XX y los inicios del siglo XXI. Con vuestra presencia perseverante se hacen posible estos eventos únicos, que D.m. deberemos ir desgranando hasta que Él disponga.

Y no seríamos justos, si las últimas palabras que esta noche se dijeran, no fueran expresadas llenas de gratitud hacia el honorable caballero director de este Parador de Turismo D. Jesús Cárdenas, que con tanta diligencia y esmero, ha tenido a bien disponer tan agradable acomodo para la veinticinco edición de nuestra Cena Jocosa. Para él nuestro reconocimiento.

Y ya, fin de todos los fines: Amigos, que la paz, la concordia y los fraternales afectos que han sido el denominador común de la Cena Jocosa del año 2002, vuelvan de nuevo a ser protagonistas en la Cena Jocosa del año 2003.





Imagen de San Antón que se venera en la iglesia parroquial de
San Pedro de Torredonjimeno
(Foto cedida por José Ureña Castro)

Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa del año 2002



De lo que por falta de tiempo no pudieron decir
cuatro Amigos de San Antón en el transcurso de esta Cena:
José García García, Antonio Martos García,
Manuel López Pérez y Juan Antonio López Cordero

De un nuevo

JOSÉ GARCÍA GARCÍA

*Aunque hablar si quiso
don José García García
se quedó en el compromiso
porque tiempo ya no había.*



Como pienso que no está bien el llegar a un grupo tan preñado (en el sentido que le daba Gracián) de personalidades amantes todas ellas de nuestro Jaén, sin decir, a la verdad, quién soy entre ustedes, y como creo que no es tan difícil el hacerlo para un mal imitador de un imitador de Quevedo, lo que sí recojo de Torres más o menos, es aquello de ¡por vida mía, que se ha de saber quién soy!

Al leer las crónicas de las in par Cenas Jocosas de estos años pasados (pues pensé que era éste un deber mío inexcusable como neófito), además de encontrarme en ellas, entre otras cosas, fruición desacostumbrada, placer inusual, diversión sana e instructiva y, sobre todo, mucha y diversa ciencia, llegué a la conclusión de que mi situación sería, en la Confraternidad, la de un nuevo; pero esto no significa demasiado. Me puse a rebuscar y encontré nuestra acuñación de *cenacantano*. ¡Hombre!, me dije, si nos ponemos a analizar (vicio este muy de la profesión), más bien habría que decir *novel o primocenacantano*; porque, salvo algún que otro cenante que manifiesta su aversión, repulsa, o fobia a la letra, al final, todos cantan el himno a Jaén, de modo que todos son *cenacantanos*. Decidí seguir buscando.

En un extraño e inédito diccionario de sinónimos y neologismos abstrusos, encontré algunos como los que menciono a continuación.

Primocenante; que no me acabó de convencer porque lo de primo, la verdad, tiene unas connotaciones...

Cenaescribano; porque luego, al año siguiente, en las crónicas respectivas, aparecen las palabras que se han preparado para la mágica

noche. ¿Y no convendría más bien este apelativo para el cronista de turno...?

Parlacenano o *Cenaparlante*; aunque esto lo son y lo han sido cuantos han intervenido y, más aún, todos sin excepción, salvo mudez congénita o adquirirla.

Neoamigo o *amiconeo*. Tampoco esto dice casi nada...

Neosanantoniano; no me sonó mal, me parece tener connotaciones heterodoxas o pseudopoliticoideas y no...

Cambiando ligeramente de criterio y acordándome de la insignia que algunos de entre vuestras mercedes lucen habitualmente, me aparecieron como fugaces estelas léxicas, las de *lechoncillo*, *marranete*, *jabato* o *rayón*. Deseché las ocurrencias; primero, porque suenan a raro (¿a que sí?); segundo, porque alguna es un conocido mote de un honesto hostelero jaenés; tercero, porque las dos últimas suenan a pedante y pretenciosa fiereza montaraz... Reconozco que la principal razón de haberlas rechazado no fue ninguna de las dichas. La verdad es que conjeturé que si los nuevos nos llamáramos así, las veteranas y veteranos serían... ¡Ni pensarlos!

Neojococente y *neocenojococente* también aparecieron por el caletre... Estas me parecieron sacadas de antiguos programas del hípico.

Nuevo Súbdito de Baltasar en el Alcázar Jiennense, además de muy largo apelativo, no admitía un acrónimo que no sonara a alemán o cosa peor.

Sendahortelano tampoco me valía. Ya lo fui por nacimiento e infancia en aquellos lares y lo somos cuantos colaboran o hemos colaborado en nuestra veterana revista.

Novelcenantejocosino... ¡Pardiez!, que los ojos comenzaron a hacerme chiribitas y decidí no continuar por tales vericuetos. Así que menosprecié las palabrejas que comenzaban por *filo-*, *amante-*, *pro-*, *per-novo-* y otros prefijos, y jugaban con San Antón, Senda, Cena, Arco de S. Lorenzo, etc.

En fin, que, al llegar a esta línea, seguía sin saber cómo calificarme.

A pesar de este fárrago inicial, lo cierto es que suscribo cuanto de agradecimiento ha expresado mi compañero de iniciación, Pedro, tanto en lo que se refiere a la honra que nos hacéis, como en lo tocante a las vitolas que nos ha colocado nuestra (en todos los sentidos) encantadora madrina. Me refiero también, como ustedes han interpretado ya, a que,

al menos a mí, me ha encantado del todo, o sea, que me ha convertido en otra cosa, en otro *bicho*.

Intento explicarme. Cuando por todas partes, sobre todo en el deporte espectáculo, en la banca y demás actividades financieras, en las asesorías políticas, en la gran empresa..., se ficha por grandes cantidades a personajes de alto rendimiento, cartel y garantía de recuperación de lo invertido ante un posible traspaso, vuestras mercedes han hecho en mí una tan generosa inversión que dudo les salga rentable; así que me siento obligado a declararles, ya que otra cosa no parecen creerme, lo que, en pesetas reales (aunque, por el tiempo, habría que llamar francas), al menos durante cinco años, invirtieron en este su servidor que lo es, mis padres.

En el período que transcurrieron entre seis meses antes de mi nacimiento (3 de noviembre del 44) y unos días antes de cumplir los cinco años (23 de abril del 50), se gastaron en su primer crío, que era yo, exactamente la cantidad de 12.943,15 pesetas, que, en el día de hoy, se traduce en la suma de 77 euros y 79 céntimos, ¡nada menos! ¡No me digan que no han hecho un mal negocio...!

¿Qué cómo sé yo esto? Pues, verán vuestras mercedes; es que a mi padre se le ocurrió abrir un dietario de gastos de su primer hijo y lo llevó al céntimo (piensen que lo anotado el 22 de abril del 50, penúltima anotación, es de un perra gorda, «10 céntimos» escribe él, por la compra de gusanos de seda), desde que hicieron la primera compra, «Un metro de bayeta para mantillas, una mantilla confeccionada y un metro de muletón», que les costaron 36,25 pesetas, hasta la fecha mencionada anteriormente, cuando mi primer hermano, Rafael, tenía tres días y, en opinión de mi madre, llevar las cuentas de la parte proporcional de mis gastos, con otra criatura en la casa, ya suponía una tarea imposible.

De modo que, repito, ¿han hecho un buen fichaje? Sinceramente creo que no. ¿Qué se puede dar por una criatura que costó sacarla adelante durante cinco años, tan sólo 78 euros escasos? Ni siquiera se podría aplicar aquí ese dicho tan jaenés de ¡Qué cinco insignias de S. Antón se habrían podido criar con eso!



N/D. Después de recibir la *Carta de Hermandad*, se me han disipado las dudas iniciales y, gozosamente, sé que soy y espero seguir siendo. *Miembro de Número de la Insigne Confraternidad de los Amigos de San Antón*, esto es, un siempre vuestro Amigo de San Antón.

Muchas gracias.

La silla baja (II)

ANTONIO MARTOS GARCÍA

*Un año más en la Addenda
y con su habitual maestría,
escribe desde su trastienda
don Antonio Martos García.*



Amigos:

Hogaño, fruto de una feliz idea del Prioste, celebramos nuestro anual encuentro en donde hace veinticinco años tuvo su comienzo.

Mi emocionado recuerdo a todos cuantos no nos acompañan.

En mi anterior intervención y tomando como pretexto la silla baja, traté de que se reflejara, siquiera fuera de manera torpe, una forma de vivir –convivir– que para muchos de vosotros habrá resultado común y para otros, más jóvenes, totalmente desconocida.

Eran tiempos más humildes, pobres si se quiere, en los que el personal venía al mundo en su propia casa entre la alegría de familiares y vecinos, y se iba de él en su cama con el pesar de todos sus allegados.

En el primer caso, eran frecuentes las visitas de vecinas portadoras de un pequeño puchero de porcelana conteniendo un sabroso caldo de cocido que, a modo de reconstituyente, se hacía ingerir a la parturienta, cuando no lo eran de cocleante y vieja gallina que, una vez sacrificada, serviría para el mismo fin.

Cuando esto sucedía, la gente menuda andaba ojo avizor esperando la celebración del bautizo.

En día tan señalado, los padrinos y acompañantes, vistiendo sus mejores galas, llevaban al neófito a la cercana parroquia para que recibiera las aguas bautismales.

A prudente distancia, eran seguidos por infantil cortejo que be-
rreaba a modo poniendo en entredicho la hombría del padrino cantándo-

le aquello de «Ron, ron, ron, el compadre es...», lo que traía consigo que el vituperado apadrinador, sin aparentes señales de enfado, echara a voleo unas cuantas monedas de a «perra gorda» que tenía como inmediato resultado que el descompasado y descarado pelotón, olvidara por un momento tan escabrosa letra y se tiraran como posesos en busca de rebañar cuantas más monedas mejor, llegando a veces a las manos por aquello de «yo la he visto primero».

Recogidas las monedas y sin tener en cuenta para nada el antecedente rumboso del padrino, se seguía cantando la copleja en cuestión hasta que nuevas y volanderas «perras» volvían a ser arrojadas y así hasta llegar a la puerta de la iglesia, donde prudentemente se detenían y esperaban a la terminación de la ceremonia, finalizada la cual, se formaba de nuevo el cortejo, con el recién bautizado en brazos de la madrina, luciendo largo faldón llamado de cristianar y el cuerpo envuelto en aparatoso vendaje por aquello de las quebrancías.

Sin temor ni respeto alguno por la proximidad de recinto tan sagrado, volvían a repetir con ahínco lo del «ron, ron, ron» hasta que se encerraban en casa del nuevo cristiano en donde y según los medios de cada cual, se servía un refrigerio a los invitados, quedando en la puerta los componentes de tan desafinado como maledicente coro contando su botín.

En el segundo caso, se propagaba la triste nueva por medio de una mujer, ya mayor que, por módico estimpedio, anunciaba el fallecimiento casa por casa y dentro del barrio, del nombre del fallecido y hora del sepelio.

Los velatorios tenían lugar en los espaciosos portales y si hacía buen tiempo, en la puerta de la casa del finado.

Después de la temprana cena, se acercaban al domicilio del difunto, algunos portando sus propias sillas entre las que predominaban las bajas y acompañaban en el dolor a los familiares, no faltando piadosas vecinas que llevaban algún tipo de alimento para consuelo del estómago de los dolientes.

Al día siguiente, se efectuaba el entierro.

Bajo el son de las campanas, el ataúd era llevado a hombros familiares o vecinos que de vez en cuando se turnaban y al llegar a la parroquia, era depositado ante la puerta.

Allí, uno o dos curas, amén de sacristán y monaguillos, rezaban las preces, terminadas las cuales desaparecían en el interior del templo y entonces, los familiares puestos en fila, recibían el pésame de los asistentes mediante fuerte apretón de manos.

Había entierros en los que los sacerdotes se desplazaban al domicilio del fallecido y lo conducían hasta la iglesia rezando y en los que figuraban uno o varios gallardetes que correspondían a la cofradía o cofradías a las que el fenecido podría haber pertenecido, enseñas que lo acompañaban hasta el cementerio.

A esta ceremonia sólo iban hombres.

Las mujeres allegadas al difunto, quedaban en casa junto a las que habían ido a darles el pésame, rezando el rosario.

Con posterioridad, asistían a la misa que, aproximadamente al mes del óbito se celebraba.

Convocado el personal por el mismo medio que cuando se produjo el fallecimiento, los familiares femeninos recibían en dicha misa las condolencias de vecinas y amistades.

Las casas, era muy normal que fueran compartidas con unos abuelos que repartían el tiempo que les quedaba haciendo livianas faenas y volcando sobre los nietos toda la atención y el cariño que no pudieron dar a sus hijos cuando eran jóvenes, por que sus muchas tareas se lo impedían.

Abuelos respetados a los que los nietos llamaban anteponiendo al nombre «papa» o «mama» y a los que siempre se les pedía consejo y se mantenían informados de los más nimios detalles que pudieran ocurrir. Abuelos a los que los nietos trataban con camaradería pero a los que sus propios hijos anteponían el usted cuando se dirigían a ellos y que aún estando casados y como signo de respeto, que no de temor, dejaban de fumar en su presencia.

Sillas bajas en redor de las cuales giraba de una forma intensa el diario vivir de las familias y que estaban hechas, acorde con los tiempos, de una forma un tanto tosca por unos maestros silleros embutidos en recios delantales de reforzados petos sobre los que apoyaban los distintos componentes que conforman la silla baja para darles forma por medio de unas curvas y afiladas cuchillas rematadas en los extremos por sendos mangos de madera.

Después de darles unas someras pasadas con un cepillo de carpintero, se les confeccionaba el asiento de anea (también llamado «culo») y se ponía a la venta. Unas pintadas, más caras y otras, sin dicho requisito, más baratas.

Aquellos maestros silleros, almacenaban en el portal donde tenían instalada su industria, grandes haces de la larga anea rematadas por una especie de florón de compacta pelusa color marrón que tenía



Mujer
cosiendo
sentada en
una silla baja.
Al fondo
hornacina del
Cristo de las
Tres
Potencias, al
final de la
calle
Recogidas

siglo, según decían, un fuerte dolor de cabeza.

En la memoria de muchos, quedan impresas escenas de unas calles tranquilas, semidesiertas en las que, a la caída de las largas tardes de primavera o verano, la hacendosa moza sacaba a la puerta de la casa la silla baja y comenzaba a realizar labores de bordado o cosido del ajuar que se estaba preparando para cuando llegara el casamiento.

Balcones y ventanas llenos de tiestos conteniendo olorosas plantas, perfuman la tranquila calle en tanto que un inquieto y funambulista jilguero, desgrana sus trinos y unas veloces golondrinas, con inverosímiles escorzos, atraviesan la calle de forma rauda, una calle empedrada entre cuyas piedras, crece una rara hierba.

Con la perspectiva que da el tiempo, me atrevo a decir que los años cincuenta marcaron un antes y un después en el uso de la silla baja y por ende, en la forma de vida de muchos de los habitantes de nuestra ciudad.

Al principio de dicha década, desaparecieron las cartillas de racionamiento, por lo que dejaron de verse, de forma paulatina, aquellas emaciadas caras que tan corrientes eran antes.

En el promedio y mediante decreto, se cerraron los prostíbulos, dejando en harto desamparo a rabizas, alcahuetas y busconas, lo que dio lugar a que la prensa de la época, publicara con alborozados titulares que en nuestro país se había acabado la prostitución.

Se abrió en nuestra ciudad y a modo de avanzadilla, un establecimiento dedicado a la venta de ropa para hombre ya confeccionada, que poco tiempo después se vio abocado al cierre por falta de compradores. El personal seguía aferrado a sastres y camiseras.

toda la apariencia de un puro habano.

Como quieran que estaban al alcance de infantiles manos, los había que deshacían el susodicho florón, llenando las calles de volandera pelusa, en tanto que otros, más atrevidos, le arrimaban una cerilla al tiempo de propinarle largas chupadas como si de un verdadero puro se tratara, lo que traía con-

Y lo que es más importante. Finalizando dicho periodo de tiempo, se produjo el nombramiento de una nueva corporación municipal.

Los nuevos ediles, previendo la llegada masiva de vehículos a motor (en lo que no se equivocaron) iniciaron una «remodelación» a fondo de nuestra ciudad, considerada por muchos como pueblerina.

Se «remodelaron» paseos y plazas, se abrieron calles nuevas, se ensancharon otras y el asfalto fue vertido con amplia generosidad por calles y plazas antes empedradas o adoquinadas.

Todo ello, a mayor gloria, bien circular y mejor aparcar, de su majestad el coche.

Sin entrar a valorar la bondad o no de tales medidas, sólo diré que si bien los vehículos encontraron anchuras por las que transitar y sitios en los que poder dejarlos, no es menos cierto que los ciudadanos perdieron preciosos lugares de paseo y encuentros.

Y como una cosa trae la otra, junto con la mentada «remodelación» se abatieron casas y sobre sus solares, se construyeron anodinos edificios que nada decían en el entorno donde fueron ubicados, llegando la aberración por las alturas hasta el punto de que mientras la escalera del servicio de incendios alcanzaba a lo sumo a la quinta planta, quedaban otras cuatro o cinco huérfanas de tan necesario auxilio, lo que equivale a decir que la imprevisión de unos autorizándolo y la codicia de otros, dejaban indefensos en caso de siniestro, a buena parte de los moradores de tales edificios.

Justo es reconocer que la mayoría de las casas derribadas, no reunían las condiciones de higiene y habitabilidad que los tiempos demandaban, pero no es menos cierto que aprovechando aquel oleaje y de forma impune, fueron derribados edificios de indudable valor histórico-artístico que daban carácter a nuestra ciudad por su peculiar arquitectura y que pudieron ser salvados adaptándolos a las necesidades de su tiempo, como es público y notorio se ha hecho en otros países, de los que existen infinidad de ejemplos y en algunos casos, por desgracia muy pocos, también en nuestra ciudad.

Todavía pueden verse fotografías de aquellos entonces en las que aparece un guardia urbano tocado con cegador casco blanco avizorando la posible llegada de un vehículo a motor en un «remodelado» y desarbolado Paseo de la Estación para, a continuación, mover los brazos como compulsivas aspas dando al propio tiempo conminatorios pitidos usando un silbato que apretaba entre sus labios, a unos o dos viandantes que, pacientes, esperaban a que el renqueante vehículo los rebasara.

Todos aquellos derribos, ensanches y demás medidas, convirtieron a nuestra ciudad, al decir de los exégetas de la época, en una urbe moderna.

Acabaron con aquellas casas de puertas abiertas y amplios portales, refugio de infantiles juegos que, en los días de lluvia, les daban amparo y cobijo mientras escuchaban el chapalateo del agua sobre el empedrado de la calle.

Casas en la que cualquier vecina se encargaba de echar un vistazo sobre el guiso de otra que había ido al mercado, o vigilaba el tranquilo sueño del vástago, mientras que, la que había ido a la compra, le traía algún tipo de encargo.

Con su desaparición, se produjo una especie de éxodo de muchos vecinos que hubieron de cambiar de barrio en busca de otra vivienda por demolición de la que por tanto tiempo habitaron, lo que no dejaba de ser una especie de erradicación y pérdida de sus raíces.

Terminaron las nocturna y veraniegas veladas al tiempo que el personal menudo correteaba por calles y campillejos, por los que ahora transitan o aparcan coches que envenenan el aire y petardeantes motocicletas –execradas sean– que disparan sus ruidos contra los descuidados tímpanos de los vecinos de los otrora silentes barrios.

En los días que siguen a los de Semana Santa, el eludir de las ruedas sobre el asfalto, provoca fuerte dentera en la más desplobada de las bocas.

Aquellas casas de destartaladas habitaciones de altos techos y friolentas corrientes de aire, fueron sustituidas por otras divididas en pisos de cuatro o cinco mechinales donde apenas existe espacio para muebles y ocupantes.

Y entre el mobiliario de nuevo cuño, la atrabilaria figura de las paticojas sillas bajas, no encaja. Da una imagen pobretona y en consecuencia, han sido desechadas.

Sillas y abuelos, tan indisolublemente unidos, han desaparecido de las nuevas viviendas. Las primeras, además de las razones antes dichas, ya no sirven para dormir al nieto. El tac tac de su cojera puede resultar molesto para vecinos separados por livianos tabiques, aparte de que los tales nietos, en muchos casos y a muy tierna edad, son internados en guarderías infantiles, lejos de los cuidados de una atareada madre.

En cuanto a los abuelos, pasan en soledad los últimos días de su vida, cuando no internados en cualquier tipo de residencia, faltos del calor de su familia por la que tanto se afanaron.

Intuyo que, en los pocos terrados que aún quedan y en ignotos rincones, tal vez colgadas de retorcidos «garabatos», quedará alguna silla de las que conocí en mi niñez, esperando que alguien le arregle el hundido asiento, reponga algún palillo roto o repare la partida pata, ignorando, la pobre, que ya no se «llevan» y que hace mucho tiempo que desaparecieron aquellos maestros silleros que las creaban y que podrían poner remedio a sus actuales males.

Han pasado los años y los habitantes de las antiguas y destartadas viviendas, ahora viven encastillados en sus reducidos pisos sin apenas tener roce con el resto de los vecinos, a los que en muchos casos, ni conocen.

Los niños, para evitarles el peligro de los coches «que van como locos», ya no juegan en la calle. Permanecen fijos ante un televisor que les va moldeando sus ideas y dirigiendo todos sus afanes hacia un consumismo que derivará a mayor gloria y beneficio de aquellas marcas que más se anuncian y como es natural, a establecimientos conocidos como «grandes superficies», lo que sin duda ocasiona el rompimiento de propias iniciativas y la desaparición de cualquier tipo de ideal, teniendo como único refugio el manejo de un vídeo-juego que en muchos casos los enerva y llega a producirles comportamiento anómalos.

Eso cuando no pasan horas ante un ordenador, lo que ocasiona la falta de relación entre sus allegados y la total carencia de amistades.

No han vuelto las cartillas de racionamiento, pero proliferan las organizaciones caritativas encargadas de paliar las carencias de los más necesitados en tanto que en cuentas muy fiables, nos dicen que cada día aumenta el número de pobres, y que la distancia entre los que tienen dinero y los que no lo tienen, se hace cada vez más alargada.

Las meretrices que fueron arrojadas de los lupanares, ejercen el llamado «oficio más antiguo del mundo» ofreciéndose en plena calle o publicando anuncios en la prensa y andan organizando manifestaciones pidiendo ser consideradas «trabajadores del amor» y acogimiento por parte de los servicios sociales a efectos de jubilación o de retiro, no faltando quien propugne que vuelvan a ser recogidas en nuevos prostíbulos bajo estrictas medidas de higiene.

En cuanto a la primera tienda de ropa confeccionada que se vio obligada a cerrar por falta de clientes, se ha multiplicado hasta el infinito.

Hombres y mujeres visten ropas confeccionadas y hasta pagan dinero por prendas que los convierten en anuncios andantes.

Se acabaron las modistas que se desplazaban a las casas con unas cuantas revistas de patrones para que la clienta eligiera y diera su toque personal y distinto. Cerraron las sastrerías y desaparecieron camiseras y pantaloneras, todos usuarios de sillas bajas.

Y como no, también cerraron aquellos entrañables talleres de modistas a cuyas puertas nunca faltaron novios celosetes y algún que otro moscón que iba en busca de «pegar la hebra» (nunca mejor dicho) con alguna resulta modistilla.

Talleres en los que también se enseñaba corte y confección y hacía «mujeres de su casa» (al decir de las mayores) a mozas casaderas que acabarían confeccionando su propia ropa y la de sus hijos.

El parque automovilístico, desde que se hizo la primera «remodelación», ha crecido de forma monstruosa.

A pesar de ello, uno contempla con cierta perplejidad cómo otros municipales cierran calles y plazas a la circulación rodada declarándolas peatonales, ensanchan aceras (que sirven de aparcamiento a coches y motocicletas) y estrechan vías, cambian direcciones hasta ahora de obligado cumplimiento y «remodelan» (con mejor o peor fortuna, que ese es otro cantar) plazas que antes registraban un intenso trasiego circulatorio, con el único objeto de disuadir al usuario del coche de su utilización, habiendo conseguido hasta ahora, la formación de fenomenales atascos, el enfado de comerciantes que ven cómo sus clientes, tan apegados al coche, no pueden aparcar a la puerta de sus establecimientos y las quejas de los que reparten mercancías que no tienen donde dejar sus vehículos para efectuar su labor.

En cuanto a los encendidos apóstoles de la modernidad en materia de vivienda, antaño empuñadores de homicidas piquetas, que cifraban la felicidad de los incautos compradores en la adquisición de pisos cuanto más altos y pequeños mejor, ahora se desgañitan con la misma fe anunciando casas de baja altura construidas en lo que antes eran descampados y a las que denominan «unifamiliares».

Como diría el Inmortal Manco por boca de su Ingenioso Hidalgo: «Cosas veredes, Sancho».

De nuevo, y debido a mi incorregible verbosidad, me veo en la obligación de pedir os disculpas.

Y la paz.



El Parador

MANUEL LÓPEZ PÉREZ

*Quiso López Pérez, don Manuel
allegar oportuna colaboración,
de aquello que no llegó a leer
por su inesperada intervención.*



Dado que la «Cena Jocosa» o «Cena de Santa Catalina» que justifica y motiva esta anual crónica se inició entre los muros del Parador Nacional de Santa Catalina, bueno es que dejemos constancia escrita de los que estas piedras hoy plenamente integradas en la silueta de la ciudad significan.

En 1978, de acuerdo a la Ley 11 de julio sobre enajenación de Bienes del Estado, se promovió la venta en pública subasta del cerro y castillo de Santa Catalina, secularmente afectó al ramo de Guerra y que desde 1850 dejó de tener utilidad castrense. La subasta no tenía especial atractivo, por lo que hubo que esperar a su tercera convocatoria para adjudicar el predio a don Rafael Fernández Cano en la suma de 10.002 pts., pagaderas en diez anualidades. Corría el día 15 de septiembre de 1881 cuando tan históricas ruinas pasaban a manos privadas, con la salvedad de que el postor, como suele ocurrir en este tipo de adquisiciones, actuaba como testafarro de don José Sánchez Bernáldez, acaudalado empresario local, muy dado a inversiones y negocios de este tipo.

Como el negocio tenía escaso aliciente, en 30 de agosto de 1893 el cerro y el castillo se venden a don José Uribe Funau, abogado ejerciente en la capital desde 1864, asiduo partícipe en la vida pública local y conocido inversor en negocios de muy diversa especie.

Fallecido el Sr. Uribe y desligada la familia de Jaén, en 1910 su viuda doña Aurora Peláez Vera vende el castillo a D. Manuel Ruiz Córdo-

ba, un personaje legendario popularmente conocido por «Manolito Ruiz», cuya vida y andanzas darían materia para todo un libro.

Precisamente por ese aura legendaria que envolvió sus figura, se tejó la leyenda de que «Manolito Ruiz» se hizo con el Castillo en una sonada apuesta en que aceptó el reto de correr –y ganar– con una hermosa jaca, una singular carrera en que su contrincante sería aquel «tren del aceite» que hacía la ruta Linares-Jaén-Puente Genil.

«Manolito Ruiz», entre otras cosas, presumía de ser un auténtico «sportman», etiqueta que una y otra vez le colgaba la prensa local viniera o no a colación. Hombre extrovertido, jovial, abierto a todas las novedades, era un apasionado del deporte y de la vida al aire libre. De ahí su cualificación de «sportman». Y en gracia a ello tuvo el proyecto de recuperar el empaque arquitectónico de la ruinoso fortaleza para ponerla al servicio de una actividad que entonces comenzaba a despuntar en España: el turismo.

Corrían los días en que don Benigno de la Vega-Inclán y Flaquer, segundo Marqués de la Vega-Inclán, promovía con excelente visión de futuro la incorporación de nuestro país a las crecientes corrientes turísticas del momento y en Jaén algunos soñadores –D. Alfredo Cazabán, don Ramón Espantaleón, don Inocente Fe...– propician las primeras inquietudes locales al respecto. De ahí que «Manolito Ruiz» albergara el proyecto de situar en las dependencias del Castillo alguna instalación hostelera que diera vida a las silenciosas ruinas. Se esbozaron proyectos..., se hicieron obras de limpieza y adecuación..., pero nada llegó a cuajar, salvo alguna que otra gira campestre que dejó cumplida memoria en las crónicas de la vida social.

Fallecido «Manolito Ruiz» en 1947, tras delicadas gestiones, el 25 de enero de 1950 su viuda doña Josefa Codes Masoliver vendía la fortaleza, por 230.000 pts. al Excmo. Ayuntamiento de Jaén. Se daba así el primer paso para convertir en gozosa realidad la incorporación del Castillo a nuestros potenciales recursos turísticos.

Conseguida la repoblación del cerro con un espeso pinar, abierta una aceptable carretera de acceso y realizadas las primeras obras de consolidación y restauración, en 22 de julio de 1956 se firmaron unos acuerdos entre el Ayuntamiento y la Dirección General de Turismo a fin de abrir en el Castillo una Hostería de Turismo. La idea primera fue la de crear una «Hostería» o establecimiento de rango inferior al de los «Paradores», ya que se consideraba que la potencial demanda tendría límites discretos.

De acuerdo con tan soñadora iniciativa, en 2 de febrero de 1963 el Ayuntamiento iniciaba el trámite de cesión al Estado de la Fortaleza,

acto jurídico previo e indispensable para materializar tan ansiada iniciativa. El Estado, por Decreto 2628/63 aceptaba el ofrecimiento se formalizaba por escritura otorgada en 16 de abril de 1964, aceptada por acta el 29 de mayo.

El proyecto inicial era actuar sobre 9.187 metros cuadrados, con una inversión de diez millones de pesetas.

El proyecto se encargó al arquitecto don José Luis Picardo Castelló quien propuso como espacio más adecuado, dada su extensión y características, toda la zona central de la fortaleza, en la que se levantaban las ruinas de los cuarteles edificados durante la invasión francesa. Con objeto de minimizar el impacto visual e integrar al máximo la Hostería en el conjunto de lo que fueron los Reales Alcázares, se diseñó una edificación baja, de rasgos historicistas, cuyas líneas generales responderían al siguiente proyecto:

«...En la planta baja habrá un gran espacio destinado a aparcamiento de vehículos con sombra. Junto al zaguán de la entrada principal se hallará la conserjería y los aseos. Piezas fundamentales de esta planta serán el comedor y el amplio salón anejo al mismo. El comedor, que ocupará una superficie de 280 metros cuadrados, servirá para el uso de turistas y viajeros y al mismo tiempo para bodas, banquetes, fiestas, etc. y tendrá forma alargada -35 x 8 metros- para permitir su fragmentación o división cuando se juzgue oportuno; dispondrá de dos hermosas terrazas, una de ellas cubierta, siendo capaz dicho comedor para acoger a 200 personas. El salón -220 metros cuadrados- servirá de estancia a los visitantes de la Hostería antes y después de las comidas; tendrá acceso directo al comedor y las terrazas. En la misma planta estarán enclavadas la cocina con todos sus elementos propios, tres cámaras frigoríficas, el economato, comedor de servicio, almacén, cuarto de lavado y planchado de ropa y otras dependencias accesorias. En esta planta baja habrá también cuatro dormitorios para chóferes, con sus respectivos baños y servicios. Y finalmente un garaje y taller completarán las instalaciones de la planta.

En la alta irán las habitaciones destinadas a quienes han de pernoctar en las Hostería. Serán siete dormitorios de dos camas y otros siete de una sola; todas con cuarto de baño.

En esta planta habitará el personal femenino de servicio y estarán emplazadas las oficinas de Administración y la vivienda del administrador de la Hostería.

En el sótano radicarán las calderas de calefacción y agua caliente, el almacén general, la bodega, carbonera y leñera.

Grandes azoteas cubrirán la planta de cubiertas, sirviendo de recreo a los visitantes que desde ellas podrán admirar la magnífica panorámica que ofrece desde esta altitud la capital del Santo Reino...».

El proyecto, para la época, era ambicioso. Su realización exigió grandes esfuerzos, pues hubo que emplear más de 15.000 barrenos para remover casi 7.000 metros cúbicos de piedra.

Quizás su más señalada carencia fue la de no hacer un estudio arqueológico previo, cercenando para el futuro un mejor conocimiento de la fortaleza.

Las obras se realizaron con cierta celeridad y en 9 de septiembre de 1965 se abrían las instalaciones, con la novedad de que al final se optó por su calificación como Parador Nacional, en lugar de Hostería, como en principio se había pensado.

La aceptación de las instalaciones fue inmediata y general, tanto de propios como extraños, convirtiéndose el Parador en un referente esencial de la vida social de la ciudad, por lo que en febrero de 1967 hubo de abrir una acogedora cafetería de acceso público e independiente, que multiplicó el número de visitantes.

Lo excepcional del emplazamiento y la calidad del servicio, pronto le dieron inusitado prestigio, que se acrecentó cuando el ex-presidente francés Charles de Gaulle lo escogió para pasar unos días de descanso, entre el 9 y el 13 de junio de 1970, desdeñando otros lugares como Córdoba o Granada, a donde hizo breves «escapadas» desde aquí.

Dado que su capacidad era muy reducida –14 habitaciones dobles y una sencilla, con un total de 29 plazas– en noviembre de 1972 se decidió su ampliación hasta conseguir 125 plazas –59 habitaciones dobles y 7 sencillas– además de algunas mejoras en las instalaciones.

La ampliación para la que se presupuestaron 105 millones de pesetas fue aprobada en Consejo de Ministros en febrero de 1975, complementándose en octubre de 1977 con la subasta de las obras de una gran piscina. El arquitecto encargado fue también don José Luis Picardo.

Esta ampliación fue menos respetuosa con la fortaleza, pues ocupó los terrenos en que se alzaban los vestigios del denominado «Castillo Viejo», destruyendo los vestigios de la fortificación musulmana, entre ellos una interesante puerta que se mantenía casi intacta.

Al ascender hasta 165 millones de pesetas el importe de las actuaciones, muy superior a lo proyectado, las obras se dilataron en demasía. El Parador volvió a reabrir en 18 de octubre de 1978, consiguiéndose

una capacidad de seis habitaciones sencillas, treinta y siete dobles y un total de ochenta plazas. Como curiosidad anotaremos que el primer cliente de esta etapa fue el señor Lee Bernard, que procedía de Ohio (EE.UU.).

Con la reforma, el prestigio a nivel internacional fue en aumento. De forma tal que en 1979 la revista norteamericana *Harpers* lo incluía entre las trescientas instalaciones hoteleras mejores del mundo, subrayando en su recomendación esta elocuente nota: «...Parador Nacional de Santa Catalina, Jaén: Cuarenta y cinco empleados para cuarenta y dos habitaciones. Servicio bueno y amistoso, comida superabundante y de gran calidad...».

Con tan significativas recomendaciones, su atractivo se acrecentó obligando a un nuevo cierre temporal, para realizar obras de ampliación y renovación en que se invirtieron 173 millones de pesetas, consiguiéndose 41 habitaciones. La nueva etapa se inició en 15 de octubre de 1988.

Su prestigio y atractivo se mantiene y acrecienta día a día. Pese a que se critica su escenografía historicista, a que se le reponsabiliza del irreversible destrozo del conjunto histórico-artístico de los Reales Alcázares, a que se dijo que por sus corredores transitaba un inquietante fantasma o a que la moda detestable de «la botellona» ha venido a turbar su vitola de paz y silencio.

De todas formas, a nosotros como giennenses lo que nos importa es que el Parador sigue dando vida y atractivo a lo que sólo eran ruinas. Y que en sus hospitalarios salones ya nos hemos sentado en dos memorables ocasiones: 1978 y 2002. No estaría de más que volviéramos a hacerlo algún año venidero.



Algunos ritos tradicionales

JUAN A. LÓPEZ CORDERO

Siempre dispuesto a colaborar don Juan Antonio López Cordero, este trabajo ha venido a aportar aunque sea para lugar postrero.



Desde sus orígenes, la vida del hombre ha estado marcada por los ritos. Muchas de sus actuaciones han ido acompañadas de un lenguaje ritual que alcanza su pleno significado en un contexto histórico determinado, pues forma parte de su cultura. Los ritos constituyen un conjunto de signos organizados por las estructuras profundas de la mente humana que afloran en sus manifestaciones conscientes, costumbres y expresiones. Parte de este lenguaje recibiría hoy día la denominación de protocolo, que al fin y al cabo no es más que la expresión de un comportamiento social con sus reglas pertinentes.

Son numerosos los ritos tradicionales del hombre giennense. En estas líneas sólo vamos a tratar tres de ellos, de los que algunos aspectos siguen vigentes hoy en día, referentes al respeto a una autoridad superior, al amojonamiento en deslindes de términos y al testamento.

RITOS DE RESPETO

«Quitarse la gorra» es un signo de respeto, un ritual tradicional que ha llegado hasta nuestros días. Había que descubrirse al entrar a un lugar sagrado o ante cualquier persona de categoría superior dentro de la escala estamental de la sociedad tradicional. El no hacerlo era una grave irreverencia que podía ser duramente castigada, como le ocurrió al alguacil mayor de Pegalajar Cebrián López Serrano, que no quiso descubrirse ante el corregidor de Jaén. Era el año 1559, Pegalajar acababa de alcanzar su independencia jurídica de la ciudad de Jaén, gracias a una cuantiosa suma que hubo de entregar a la Corona.

El pueblo de Pegalajar, tras su independencia, se reunió en la Iglesia a llamada de campana, que estaba situada en la parte más alta de la población, dentro del recinto del Castillo, y nombró sus primeros oficiales del recién estrenado concejo, recayendo el cargo de alguacil mayor en Cebrián López Serrano. La actuación de los nuevos oficiales se vio obstaculizada por los intereses que determinados miembros de la ciudad de Jaén y algunos vecinos del lugar tenían en los bienes de propios municipales y en que continuara la centralización de la administración del lugar en la ciudad de Jaén. Para lograr el propósito de volver atrás el proceso de independencia jurídica iniciado, el Corregidor de Jaén quitó las varas y oficios de regimientos a las personas que los vecinos de la villa habían elegido conforme al privilegio real, y ordenó formar un nuevo regimiento opuesto a la independencia. Antes de hacer la nueva elección, el Corregidor prendió a los antiguos alcaldes y alguacil mayor y los envió presos a Granada. Cebrián López Serrano, destituido alguacil mayor de la población, que también había sido enviado preso, fue puesto en libertad al poco tiempo y, cuando regresó, volvió a tomar la vara de alguacil, enfrentándose a los nuevos oficiales, y por segunda vez fue apresado. Vino otra vez el Corregidor de Jaén y le mandó tomar juramento, a lo que se negó, así como a *quitarse la gorra*, diciéndole que él no era su juez. El Corregidor de Jaén entró en cólera y ordenó que fuese introducido en el cepo.

Otro rito de respeto era el que realizaban los súbditos ante la presentación de las cédulas reales. Así, en el mismo expediente anterior se recoge cómo, ante la presentación de una cédula real, los vecinos realizan este rito aunque en realidad no obedezcan la cédula. Tal ocurrió cuando Luis García de Bailén, prohombre de la independencia jurídica de Pegalajar, presentó dicha cédula real a los nuevos alcaldes favorables al corregidor de Jaén en la que se ratificaba la independencia, los cuales la pusieron sobre sus cabezas, en signo de sumisión ante su rey. Sin embargo, fue interpretada de forma muy diferente, diciendo que «la obediencia, según que la tienen obedecida».

EL AMOJONAMIENTO

El amojonamiento, como acto de posesión de un territorio, tenía también su ritual, físicamente expresado en un amontonamiento de piedras o en alguna señal natural y perdurable de especial relieve en el paisaje. Una de las primeras referencias escritas en las que se expresa el procedimiento amojonador entre términos es la Crónica del *Condestable Miguel Lucas de Iranzo*, referente al año 1470. Los términos a deslindar

eran entre las ciudades de Jaén y Andújar, y en los lugares de Cazalilla, Villanueva y La Figuera (Lahiguera), pues había disputa sobre los términos. El Condestable reunió a las personas mayores que sobre el tema sabían, caballeros, escuderos y labradores, tanto de un lugar como de otro para establecer el amojonamiento.

El ritual del mismo encierra toda una compleja lectura de la mentalidad de la época. En el primer mojón, que era un pozo «en medio del arroyo del Salado», el Condestable a caballo echó una lanza, en un símbolo de fuerza que emanaba de su autoridad de juez en este acto, por algo era también alcalde mayor de la ciudad de Jaén; luego mandó a un mozo que se lanzase vestido al pozo y se sumergiese en el agua, el cual fue sacado posteriormente del mismo en un acto de purificación y renacimiento que emana del agua del pozo, simbolismo que le había dado la autoridad del Condestable. Ello fue principio para que el resto de los mozos se lanzasen agua unos a otros, incorporando así el elemento del juego y la fiesta al acto.

El acto festivo del amojonamiento continuó en otros mojones, como el situado entre los donadíos de Santa María (Jaén) y la Orden de San Juan de Acre (Andújar). Allí los muchachos que acompañaban la comitiva jugaron con camaradería al juego «do las yeguas en el prado» para a continuación pasar a una batalla campal a puñetazos, hasta que la intervención del Condestable pone paz; acto también simbólico centrado en la figura del Condestable como juez y pacificador entre las rivalidades de ambas ciudades. En otro lugar, situado en la cumbre de un cerro junto a un camino que iba de Mengíbar a La Figuera de Andújar, como allí no había piedras, se hizo un mojón grande de tierra. En este lugar los muchachos mataron un carnero a cañaverazos y le cortaron la cabeza, que fue enterrada en el mojón. Cumple así el simbolismo del sacrificio y la comida de hermandad entre ambas ciudades, que culmina posteriormente en otro mojón donde se corre un toro que es matado a lanzadas y repartida su carne entre las personas pobres de los lugares cercanos de Cazalilla y Villanueva.

En el siglo XVI, el amojonamiento continúa con su tradicional sentido de posesión. Ejemplo de ello fue en 1559, cuando en el deslinde de la villa de Pegalajar con Cambil, la comitiva formada por el juez Álvaro de Paz y representantes de los concejos de ambas villas llegaron al mojón del Mercadillo de la Peña de la Contratación, «que está hecho de cal y canto». Pedro de Viedma, regidor de Pegalajar, en señal de posesión puso una cruz sobre él. Con la cruz se ratificaba lo sagrado del acto, a la vez que la cruz ejercía, desde la altura en que estaba situado el mojón, de talismán frente al mal y elemento purificador de los campos. Junto a la

cruz, la señal de posesión del mojón tenía un rito tan sencillo como sentarse en él. Así lo hizo también Pedro de Viedma cuando, en el mismo amojonamiento, llegaron a un humilladero de piedra, que estaba situado junto al antiguo camino que de Jaén llevaba a Cambil, en la parte más alta del actual puerto del Carretón, llamado del Prior Juan Cano, «en el qual dicho umylladero dijeron ser el mysmo mojón», sobre el que se subió en señal de posesión.

EL TESTAMENTO

El testamento conllevaba el encabezamiento propio de todo documento público que le daba carácter sagrado, la «*invocatio*», tan importante en la sociedad de la época. Solía comenzar con las palabras: «En el nombre de Dios nuestro señor y de la bienaventurada Virgen Santa María, su bendita madre»; y se acompañaba de los santos por los que sentía mayor devoción el testamentario. Le seguía la «*intitulatio*» en la que figura el nombre y condición de la persona de quien emanaba el testamento, donde solía incluirse palabras que reafirmaban la fe del testador: «creiendo como firme y verdaderamente creo en el misterio de la santísima trinidad que es dios padre hijo y espíritu santo tres personas y un solo dios verdadero y en todo aquello que tiene y ace y confiesa la santa madre yglesia de rroma devaxo de la qual fee y creencia me huelgo de haver vivido y protesto de vivir y morir y deseando poner mi anima en verdadera carrera de salvación...», que constituían el preámbulo o «*exorcio*» del mismo, seguidas de la «*expositio*» o exposición de motivos. Continuaba con las «*mandas*», o «*dispositio*» del testamento, tras ofrecer y encomendar el alma a Dios y destacar el lugar de enterramiento, misas, limosnas y demás ceremonial por la muerte. Las «*mandas*» constituían el cuerpo del testamento, que terminaba fechándose y firmándose.

En una sociedad sacralizada, como era la tradicional, en diferentes párrafos del testamento se intercalaban una serie de frases que manifestaban la fe del testador y ponían de relieve la fugacidad de la vida. El testamento refleja un rito, que convierte la lectura de unos bienes materiales de un acto notarial público, en una lección evangélica que trata de comunicar el pensamiento medieval agustiniano, la superioridad de la ciudad de Dios sobre la ciudad terrenal, y destacar la fugacidad de lo mundano. Tal pensamiento se manifestaba en casi todos los actos de esta sociedad sacralizada, una cultura que en muchos aspectos ha llegado hasta nosotros, pues aún es frecuente que en determinadas ocasiones se exija el juramento, acto habitual en las tomas de posesión de cargos públicos o en los juicios.

En los juicios del pasado, los testigos daban su nombre y vecindad y manifestaban ser conocedores de determinadas personas y hechos. También decían su edad, cuando la sabían, pero lo habitual era decir una edad aproximada, pues en esta sociedad no tenía tanta importancia saber la edad exacta, el concepto de tiempo era distinto al actual, basado en el santoral y en los ciclos agrarios que marcaban las estaciones. El ritual del juramento establecía jurar «por Dios y Santa María, por las palabras de los cuatro Evangelios y por una señal de cruz», en donde ponían sus manos; y respondían «sí juro» y «amén».



AMIGOS DE SAN ANTÓN

1978 - 2002



Pedro Casañas Llagostera
Prioste



Ignacio Ahumada Lara



Rufino Almansa Tallante



Ángel Aponte Martín



L. Armenteros Basterrechea



Luis Berges Roldán



Manuel Caballero Venzalá



Francisco Cano Ramiro



A. Casañas Llagostera



J. Casañas Llagostera



Miguel Calvo Morillo



Juan Castellano de Dios



C. Castillo García-Negrete



Francisco Cerezo Moreno



José Chamorro Lozano



Luis Coronas Tejada



Juan Cuevas Mata



Manuel Elías Carrasco



Juan Eslava Galán



José García García



León Herrera Esteban



Juan Higuera Maldonado



Diego Jerez Justicia



Pedro Jiménez Cavallé



Juan M. Jiménez Díaz



Manuel Kayser Zapata



J. Antonio López Cordero



Manuel López Pérez



Fernando Lorite García



A. Martínez Lombardo



A. Martos García



Felipe Molina Verdejo



Manuel M. Morales Cuesta



F. Olivares Barragán



Rafael Ortega Sagrista



Vicente Oya Rodríguez



Fermín Palma Rodríguez



José M. Pardo Crespo



Alfonso Parras Vilches



Julio Puga Romero



Pedro A. Ruiz Ortiz



M.ª José Sánchez Lozano



M.ª Isabel Sancho Rodríguez



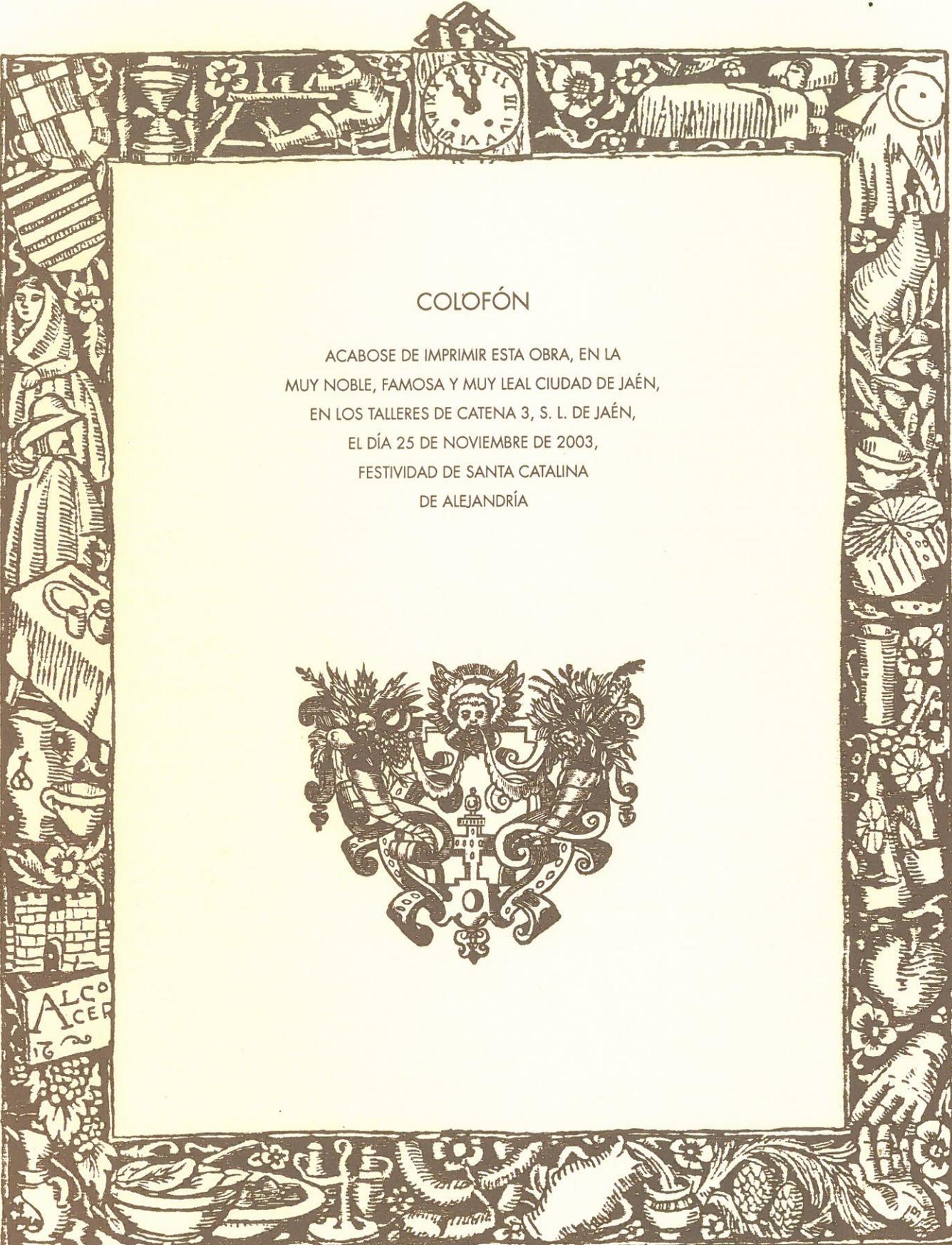
Alfonso Sancho Sáenz



Pilar Sicilia de Miguel

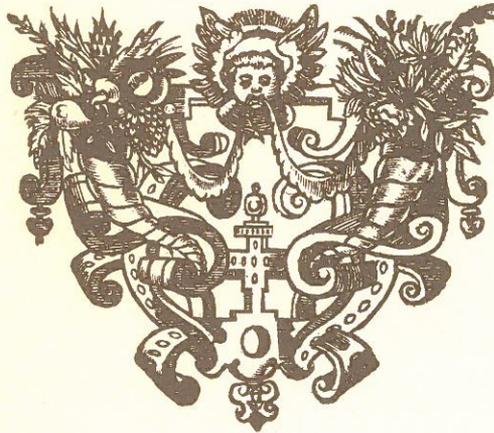


Ángel Viedma Guzmán



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S. L. DE JAÉN,
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2003,
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA





25
Noviembre
2002